

El Legado
del Héroe

EL DRAGÓN ESTELAR

ALAN SOMOZA

El Legado del Héroe 3:
El Dragón Estelar
ALAN SOMOZA

© 2024 Alan-Carlos Somoza Pérez

1ª edición

Editor: Editorial Dragón

ISBN: 978-84-19125-59-0

Portada: [Luca Oleastri](#) | [Dreamstime.com](#)

[Safecreative](#)



El feudo

—Mi señor, el paquete ha llegado. Parece que hay dificultades, pues unos bandidos están atacando el espaciopuerto. Nuestra operadora sobornada nos informa de que ve el objetivo en la pista. Lo han descargado.

David levantó su ojo gris hacia *Arcángel*. La voz de su compañero sonó neutra, sin emoción. Llevaban semanas esperando ese momento, preparándose para cuando arribara la caja que desencadenaría el fin de su efímero reinado.

Sentado sobre un trono de chatarra, vestido con ropas mundanas y cubierto con una capa de camuflaje que recordaba al exterior del *domo*, Hussman quedaba muy lejos de la imagen que cualquier persona de su pasado le atribuía. Únicamente la máscara blanca de látex, que apareció en un recóndito hueco de la cabina de su *Coracero*, en el que yació olvidada durante toda la aventura de Xacelsis, recordaba quién fue en el pasado.

Su traje era grisáceo, pintado con un patrón de camuflaje, y estaba lleno de bolsillos y aparejos que le permitían portar cualquier cosa que necesitara. Guardaba en él varias armas cortantes y de pequeño calibre, munición y un montón de sorpresas desagradables. Llevaba botas altas, marrones, que le cubrían toda la pierna prostética que los Zastak le construyeron para cuando no quisiera llevar su armadura.

Pensó en lo increíblemente diferentes que eran ambas especies. Su manada trabajaba unida de puertas adentro, y colaboraba de forma simbiótica con las demás, fueran grandes o pequeñas. Toda la civilización que él ayudó a renacer remaba junta, con un propósito, en la misma dirección.

Como en casi cualquier sitio, existían voces discrepantes, e incluso algún que otro renegado. Sin embargo, ni siquiera se acercaban al nivel de divergencia que él tenía con la Flota. Diferían casi siempre en detalles, en ideas o formas de hacer las cosas. Podían discutir enconadamente sobre el orden en que se debían restaurar las galerías, o cómo proceder con las cosechas llegando casi a las garras.

Pero jamás se dañaban con mala fe.

La diferencia con la humanidad radicaba en que, en primer lugar, los Zastak veneraban a sus ancianos. Se permitían disentir de su guía, incluso desafiarlos a un duelo si estos se extralimitaban. Sin embargo, salvo que llegaran a ese extremo, terminaban obedeciendo. Cediendo, arrojando el hombro y trabajando por el bien común. De buen grado, convencidos, o a regañadientes y maldiciendo para sí.

Los individuos casi nunca se convertían en criminales tal y como los entendían los humanos. La familia, la manada, estaba tan metida dentro de su mente que pocos se atrevían a enemistarse con los suyos. Mucho menos a correr el riesgo de ser desterrados a los durísimos yermos de Xacelsis que David conocía tan bien.

Sus semejantes, por el contrario... Eran mezquinos, arrogantes y egoístas. Traicionaban, mentían y apuñalaban por la espalda. No conocía ni un solo caso de un Zastak abusando sexualmente de otro, asesinándolo o traicionándolo para mejorar su propia posición. Eran directos, sinceros, tenaces. Podían resolver casi cualquier cosa mediante acuerdos y negociaciones. O, a unas malas, en duelos rituales razonablemente limpios. En pocas ocasiones llegaban a la muerte, a pesar de que estaba permitido, porque su propio mundo ya les había infligido suficiente sufrimiento.

¿Sería posible que los humanos no hubieran aprendido nada de la destrucción del Sistema Solar? ¿El *toque* de unos aniquiladores de mundos que pudieron extinguirlos no fue suficiente como para que se plantearan que se podían hacer las cosas de otra manera? ¿Qué era lo que iba mal con su propia especie? ¿Por qué necesitaban torturarse los unos a los otros?

Gracias a los conocimientos heredados del Viejo Gris, sabía qué objetivo persiguió la Federación Cradnian. Y que la terrible Xay'rhen y su monstruosa raza nunca pertenecieron a ella, sino que fueron sus enemigos. También aprendió cuál era el concepto de una especie Protectora, que cuidaba de otras civilizaciones en caso de necesidad.

Y, por supuesto, de lo que eran los Destruidores. Estos últimos iban desde esclavistas a genocidas. Se encargaban de que el infierno fuera lo más inhabitable posible para los demás. Esa era la naturaleza de los *Cosechadores*. Al menos, lo que realmente importaba de ellos, a efectos prácticos. Se dedicaban a exterminar a otros, por el motivo que fuera, y no dejaban supervivientes para que pudieran vengarse, si los encontraban.

Darí­a igual si estaban dirigidos por una especie aún más destructiva, por un emperador inmortal, una inteligencia artificial o un auténtico dios estelar. Su mente alienígena podía ser demasiado incomprensible para que un simple humano como él entendiera los motivos. Los registros de sus amigos de Xacelsis eran tan exactos al respecto de su verdadero poder, que tenía que concluir que no existía ninguna posibilidad de vencer. Lo único factible para evitar la extinción era huir. Descubrir el funcionamiento del Legado y utilizarlo cuanto antes.

Sentía una honda desolación al tener que darle la razón a Héctor, aunque solo fuese en parte. El Cronista Supremo siempre buscó evitar el conflicto, esquivar la confrontación directa. Eso permitió a la Flota crecer hasta un tamaño gigantesco e increíblemente poderoso. Adquirir buenos números, suficientes para que su especie pudiera prosperar cuando tuvieran que huir.

Sin embargo, el muy necio se equivocó en lo tocante a *Helios*. Ninguna tecnología humana se acercaría jamás al inconmensurable poder que blandían los asesinos de mundos. Lo del Sistema Solar fue una escaramuza, un empujoncito diminuto comparado con la destrucción que eran capaces de desencadenar. Los humanos parecían monos con rocas y lanzas al lado de la antigua Federación Cradnian, y los *Cosechadores* la arrasaron. No tenía ningún sentido luchar una batalla imposible de ganar.

Por eso se diluyó su odio por ellos e incluso por la *Risingsun* rebelde. Daba igual. Su venganza era solamente una partícula subatómica pegada a su especie, que formaba un grupúsculo ínfimo en la inmensidad del cosmos. La nada.

Y, además, después de lo que había visto al volver, encontraba detestable a su propia estirpe. Incluso a sí mismo.

Los Zastak dieron por hecho desde el principio que los humanos pertenecían a las especies consideradas Protectoras. Conocían bien a David, o al menos eso creían, y veían en él las virtudes sin refinar de un paladín intachable. De alguien que era capaz de rebelarse contra su propia sangre con tal de terminar la justa caza de una peligrosa inteligencia artificial fuera de control. De un monstruo estelar, que para ellos representaba un temible miedo ancestral. Sí, incluso los valientes guerreros de Xacelsis temían lo que las máquinas podían llegar a hacer si no se las supervisaba correctamente. No solo lo admiraban por lo que hizo por ellos, sino por ser capaz de dejar atrás a su manada humana y migrar a una mucho más miserable con tal de abatir a la bestia.

No quiso corregirlos. Donde ellos vieron apego por una familia él buscaba consuelo a su

soledad. En lugar de a su deber, que era luchar contra los *Cosechadores*, David se entregó a una venganza personal. Se enfrentó a Xay'rhen no por honor, ni para liberarlos, sino porque quería que su pueblucho no se desintegrara por la endogamia. Tras sus acciones, aparentemente desinteresadas, solo estaba el marcado y desagradable egoísmo de la humanidad. La mancha que su especie cargaba. Un pecado de nacimiento. Original.

Les advirtió que no todos los suyos se parecían a él. Pero no revelar que era un impostor ante aquellas inocentes criaturas fue probablemente su único acto de verdadero altruismo además de salvar a Samus. Necesitaban creer en David Hussman, en el cazador de Dragones Estelares. Eran un pueblo aplastado, oprimido y luego exterminado por la misma raza que destruyó el Sistema Solar. Cuya esperanza de sobrevivir casi les fue arrebatada por una de las últimas enemigas ancestrales que les quedaban, que de alguna forma se las ingenió para escapar a la aniquilación de su propia especie y subvertir sus protocolos de resurrección. Unos seres que degeneraron en bestias por culpa de sus malas artes.

Necesitaban un héroe. Especialmente Samus. Y, callándose sus verdaderos motivos, se lo dio. Un débil pago para tantísima dedicación y hospitalidad. Un tenue recuerdo que esperó que salvara a su indigna raza si un día se encontraban a un omnipotente imperio Zastak enfrente.

¿Por qué los humanos eran incapaces de ser iguales que ellos?

Siempre caían en los mismos errores. Los fuertes gobernaban, oprimían y explotaban a los débiles hasta hacerlos reventar de todas las formas posibles. La Confederación podía definirse como un nido de podredumbre donde el dinero permitía los más bajos instintos y las más inmundas depredaciones.

El Imperio de Solaria era una meritocracia extrema gobernada por una familia inamovible que en tiempos pasados aniquiló a cualquiera que se cruzó en su camino. Y que, en los actuales, asimilaba a los reinos bárbaros que crecían en su periferia o en la confederada, cociéndolos a fuego lento.

Y la Flota... tampoco podía dar lecciones de nada.

Su patria errante no era más que una banda de fanáticos religiosos, criados desde niños para profesar una doctrina ciega al estilo de la ORU. Movidos por una fe atea e inquebrantable, convencidos de su propia supremacía. Estaban tan llenos de sí mismos que no veían que se necesitaban contactos y no solo habilidad para llegar a lo más alto de una de las Órdenes. Tanto, que ni siquiera se dieron cuenta de que los Cronistas llevaban desde el inicio de los tiempos gobernados por unos gemelos cibernéticos malignos. Se convencían de su propia virtud, de que poseían la verdad frente al resto de la descarriada humanidad, de la que se autoproclamaban guardianes.

Pero no. Sus buenas intenciones únicamente enmascaraban otro estado totalitario, igual que los demás. Menos evidente, más opaco, mejor construido. Quizás los Fundadores tuvieron otra cosa en mente, no lo sabía porque jamás se lo preguntó a Théodore. Sin embargo, fuera cual fuese ese plan inicial, terminó igual que los otros.

La humanidad solo conseguía tiranías encubiertas de forma continua. Los conceptos como el gobierno del pueblo o la libertad eran ilusiones, quimeras creadas por los amos para mantener a los esclavos tranquilos. Solo existían los dictadores. Brutales, benévoloos o astutos.

Él mismo se había convertido en uno. En otro monstruo despreciable que acechaba en la oscuridad, a pesar de que intentó contra viento y marea que el universo fuera mejor. Solo consiguió arruinar el recuerdo de su novia muerta y de sus amigos caídos, manchar su propia

alma. Echaba de menos a sus compañeros de escuadra desaparecidos en Recnis. A Helena. La risa de MD, las miradas llenas de fascinación de Circe.

Levantó la vista, contemplando su feudo, recordando cómo lo consiguió. Todas sus esperanzas habían desaparecido tras hacerse con él, igual que sus ilusiones y su ímpetu. Su especie le decepcionó tanto que ya no creía ni que su propia existencia fuese necesaria. Tenía que agarrarse a sus juramentos para no tumbarse en la cama y no volver a levantarse jamás.

Se centró en su retorno, intentando que el recuerdo lo mantuviera entero suficiente tiempo como para terminar la misión. Necesitaba visualizar el propósito. El objetivo. Sentir la pulsión del cazador. Oler a la presa.

Su regreso a la Confederación pasó completamente desapercibido. Tuvo algunos problemas en el primer mundo que visitó, al menos hasta que logró acceder a un contacto que le hizo de intermediario para alcanzar a un contable del clan Salluri. Los mafiosos se alegraron mucho de que siguiera con vida, y aunque hubo de declinar sus ofertas para unirse a ellos, le devolvieron el dinero negro que les depositó en su momento. Después de todo, aquella rama del hampa se sustentaba en el valor de su palabra respecto a los bienes ilegales de los demás.

Una vez que dispuso de efectivo, necesitó cerca de una semana para equiparse con objetos mundanos y acceder a sus cuentas reales. Alessa, por supuesto, dismanteló cuanto pudo, transfiriendo los créditos a sus propios bolsillos. Pero claro, ni siquiera él era tan inocente como para concederle acceso completo a sus fondos, mucho menos sabiendo su verdadera identidad.

Tan pronto como validaron a su alter ego confederado, liquidó sus empresas fantasma y acumuló sus bienes en una organización benéfica creada ad-hoc para la tarea que le quedaba por hacer. El dinero seguía sin significar nada, podía conseguir cuanto quisiera obviando las leyes confederadas. Era un fantasma, no estaba fichado ni tenían constancia alguna de su nacimiento. Jamás le atraparían o, si lo hacían, la Flota lo mataría antes de que pudiera siquiera entrar en prisión.

También compró una nave barata y cutre en el mercado negro, la legalizó y modificó lo suficiente como para que no le fallara en medio del vacío. Ni siquiera le dio nombre, dejó únicamente el identificador del bastidor falso que le encasquetaron los Salluri. A continuación, tuvo que ir a buscar los diferentes recursos de la Flota que desperdigó durante los meses que le persiguieron.

Acceder a los alijos de repuestos antes no era seguro, puesto que en su momento los mundos o poblaciones estuvieron vigilados por los espías o efectivos de la Flota. Ahora que era un muerto, y que sabía vivir sin su *Pretor*, podía hacer y deshacer lo que le viniera en gana.

Reunió recambios para su *Coracero* y su armadura, baterías de repuesto, armas de mano, munición y explosivos. Incluso desenterró un cañón de raíles nuevo para su montura, equipándolo como reemplazo del que aquella sucia Xay'rhen le destruyó en Xacelsis.

Sustituyó piezas que los Zastak no pudieron reparar adecuadamente al carecer de las instrucciones correctas, colocó los sobrantes en un contenedor y les pidió a los mafiosos que lo guardasen. A aquellas alturas, después de que hubieran pasado años sin que tocaran ni un crédito de sus fondos, se fiaba de ellos más que de las auténticas autoridades confederadas. Le aseguraron que, por un módico precio, le llevarían su carga a donde él quisiera.

Atado el tema logístico, pasó al mental. Primero, envió misivas con dinero a los familiares de los refugiados a los que pudo localizar. A los seres queridos de los pobres desgraciados que fallecieron por culpa de su engreimiento, explicándoles lo sucedido.

Después, tomó su nueva nave, y viajó al planeta natal de MD. No le llevó más de tres días, tras un par de sobornos a funcionarios de baja estofa, localizar a su esposa. A una tal Freya Vecchi. La dama en cuestión era bastante distinguida, y cuadraba a la perfección con las fotos que conservaba, recuperadas del naufragio de su nave. La abordó con la mayor delicadeza posible, oculto tras su máscara, mientras la cuidadora subía a los niños al ático en el que vivían. Pasado el susto inicial, quiso saber dónde estaba su marido, y rompió a llorar cuando se enteró de su muerte.

Él le contó los detalles adecuados, resaltando que salvó a docenas de inocentes en el famoso incidente de *Ecogás y Heliominera*. Luego le narró, entristecido, que fueron unos piratas que le perseguían quienes les dispararon y obligaron a aterrizar forzosamente en un planeta remoto. Detalló su pericia y entrega, su valor. Cómo evitó que se mataran al chocar contra el suelo. Le puso en las manos temblorosas un disco que contenía las imágenes que tenía de él, y también una copia impresa de la última foto de Jason Mac Douglas. Ya muerto, pero con el rostro lleno de paz.

Ella, al verlo, le cruzó la cara con un bofetón y le dijo que se fuera. David se negó. Le extendió un cheque por valor de una auténtica fortuna, completamente legal, y con los impuestos ya pagados. La esposa del piloto le mandó a la mierda, y con razón. Y Hussman, con voz gélida, le dijo que la última voluntad del que consideraba su amigo era que le recordara lo mucho que los quería a ella y a sus hijos.

El renegado le confesó que era un criminal y que, dado que MD siempre temió que sus pequeños fueran medio pobres, su única redención consistiría en darles una oportunidad de pertenecer de verdad a la clase social de su madre.

La mujer siguió llorando, con el cheque en las manos. Y él las cerró para que lo agarrara. Le dijo que no buscaba comprar su perdón. No lo quería, porque sabía que ya estaba condenado sin remedio. Luego le hizo una promesa. Le juró que encontraría a la mujer que los traicionó a ellos y a los demás, y que la mataría.

Freya lo miró asombrada, pues no esperaba que los hubieran vendido a los piratas. Él le contó qué era lo que su compañera hacía, y que él pensó que cambiaría o que sería capaz de controlarla. Que de no haberla mantenido cerca, Jason hubiera regresado de su última misión.

Su interlocutora dejó de llorar. Estaba furiosa. Le pidió el nombre de la mujer, y David le aseguró que se trataba de Alessa Fourier. Incluso le enseñó fotos de aquella *metasabandija* inmundada. Ella apretó los labios, y finalmente le dijo que aceptaba la última voluntad de MD por el bien de sus retoños. Le aseguró que no le culpaba de lo sucedido, porque venía a confesarse y a suplicar clemencia por los actos de otros. De la traidora. Y que lo perdonaría, de todo corazón, si daba con aquella malnacida y terminaba con ella.

Sin más que un asentimiento triste por despedida, se marchó a intentar cumplir su palabra.

Encontró el lugar perfecto desde el que comenzar su plan definitivo. Un planeta llamado Sarbeluc III, que podía definirse como un polígono industrial de clase media del Cuarto Anillo. Allí todavía quedaban activos de la cada vez más hundida *Corporación Tesurian*, a quien la Gran Cámara de Comercio había sentenciado tras el incidente de Recnis.

David sabía, entre otras cosas, que aún trabajaban para *Helios*. Sus contactos siguieron funcionando durante su ausencia, recibiendo dinero automatizado por reunir información de las operaciones de la macro corporación.

Él mismo logró exponerlos aún más en dos ocasiones antes de su exilio, y si la multiplanetaria

no estaba ya liquidada, era porque su tamaño obligaba a los confederados a dismantelarla a trozos. De no hacerlo así, se arriesgaban a un colapso financiero en varios sectores, y eso no interesaba a nadie.

Los movimientos eran inequívocos, estaban encaminando sus estertores finales a reunir todos los recursos posibles para su dios-máquina, que tenía el control efectivo de la mayoría de su consejo de administración. Solo los accionistas desesperados por no perderlo todo evitaron el descalabro, y su miedo sirvió únicamente para que la *Corporación Tesurian* les quitara sus fondos y se los entregara a la *Risingsun* rebelde a través de la fabricación clandestina de equipo.

Lo más importante de aquel enclave era que le ayudaría a llegar hasta el Dragón. Gracias al aumento de las operaciones de los sectarios, sus contactos descubrieron que su mazmorra se abría con dos llaves, y que estas tenían que usarse a la vez en el lugar y momento adecuados para que no se rompieran.

Estableciéndose en Sarbeluc III, tendría una de ellas en unas instalaciones cercanas. Así que únicamente necesitaría que le trajeran la otra. Tras mucho estudiar la posición de su objetivo más próximo, concluyó que la mejor opción era conquistar el vertedero. Este se interponía entre un espaciopuerto y el bastión empresarial de la *Corporación Tesurian*, así que, si lo controlaba, la tarea de hacerse con la segunda llave sería mucho más sencilla. O eso creyó.

La zona era el lugar de reposo final de miles de millones de componentes electrónicos. Averiados, obsoletos, defectuosos u olvidados; todos los circuitos terminaban desechados en aquel cementerio. De hecho, varias facciones carroñeras estuvieron sacando recursos de él hasta la llegada del *Señor de los Huesos*.

Aquel fue el enemigo a batir de David. El tipo era una auténtica bestia, un monstruo condenado a muerte en dieciocho sistemas que la Confederación tenía especial interés por abatir. Se hizo con el control del vertedero, asesinando o desplazando a las tribus de buscadores de restos y a las pequeñas empresas que ansiaban chatarra que fuera posible reciclar. Convirtió el lugar en un auténtico matadero, y empezó a ser temido incluso por los empresarios.

Hussman cerró el ojo. Deseó no haber tenido que enfrentarse a él, porque debido a ello, su lista de pecados se hizo súbitamente más grande y pesada. Lo derrotó, sí, y le arrebató el control del *domo*. La enorme instalación enterrada en una montaña de detritus industrial se pensó originalmente para el reciclaje, pero en aquellos momentos no era otra cosa que su cuartel general. Su feudo. Su reino.

Y ahora, tras una larga espera durante la que colocó sus piezas de *matarreyes* en los lugares adecuados, tendría que abandonarlo para recolectar ambas llaves. Y, si tenía suerte, también cumpliría su palabra.

Malik lo sacó de su ensoñación, con el tono aflautado que aún conservaba a pesar de sus catorce años.

—¿Mi señor? ¿Estáis bien?

Gruñó. No quería que le llamaran así. Todo empezó con una broma de *Arcángel*, y ahora el muchacho creía que de verdad debía referirse a su salvador con ese título y el modismo asociado. No. No iba a reprenderle. Era demasiado valiente y leal como para enfadarse con él.

Se puso en pie, tomando el descomunal rifle de francotirador antitanque que solía estar apoyado en el brazo de su trono. Lo cargó, comprobó la recámara y se cercioró de que el seguro siguiera puesto. El pesado cerrojo chasqueó con la fuerza de una bestia hambrienta. Su arma, al igual que la parte más primitiva y feroz de su cerebro, necesitaba sangre.

—Sí. Es la hora de atrapar a la presa. Que todos se preparen, porque la pequeña bestia pronto entrará en nuestros dominios. Es el comienzo del fin.



El coto de caza de nuestro señor

La puerta chirriante descendió guiada por sus cadenas, como si fuera una suerte de puente levadizo invertido. Caía hacia dentro, al revés de lo normal, de manera que cuando se alzaba, sus componentes pegados se volvían indistinguibles de la ladera de la inmensa montaña de detritus digitales bajo la que se ocultaba el *domo*. Mientras tocaba el suelo, como en aquellos momentos, servía de incómoda y puntiaguda alfombra llena de aristas sobre las que los infelices sin zapatos pasaban unos instantes realmente incómodos.

La luz solar le cegó momentáneamente. Tras casi una semana encerrado en el interior del feudo ajustando su plan, el caballero acusaba la sensibilidad de su ojo expuesto a la clara luz matutina. Y eso sucedía a pesar de que Sarbeluc III era un mundo medianamente contaminado, y de que las nubes de polución alteraban la claridad rebajando su intensidad. Tanto, que si alzaba la vista a los cielos vería una neblina blanca y gris que se comportaba como una boina sucia alrededor del inmenso parque tecnológico de aquella roca.

Su iris claro, acostumbrado a una infancia en la cautividad del espacio y a una adultez protegido por su casco regulador de luz, echaba en falta un buen cristal oscurecido para no sentir molestias. Gruñó largamente hasta que se acostumbró. Sus seguidores salieron tras él con presteza, formando una hilera de a cuatro a cada lado de la entrada.

Los contempló durante un instante. Estaban perfectamente pertrechados para pasar desapercibidos. Los camuflajes urbanos variaban ligeramente, porque las posiciones que iban a ocupar como observadores estaban en zonas con restos dispares, y era necesario acomodarse un poco más de lo normal para no destacar. No quería que su presa, ni quienes seguramente la perseguirían, notaran la presencia de los espías.

—Listos, mi señor.

Malik le rodeó y se le quedó mirando con auténtica devoción. Con veneración, igual que hacía desde que le perdonó la vida a él y a los demás. Era tan solo un crío de trece, o quizás catorce años, de tez morena y ojos como la medianoche, al que la vida no trató demasiado bien. Tenía los dientes considerablemente dañados y le faltaban los dos dedos pequeños de una mano, sendos recordatorios de lo que les pasaba a aquellos que desafiaban al ya desaparecido *Señor de los Huesos*.

David suspiró, mirando a los demás. Estimaba que *seta*, la pequeña que se ocultaba bajo un casco hecho con el cono achatado del chasis de un dron, debía andar entre los siete y ocho inviernos. Tenía a su disposición un pequeño ejército de niños, los últimos supervivientes de la tribu del vertedero, los *Coleccionistas de Huesos*.

Cuando se metió allí, esperó encontrarse al clásico grupo mafioso o a la típica banda que tenía el control de un enclave valioso. Más o menos salvajes, organizados y motivados por un caudillo que se creía por encima de la vida y la muerte. Pero no, se encontró algo mucho peor.

En aquel mundo de mierda, quienes tenían hijos sin desearlos los abandonaban allí para que murieran. Incluso se atrevían a hacerlo cuando ya no podían mantenerlos. A veces se deshacían de dos hermanos de cinco o seis, en ocasiones de un grupo más grande. Debía ser que los obreros locales no entendían correctamente lo que significaban el control de natalidad ni la moral. A los Zastak les habría enloquecido descubrir aquella atrocidad.

Y ese horror fue el que aprovechó en su beneficio el *Señor de los Huesos*. Era un caníbal, un engendro monstruoso que hizo fácil la cada vez más complicada tarea de evitar a los mercenarios

que buscaban su cabeza. Mientras se escondía en el vertedero, el asesino detectó a un grupo de esos infelices huérfanos, y los terminó convenciendo para servirlo, prometiéndoles que nunca volverían a pasar hambre. Les enseñó una nueva forma de sobrevivir, les dio un propósito, convirtiéndolos en una tribu unida y fuerte. En los *Coleccionistas de Huesos*.

Buscaron víctimas aisladas dentro y fuera de sus dominios, las asaltaron y devoraron. Tomaron a los nuevos niños que aparecían, usándolos como refuerzos o recursos indistintamente, estableciendo el dogma de que la humanidad se dividía en dos grupos: los fuertes, y los que terminaban en el plato.

Con el tiempo, los chiquillos se convirtieron en mujeres y en hombres, y entonces tuvieron la fuerza suficiente como para atacar y devorar al resto de moradores del lugar y arrebatárles el *domo*. Solo unos pocos pudieron escapar, y bastó su aviso para que nadie quisiera entrar voluntariamente en el vertedero, porque podía acabar en una parrilla. Algunos incautos lo intentaban por hambre o desesperación, e incluso para dejar tirados a sus retoños, y casi todos terminaban convirtiéndose en el plato fuerte de los *Coleccionistas de Huesos*.

Como a pesar del riesgo seguían apareciendo pequeños desamparados, el señor de aquella hueste monstruosa siguió acogiendo a los niños, introduciéndolos a sus costumbres. Convirtiéndolos en sirvientes fanáticamente leales. Así, sobrevivió a numerosos atentados, ataques e intentos de captura o asesinato. A costa de las vidas de los niños o jóvenes adultos que le hacían de escudos humanos.

Se le encogía el corazón cada vez que recordaba lo sucedido.

Sabía que los que murieron estaban perdidos. El propio Malik le contó horrores indecibles que ni siquiera podía imaginarse que existieran. Le confesó llorando que él y los demás supervivientes que contemplaba no querían ser monstruos, que odiaban lo que les habían obligado a hacer y en lo que quisieron convertirlos. Que anhelaban que los niños más pequeños, aún inocentes y desconocedores de los horrores de los mayores, pudieran ser normales algún día.

Tras perdonarles, el renegado les concedió ese deseo. Usando sus fondos, trajo comida de verdad al *domo*. Agua limpia y potable, medicinas y recursos. Los reeducó en cada rato libre, les enseñó mientras movía sus hilos, inculcándoles cómo se comportaba la gente normal y decente. Enterraron los cuerpos de los caídos, deshicieron la decoración macabra fabricada con restos humanos, prendieron fuego a los tótems y símbolos profanos de los *Coleccionistas de Huesos*, pasando a llamarse simplemente *Coleccionistas*.

Cada niño recibió la tarea de recoger objetos concretos en el vertedero durante sus tareas, para crear arte o grupos de cosas que solo tenían valor por sí mismas. Como un juego que buscaba que recuperaran su infancia perdida.

Y a pesar de que en realidad salvó a los que pudo y de que terminó con la miseria de unas almas totalmente corrompidas por un monstruo, seguía sintiéndose un asesino. Pensaba a menudo en los que no pudo rescatar. Estaba roto, ausente y muerto. Su interior se había convertido en una cáscara vacía y sin vida. Si lo de la mujer de MD le destrozó, contemplar en primera persona lo bajo que podía caer su especie, dispersó sus fragmentos al viento.

¿Qué pretendía salvar? ¿Por qué eligió irse de Xacelsis, en lugar de quedarse? ¿Abandonó al pobre Samus, al que empezaba a considerar su hijo, para rescatar a una especie tan miserable como la suya? ¿Qué razones tenía, más allá de su palabra de honor y de su sentido del deber?

En momentos tensos de introspección oscura y lúgubre, dejaba de ver los colores. Todo se

volvía gris, idéntico. Irrelevante. Incluso su caza, *Helios* y la nueva misión que se impuso. De saberlo, quizás nunca hubiera abandonado a su manada.

La mano de *Arcángel* se apoyó en su hombro.

—¿Imagino bien lo que piensas?

—Hay fantasmas que no desaparecen por mucho que cierre el ojo.

—Tienes suficientes, mi señor. No necesitas buscarte más. Vamos. La presa nos aguarda.

—Gracias, amigo mío. Cuida el fuerte, protege a los cachorros en nuestra ausencia.

—Con mi misma vida, si hace falta. ¿David?

—¿Sí?

—Que el Uniarca Elemental te proteja.

Se volvió, sonriendo a su compañero. Jamás de los jamases habría pensado que sería capaz de apreciar a alguien así. Pero tenía que confesar que el condenado se hacía querer en todo momento. Era una de las criaturas más leales, consideradas y respetuosas de la galaxia. Por eso lamentaba el destino que los dos sabían que le aguardaba.

—Buena caza, *Arcángel*.

—Buena caza, mi señor.

—¡A formar, muchachos! ¡Reforcemos a los centinelas ya apostados! —gritó—. ¡En parejas, cada uno a su posición! ¡Comprobad las armas, colocad los seguros! ¡Que no os sorprendan ni el objetivo, ni los perseguidores, ni las bestias inmundas! ¡Habrá que guiar a la presa hasta la zona de tiro! ¡Hoy, solo nos desviamos si hay huérfanos!

—¡Vamos, *Coleccionistas*! —Malik dio una palmada, activándose como si fuera un eco del renegado—. ¡Hora de demostrar a nuestro señor que somos dignos cazadores!

Los niños revisaron su equipo metódicamente, se colocaron por colores y salieron en direcciones diferentes. El mayor lo acompañaría a él, porque al tener un solo ojo y no llevar su *Pretor*, lo mejor sería comportarse como una pareja de francotiradores.

En la inmensidad del laberinto de chatarra, uno podía moverse de muchas formas. Lo hicieron con velocidad, en silencio y sincronizados. Igual que los otros ocho pequeños que se estaban desperdigando.

Se trataba de un recinto colosal, ciclópeo, que creció a toda velocidad durante los años de la primera pujanza industrial hasta que se vio completamente rodeado de factorías y empresas. Debía haber cerca de veinte mil hectáreas de basura, producto de sucesivas modas tecnológicas amontonadas unas sobre otras. Dejaron atrás zonas cerradas, caminos cegados y trampas colocadas por la ya extinta banda del *Señor de los Huesos*, aproximándose al área de exterminio designada por David.

Una de las características más deseables de aquel lugar inmundo era que se interponía entre un espaciopuerto empresarial y la sede local de la *Corporación Tesurian*, que era un importante centro neurálgico de la compañía, uno de los últimos que se desmontarían en ese sector cuando la debacle generalizada por la Confederación lo alcanzara. Por tanto, el portador de la llave escaparía por su coto de caza.

Lo sabía todo de su objetivo. Pericles Shaw era un directivo de alta cuna reconvertido en secuaz de *Helios* tras un accidente que lo dejó mutilado. Los detalles ni siquiera se molestó en averiguarlos. Le bastaba conocer lo que era, sus motivaciones y qué llevaba. Además de la

codiciada llave, le traería otra cosa casi igual de interesante. Con un poco de suerte, pondría a su objetivo secundario completamente a tiro, y podría cumplirlo limpiamente y sin exponerse.

Su meticuloso plan estaba hilado con mucho cuidado. Tras obtener una inmensa cantidad de información de Shaw, se la hizo llegar a la Flota mediante unos tratantes de datos que le sirvieron cuando comandaba el *Venganza de Blane*. Su actual coronel y vieja amiga suya, Samanta Morris, dio por bueno el chivatazo y acudió con toda la artillería. Le bastó una llamada al número correcto para que el directivo aceptara su ayuda, el plan y la trampa. Estaba tan desesperado, con los Cruzados echando la puerta de su casa abajo, que ni siquiera se planteó que podía no ser un *fiel*. Pero claro, tras tanto tiempo dándoles caza, conocía al dedillo sus códigos, métodos y su modo de hablar. Pasaba perfectamente por uno de ellos.

El muy idiota le creyó sin dudarlo. Incluso aceptó huir por la ruta que él le indicó *para despistar*, en lugar de exigir que lo fuesen a buscar a la terminal. En realidad, podría haberlo recuperado del contenedor, pero claro, eso le habría expuesto a que la *Corporación Tesurian* se enterase y le complicase las cosas una barbaridad. Y, además, quería atraer también a sus *invitados*.

Malik le tocó en el hombro, señalándole una senda prácticamente invisible a su izquierda, que serpeaba por una montaña de circuitos impresos que se alzaba una treintena de metros. Su inexpresiva máscara blanca se movió hasta localizar la cima. Sí. Aquella ubicación era incluso mejor que la que tenía en mente. Considerando los ángulos de tiro y la disposición de las torres de desecho, cubriría casi catorce grados más, y no tendría que moverse de su nido más que para cobrarse la pieza. Saltaba a la vista que se trataba de una posición privilegiada. O, al menos, se lo pareció. Al haber liquidado a los adultos, los pequeños no conocían cada punto de emboscada.

Por fortuna, sí que se molestaron en enseñarles a los niños dónde se colocaron las trampas. Supuso que, por desgracia, alguno de ellos pisó en su momento lo que no debía.

Le hizo un gesto a su compañero para que fuera delante. Se colgó el enorme rifle antitanque a la espalda, imitando lo que hacía el pequeño con su carabina, y comenzaron la escalada. Le resultó difícil no resbalar con las placas verdes, que se le clavaban en las manos a pesar de los guantes. Les llevó no menos de diez minutos alcanzar la cima y, al llegar, se encontraron algo inesperado. Una pequeña caseta enterrada, con una abertura de más o menos un metro para acceder, tapada por un tablero madre gigante que debía pertenecer a una estación orbital o a una nave capital. En el interior cabían dos personas, y poseía ventanas a la altura del pecho desde las que era cómodo acechar. Sin duda, aquel era el nido de un francotirador.

La radio crepitó, y Malik subió el volumen. Solo hubo chasquidos y ruidos aparentemente muertos. Estática, lo habría llamado cualquiera con sentido común. Sin embargo, para los *Coleccionistas* tenía un significado diferente. Era un lenguaje propio, inventado por ellos, a base de supuestos errores de los aparatos. Hussman no lo conocía del todo, aunque estaba aprendiéndolo.

—*Seta* y Ruth dicen que casi no llegan a su puesto. Lo vieron pasar, como una exhalación.

—¿A la presa?

—Para ellas, es un monstruo.

—No andan desencaminadas. ¿Lo persiguen los transportistas?

El chico asintió. Le tradujo los chasquidos que seguían emitiéndose, dándole la descripción de las cinco personas que corrían tras el ser. David gruñó. Qué mala suerte. Le pidió a Malik que enviara un mensaje al equipo rojo, que lo conformaban los dos niños más mayores, unos

mellizos poco menores que su compañero. Eran los encargados de la tarea más peligrosa, y llevaban rato apostados. Desde que *Arcángel* recibió el aviso de su controladora aérea comprada, concretamente. De acuerdo a sus instrucciones, debían tratar de no herir a esos individuos para no arruinar el plan.

Aguardó pacientemente unos cuantos segundos más, observando la zona a través de la mira del rifle mientras su compañero usaba sus binoculares agrietados. De repente, se oyó el estruendo de un terremoto a lo lejos y la cima de una de las montañas de componentes se derrumbó como si fuera la nieve de un alud. Cerró un valle entre esa colina y la adyacente, formando una cadena de restos equivalente a una cordillera sin pasos.

La radio continuó chasqueando. No hizo falta que dijera nada, el adolescente lo interpretó rápidamente para él. La ejecución fue casi perfecta, el derrumbe tan solo atrapó a uno de los que no le interesaban. El renegado entrecerró el ojo. Le pidió a Malik que solicitara al equipo rojo que verificara que no estuviera gravemente herido en lugar de apoyarlos en la caza. Agregó que no debían dejarse ver de ninguna forma.

El equipo azul informó de que no detectaba nada. Finalmente, el verde les dijo que el blanco iba en su dirección. Esperaron. Lo vieron aparecer a través de una de las calles bajas, en una zona donde las pilas de restos alcanzaban solo entre los tres y cuatro metros. Aquella área contenía circuitos con metales nobles, que en su momento se clasificaron de esa forma para que fuera más sencillo recuperar las partes valiosas durante el reciclaje. Pero esa idea cayó en el olvido, así que su existencia solamente la conocían los más expertos corredores de aquel laberinto donde todas las callejas parecían iguales.

Torció el gesto, asqueado. Hacía mucho tiempo que no veía un cíborg, quizás demasiado para su sed de sangre sintética. Por otro lado, una parte de su cerebro agradecía el respiro y deseaba que la pausa se hubiese prorrogado para siempre.

Se trataba de una parodia de hombre, una cabeza parcialmente *mecanizada* empotrada en algo parecido a una caja poliédrica, con brazos y piernas escuchimizados saliendo de las caras laterales e inferior respectivamente. Correteaba de forma patética, recordando a los *metapollos*, mirando hacia atrás con miedo. Aunque era bastante rápido, le preocupaba que los otros perseguidores no lo hubieran atrapado. Quizás los sorprendió, ganándoles una ventaja que no recuperaron.

El analizador estructural que tenía montado en la mira telescópica terminó su diagnóstico de forma casi instantánea. Era un componente de la Flota, que tuvo que sujetar a su mundano rifle con un chapucero remiendo a base de alambre grueso y cinta adhesiva. En cuestión de segundo y medio le descubrió las entrañas del inmundo cíborg. No tenía armas ni trucos especiales. Dentro de su caparazón acorazado solamente cabía él mismo, su torso aislado y aumentado, como si fuera una *metatortuga*. Se modificó así para huir de Morris y los suyos, siguiendo las instrucciones del propio David, porque no tenía sentido convertirse en un monstruo para adquirir una forma tan ridícula y limitada. Je. Menudo estúpido. Seguro que ni siquiera pensó en lo mucho que destacaría su blindaje de metal pulido en medio de aquel vertedero. Debió ensuciarse un poco antes de pedir que lo transportaran.

El ser trastabilló, escondiéndose en su caja tras rodar por el suelo. Volvió a salir en cuanto se detuvo, contemplando las inmediaciones, aterrado. Buscaba rastros de sus perseguidores, alguna señal de que siguieran ahí. A su alrededor no se oíría nada, excepto el sonido del viento y de los fragmentos de fibra de vidrio al caer de las montañitas que lo rodeaban. Sintiendo solo, el cíborg hizo brotar una antena de su espalda. Un instante después, un proyectil explosivo la

arrancó, rebotando a continuación contra el blindaje y haciéndole caer al suelo del susto. El sonido de la detonación fue tan elevado que tardó unos segundos en desaparecer, y levantó a varias bandadas de *metapájaros* cercanas.

Hussman movió el mecanismo de cerrojo, y el cartucho vacío salió despedido de la recámara, siendo reemplazado por uno nuevo. Malik le confirmó un impacto perfecto, halagando su puntería.

El hombre-caja trató de escapar como pudo, levantándose de un salto y echando a correr de nuevo. No tuvo mucha suerte. El siguiente tiro le reventó la rodilla mecánica, derribándolo, y los tres sucesivos destrozaron las demás articulaciones sintéticas de las piernas. Quedó tirado en el suelo, chillando, pidiendo ayuda. El comunicador Cruzado recibía los intentos de transmisión, tenues y distorsionados, a pesar de estar a tan solo kilómetro y medio. Si tenía que fiarse de su instinto, y lo hacía, nadie podría oír sus gritos digitales mientras estuviera en el vertedero. Tanto metal, circuitería y aparatos que aún medio funcionaban no les sentaban bien a las emisiones inalámbricas. Al menos, no sin un transmisor decente.

Había sido lo suficientemente estúpido como para meterse en una ratonera semejante con tan solo una antena con la que pedir refuerzos, confiando en que su cuerpo de *metatortuga* lo protegería y ocultaría si lo necesitaba. Se escondió dentro y dejó de moverse, haciéndose pasar por un vulgar despojo. No le sorprendió. No le quedaba más remedio.

—¿Ha dicho algo el equipo rojo? —Hussman bajó el rifle, sin dejar de mirar al cibernético.

—Un momento.

Malik envió los chasquidos y ruidos de estática necesarios. Tras unos instantes, una cacofonía emergió de la emisora. El muchacho pasó de la preocupación a una sonrisa que mostraba sus dientes estropeados.

—Dicen que todo salió bien. Un hombre grande quedó atrapado, pero tras un rato lograron sacarlo. Añaden que es lo más asombroso que han visto jamás, porque debería estar muerto. Parece que ha salido más o menos ileso, aunque los pillaron y casi les disparan. Se marchan todos juntos. No parecen muy contentos, pero están vivos.

—Excelente. Que los demás grupos vuelvan al *domo*. En cuanto lleguen, quiero que venga *Arcángel* para ayudarme a llevarnos esa cosa de ahí abajo.

—¿Y yo, mi señor?

—Te dejo elegir. Regresa o quédate, según tu criterio.

—Iré con vos, si me lo permitís.

David sonrió, aunque el muchacho siguiera empleando aquel modismo. Se cargó el arma a la espalda y haciéndole un gesto al joven, comenzaron el camino de descenso.

Encontraron al objetivo en la misma posición en la que lo dejaron, inmóvil, como un trozo de fuselaje más abandonado a la inclemencia de los elementos. Destacaba muchísimo, puesto que se trataba de un trasto brillante en medio de un mar de inmundicia. Cualquier carroñero digno de tal nombre lo habría visto a kilómetros, acercándose para robarlo y desmantelarlo antes de que cayera en las manos de otro más avisado.

Quizás fue la apariencia inofensiva o tal vez la confianza de David en la maravilla tecnológica que llevaba enganchada a su rifle lo que hizo que les sorprendiera. En cuanto se acercaron a menos de diez metros, con las armas en la mano, el cibernético saltó sobre ellos.

Empleó el rato que tardaron en bajar en reconfigurarse, de forma que podía utilizar los brazos

para ejercer de piernas, colocando las manos a modo de pies. Hubo una serie de micro explosiones en dos de sus caras, y se le desprendió parte del blindaje hermosamente ornamentado. Los supuestos dibujos eran la forma troquelada de sendos círculos dentados, que las detonaciones transformaron en una pareja de sierras radiales que el monstruo puso en marcha de inmediato. Una pequeña plaquita se retiró del frontal mostrando una luz roja infernal que David conocía bien. Un sensor óptico conectado al programa maestro de *Helios*.

Ordenó al muchacho que huyera, y Malik obedeció. El chico gritó de puro terror, poniendo un par de montañas de restos entre él y el ser horrible que tenía delante. Este, al verlo escapar, se lanzó a por David, que después de todo llevaba un rifle de francotirador. Seguro que no le resultó difícil deducir que se trataba de quién le disparó, arrancándole dos valiosos apéndices que necesitaría.

Se arrojó sobre él blandiendo las dos sierras, que emitían un sonido continuo al rotar a toda velocidad. Hussman esquivó al engendro con una facilidad insultante. A pesar de no tener puesta su armadura *Pretor*, el renegado era extremadamente ágil. Mucho más gracias a las interminables horas de entrenamiento ritual con sus amigos Zastak, que incluso en su forma humanoide eran infinitamente más rápidos y letales que él. Recordó, ladeando la cabeza para esquivar un corte que le habría rebanado medio cráneo, que se divirtieron mucho al averiguar que él era superior físicamente a la mayoría de los humanos. Les hizo gracia, incluso, que David fuera un gran cazador de su especie, porque no entendían cómo los suyos lograron sobrevivir hasta llegar al espacio.

El cibernético intentó alcanzarle múltiples veces sin demasiado éxito. A pesar de su asombrosa movilidad, aquel artefacto seguía siendo bastante lento. En especial ahora que tenía manos en lugar de pies.

Un corte le pasó rozando, rasgando la capa de su atuendo de proscrito. Fue intencionado porque, al acercarse tanto, abrió la guardia lo suficiente como para que David le echara por encima un rollo de alambre grueso sin sujetar. No llevar su segunda piel Cruzada había afilado todavía más el ingenio del excoronel, que ahora tenía un repertorio de trucos marrulleros aún mayor que antes. La bobina de metal se enganchó en los dientes de sierra, fue arrastrada hacia su centro y se enredó entre el disco y su eje. Con un chispazo y una pequeña voluta de humo, el arma del brazo derecho dejó de girar.

Su dueño se sacudió, lanzando un golpe oblicuo con la otra extremidad antes de que David se apartara. Falló, pero la enorme masa del corpachón de *supracero* lo arrolló, derribándolo. Cayó pesadamente al suelo de espaldas, pudiendo tan solo interponer el rifle de francotirador entre él y su enemigo. La resistente arma empezó a desprender una cascada de chispas sin ceder, pero su dueño sabía que acabaría por partirse. Aquello habría sido su final, de no ser por un disparo que rebotó sobre el monstruo, haciéndole girarse. Se debió preguntar de dónde venía, y ese fue su último error.

Viendo su oportunidad, el renegado lanzó una tremebunda patada contra uno de los frágiles puntales con forma de brazo. Aunque no llevaba su armadura, la resistente prótesis creada por los Zastak hizo un magnífico trabajo sustituyéndola. El codo se partió y la mole se vino abajo, justo al lado de un David que rodó por el suelo.

Antes de que el hombre-caja pudiera recuperarse, él sacó una jeringuilla hipodérmica larga y gruesa, y la introdujo por el hueco del brazo que tenía la radial averiada. Encontró una amalgama de carne informe conectada al tendón metálico que sostenía la sierra, y se la clavó a través de la abertura del blindaje. Pasados unos segundos durante los cuales el monstruo se retorció en el

suelo como una *metatortuga* tratando de darse la vuelta, su objetivo se quedó quieto e incapacitado.

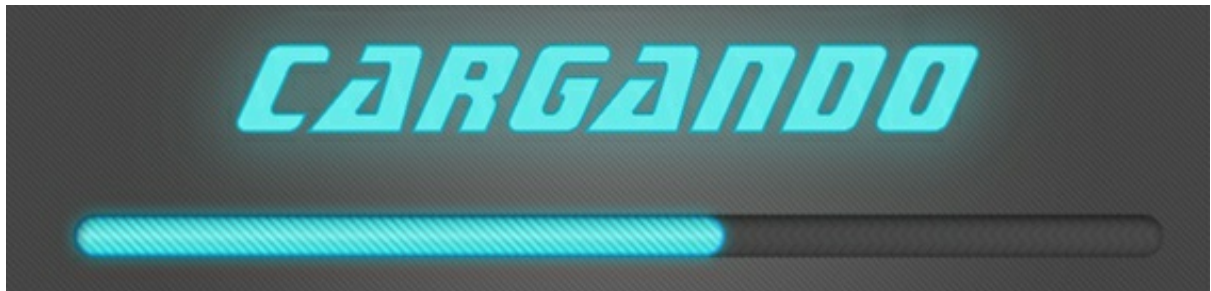
Se levantó, sacudiéndose el polvo. No, enfrentarse a aquellas cosas siendo un mero mortal no era tan sencillo como hacerlo enfundado en una armadura de alta tecnología pensada expresamente para cazarlos. Bueno, era un error que no repetiría. La segunda llave iría a buscarla completamente pertrechado, expusiera o no su ya irreemplazable equipo. Era mejor ir con daños a la batalla final que no hacerlo en absoluto porque estaba muerto.

Girándose, asintió a Malik. El chico seguía parapetado tras una montañita de placas impresas con ribetes de oro conductor sucio. Le temblaba el pulso, menos mal que su carabina de cerrojo oxidada no tenía más que un proyectil en la recámara.

—Gracias.

—Lo... lo que ordene mi señor. ¿Está muerto?

—No. Solo inconsciente.



La primera llave de la guarida

Cuando Pericles Shaw despertó, se descubrió en una estancia muy extraña. Se asomó saliendo de su chasis con precaución, muy despacio. Lo último que recordaba era un aguijonazo, que algo le picó en la carne antes de quedar inconsciente. En su cerebro encontró ecos de una pelea. Sus sistemas reportaban múltiples daños, así que su modo de combate debió tomar el control al detectar que estaba en peligro.

A él le desagradaban mucho la violencia y la sangre, así que ordenó que le instalaran un subsistema IA que se encargaría de defenderle si se veía envuelto en una lucha. Se preguntó quién le atacó mientras huía por el vertedero. ¿Fue un chatarrero? ¿Le habrían encontrado ya los suyos? ¿Estaría en las dependencias secretas de Duvolev?

Miró a su alrededor. La habitación tenía unas paredes rarísimas, irregulares, compuestas por algún tipo de material de resina verde y marrón compactado. Gracias a su globo ocular artificial, era capaz de distinguir incluso efímeras y limitadas líneas de cobre que aparecían y desaparecían en su superficie. Estaba frente a la enorme puerta, de tipo garaje, sujeto a un trozo de elevador para palés que alguien arrancó del resto de la máquina. Su cuerpo-caja se encontraba sujeto y apretado entre los dientes. Tampoco hubiera podido ir a ningún sitio, teniendo en cuenta que carecía de extremidades. Oyó un ruido leve tras él.

—¿Artiom?

—Incorrecto.

La cabeza del cíborg rotó ciento ochenta grados, como si fuera la de un ave. Su columna vertebral natural habría impedido aquel giro, pero hacía tiempo que la reemplazó por una versión mucho más flexible.

—¿Quién es usted?

David se levantó del escritorio en el que estaba apoyado. Bajo sus ropas de proscrito y tras su máscara blanca de látex, resultaría irreconocible incluso para los secuaces de *Helios*. Quizás alguno de los más avispados podría inferir que la careta era una réplica del *Portlex* polarizado que mostraba la *Pretor*. Pero empezaba a tener claro que Pericles no era muy despierto, al menos fuera de su puesto de dirección.

—Podría decírselo, pero en realidad le dará igual.

—Creo que no sabe quién soy yo.

—Por desgracia para usted sí que lo sé, señor Shaw. Le veo muy desmejorado dentro de ese... atuendo que se ha puesto. Imagino que el aspecto de *metagallina* no era intencionado, pero resulta apropiado.

—¿Cómo se atreve?!

—Mire, sé que era un empresario de éxito. Que tocó los cojones a quien no debía y que atentaron contra usted, dejándolo hecho una mierda. Imagino que recurrió a *Helios* para tener una segunda oportunidad de ser normal, pero no le dijeron que apostaba por el caballo equivocado.

El cíborg guardó silencio. Su cara estaba desencajada, reflejaba un miedo atroz y una sorpresa tangible. Perfecto, eso encajaba con lo que pretendía. Solo tenía que empujarlo un poco más y, con suerte, se ahorrarían bastante tiempo.

—No esperaba que ese dios del que le hablaron fuera real, ni mucho menos que pudiera

controlarlo mediante los implantes. Y desde luego, jamás se habría imaginado que le perseguirían los temibles Cruzados de las Estrellas.

—¿Es uno de ellos?!

Hussman rio.

—Soy su enemigo.

—¡Menos mal!

—En realidad, iba bien encaminado teniendo miedo. Lo soy de *ambos*. Sé que posee una de las dos llaves. Y va a dármela.

Pericles se convirtió en una mezcla de terror y sorpresa. No podía cerrar la boca, estaba tan anonadado por su mordaz réplica, que le costó contestar. Lo comprendía, el tipo debía empezar a intuir que era cibernético muerto.

—No sé a qué se refiere. ¡Dígame ahora mismo con quién hablo!

El renegado rio entre dientes. Si bien seguía sintiéndose muerto por dentro, tenía que confesar que aquel juego le divertía de una manera retorcida y siniestra. Resultaba... apropiado, pues en el fondo se consideraba un monstruo.

—En resumidas cuentas... fui yo el que le echó encima a los *Cuervos Negros* y quien contrató su transporte hasta aquí. También le llamé, ofreciéndole mi ayuda y diciéndole que se disfrazara de caja. Ha acabado en mis manos porque ese era el plan. Quizás mi rostro le permita deducir mi identidad.

Se retiró la careta, y el ojo orgánico de su interlocutor se abrió de par en par. Se dio cuenta en seguida de que, o bien lo reconocía, o figuraba en alguna base de datos interna de aquel engendro.

—Es... usted es... David Hussman. El *Cuervo Negro* renegado. ¡Creí que estaba muerto!

—Me lo dicen mucho. Conoce mi fama, entonces.

—De... de sobra. —balbuceó el montón de chatarra—. Si no me suelta yo... me autodestruiré. Explotaré y le arrastraré conmigo.

—Llega un poco tarde para eso.

Levantó la mano derecha, que había estado escondiendo tras él mientras se apoyaba. Tenía entre sus dedos un dispositivo de aspecto complejo con los cables cortados. Se trataba, por supuesto, del detonador digital integrado de Shaw. *Arcángel* lo retiró junto al explosivo sin causarle ningún daño al cibernético.

—Se lo pondré fácil. Me da lo que quiero y le disparo entre las cejas. Limpio, y rápido.

—No... no puedo. Aunque quisiera, el circuito va parcialmente integrado en mi cerebro, y no tengo acceso consciente a él. Mi ojo biónico reconoce los patrones correctos y lo desbloquea cuando hace falta. Y suponiendo que pudiera darle lo que quiere, igual no le vale de nada. Puede que mis claves estén obsoletas, porque hace meses que ni siquiera me contactan. ¡Se lo juro!

—Así que... ¿Se niega?

—Ya le he dicho que...

Suspiró. Qué pérdida de tiempo.

—Muy bien. Tengo una agenda apretada y ha llegado a su hora límite. ¡*Arcángel*!

La puerta se abrió con un chirrido mientras la persiana de garaje se enrollaba con lentitud.

Tras ella apareció el *Coracero* de David, dando enormes y pesados pasos dentro de la estancia que le quedaba proporcionalmente diminuta. La colosal máquina de guerra se llevó los brazos a los costados en un gesto completamente humano, y tronó con una voz mecánica y grave que, en cierto modo, recordaba a la de Mac Douglas.

—Te dije que la *metagallina* no cantaría.

—Punto para ti. Desármalo.

—¿De... desarmarme?! ¿Qué es esta cosa?!

—Me llamo *Arcángel*, y soy una Inteligencia Artificial metida en el cuerpo de una armadura de batalla pesada de la Flota de la Tierra, cafetera. Mi especialidad es la intrusión no autorizada en sistemas y la ciberguerra avanzada. No voy a desmembrarte, sino a entrar en tu memoria, a explotar todas las debilidades de tu muy deficiente diseño, y a dejarte el cerebro como un plato de *neonatillas*. Me darás tu mitad de la llave. Por las malas.

—¿Qué?! ¡¡No!! ¡¡No!! ¡¡Esperen, puedo ayudarles!! ¡¡No lo hagan!!

—Meeec, demasiado tarde. ¿Sabías qué estoy programado para *odiar*? ¡¡Solo hay algo más repugnante que una IA rebelde, y eso es ser su *esclavo*!! ¡¡Te vas a enterar de lo que hacemos en mi tierra con los traidores como tú!!

Hussman levantó la mano para darle dos suaves palmadas en el codo a *Arcángel*, y continuó su camino mientras la puerta de garaje bajaba y el desgraciado Shaw gritaba pidiendo clemencia. Ese cabrón no la merecía. Incluso antes de convertirse en un engendro *mecanizado* ya era un candidato sólido para ocupar un palco de honor en el mismísimo infierno. Su compañero lo dejaría reventado e inservible.

Arcángel no era otro que el *hijo* del Centinela Catorce, la todopoderosa inteligencia artificial gestora de Ciudad Ghomnus, artífice de la resurrección controlada de la raza Zastak. Ese pequeño disco que le dieron que, una vez cargado en el *Coracero*, se convirtió en una entidad independiente.

Intelectualmente, era el sintético más humano que conocía. Soñaba, tenía ideas propias, sentido del humor e incluso cabreos. Disentía de su opinión cuando algo no le parecía bien, le corregía si creía que iba a cometer un error y le hacía compañía. Incluso compartía sus reflexiones y ratos de introspección con él, porque solía ayudarle con sus dudas existenciales a menudo. Empleaba un tono y formas que le recordaban muchísimo al bueno de MD.

Joder, es que parecía que sus abuelos fueran el piloto, el Centinela, Viejo Gris y él mismo Hussman. Estaba razonablemente convencido de que los Zastak habían recuperado grabaciones de *La Ruina de Helios* para construir su personalidad. Odiaba a la *Risingsun* rebelde y a los cívborgs casi tanto como él mismo, era leal, eficiente, comprensivo y valiente.

¿Le convertía aquello en un hipócrita? Seguramente. ¿Se sentía culpable de tener a un compañero tan fanáticamente entregado a su causa como una montura autoconsciente? En absoluto, considerando que le obedecía ciegamente si se lo pedía.

Supuso que incluso el más radical y ortodoxo acababa relajando las reglas cuando la guerra se volvía tan larga y cruenta como la suya. Que las ideas se flexibilizaban en el momento en que la victoria era imposible. ¿Sería ese el comienzo de la corrupción? ¿El inicio de la caída hacia el oscuro pozo en el que morían los principios?

En su senda habían muerto amigos y enemigos, aliados, e incluso alienígenas. Era el descubridor de una secta que tuvo razón desde el inicio, el poseedor y portador de unos secretos

tan terribles que sumirían a la humanidad en el caos. Poseía pruebas, datos, estudios serios al respecto. Podía, con lo que sabía, desarbolar la Cruzada y la Confederación si ponía suficiente empeño en ello. Tenía tanta sangre en sus manos, que la muerte de unos caníbales parecía un mero trámite hacia un nivel de matanza muy superior. Una parte oscura de su alma seguía pujando por liberarse, como si tuviera una mancha original muy oculta dentro de su ser, un punto negro que no dejaba de abrir uno por uno los cientos de candados que cerró sobre él.

Confraternizaba con Xenos, se codeaba con inteligencias artificiales y criminales. Ya no era un Cruzado, ni siquiera un caballero. Era tan solo un señor de la guerra más, un homicida con una serie de metas que él creía altruistas. Pero en realidad buscaba venganza, igual que la Flota, que la Confederación y que toda la humanidad. No estaban a la altura moral de los Zastak, eran tan solo una especie manchada con pequeños destellos de nobleza.

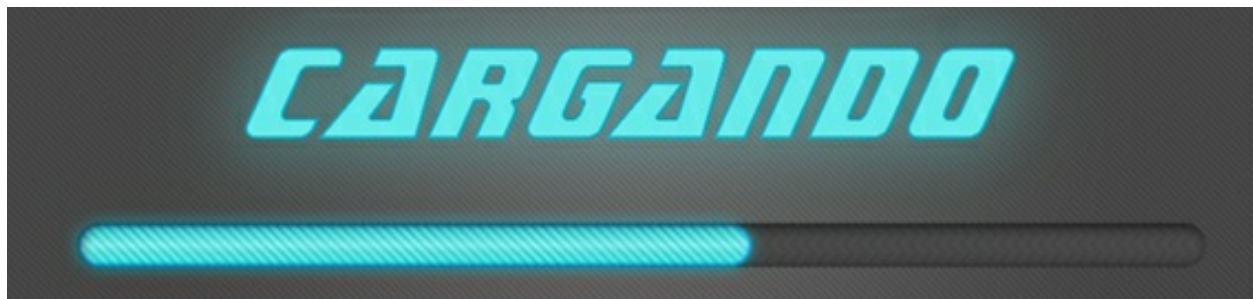
¿Merecían ser salvados?

Sus pensamientos volvieron, una vez más, hacia Kiara Dreston. La capitana corsaria que le traicionó, engañada, a la que aún creía querer. Que le abandonó, acogiendo a Alessa Fourier entre los suyos. Sabía que no querría volver a verlo, pero ahora poseía algo que él quería y que no dejaría escapar. A esa sucia traidora.

Oyó un alarido a su espalda cuando *Arcángel* se introdujo por la fuerza en los sistemas de Shaw.

Mierda, se habría terminado convirtiendo en el mejor amigo de una Inteligencia Artificial si hubiera pasado suficiente tiempo con aquel maldito héroe con forma de disco. Lo malo era que los dos sabían que la vida del cerebro de su *Coracero* iba a ser efímera e intensa como un cohete artístico en el firmamento, y no podía evitar sentir una honda pena al saber que lo perdería.

Era hora de hacer la llamada. Pronto, si no se equivocaba, los invitados acudirían al *domo* y el reinado de David Hussman tocaría a su fin.



La recepción en el gran salón

La imagen del *holoprojector* parpadeó. Tal como sucediera con la señal de auxilio del ahora difunto Shaw, su transmisión sufría de severas distorsiones debido a la enorme cantidad de metales conductores y circuitos de las inmediaciones. El *domo* estaba enganchado a una antena exterior, fuera del recinto, mediante un cable de fibra instalado en su momento por el gremio chatarrero al que el *Señor de los Huesos* se lo arrebató. Los años sin mantenimiento por parte de los caníbales, claramente, no les sentaron bien a los aparatos.

Tenía ante él a un hombre trajeado, peinado de lado con *neogomina*, con un exiguo bigote y una flor roja en el ojal. Era de mediana edad, rayano a los cuarenta, de complexión regordeta y estatura tirando a baja. Sus ojos oscuros escudriñaban el holograma que él mismo le había mandado hacía un rato. No paraba de tocarse el mentón y los labios con el pulgar, reflexionando, meditando su oferta. Ya le había hablado de ella cuando terminó el primer borrador serio de su plan, y su interlocutor le dijo que la consideraría llegado el momento.

Se trataba de Flavio CIX Salluri, uno de los contables más prestigiosos del clan. Llevaba en contacto con él desde que regresó, y había podido volver al combate gracias a su ayuda y recursos. Bueno. En realidad, eran del propio David, pero fue Flavio quien los mantuvo a salvo unos meses más de lo acordado antes de darlo por muerto. Se respetaban mucho el uno al otro, y el mafioso casi lo consideraba un *amigo* debido a la ayuda que le prestó antes de desaparecer. Si es que esa palabra existía en el mundo del hampa.

Era cierto que fue Alessa quien los puso en contacto, así que al principio no se fío demasiado de él. Sin embargo, su clan basaba la vasta mayoría de su actividad criminal en el blanqueo de capitales, y para semejante negocio no existía nada más valioso que la palabra dada. Tras el segundo encargo de fondos, Hussman le pidió que le disociara de Fourier por si algo llegaba a pasar entre ellos dos. Le dejó caer al contable que tenía con ella una alianza temporal, y que era posible que acabara traicionándole. Acostumbrado a las rencillas internas de su propia familia y a las guerras abiertas con otras, a Flavio le pareció la petición más razonable del mundo, así que le fue contando a Alessa únicamente lo que el renegado le permitió saber.

Cuando regresó, fue de cabeza a hablar con él. Le narró su traición sin entrar en detalles y le aportó las pruebas que le pidió, respaldando sus palabras. A CIX no le hizo ninguna gracia, porque el Hombre de la Máscara Blanca le había ayudado nada menos que en cuatro ocasiones sin pedir prácticamente recompensa alguna. Trató de contratarle, y él siempre le echó una mano solo para *continuar en buenos términos*, que era como el hampa llamaba a ganarse la simpatía de alguien. No fueron más porque el Salluri consideró que tendría que empezar a contar sus acciones como *favores*, y no le gustaba deberlos. Sabiendo qué clase de persona rastrera era Fourier, que mató a esos refugiados casi por *diversión*, de qué forma puso a su *amigo* contra su novia, cómo dejó tirados a sus compañeros y se largó... la declaró indeseable para el clan y prohibió que se la atendiera. Lo cual, la verdad, era una auténtica putada.

—Bueno, le concedo que el territorio tiene una pinta excelente, Blanco. No es que tenga mucho margen de tiempo y maniobra en este asunto, pero eso ya me lo advirtió la primera vez que salió el tema. He visto contrapartidas mucho peores que ir ajustados.

Hussman sonrió bajo su máscara de látex. Llamarle por el apodo completo acababa resultando tedioso en una conversación larga. Y ese mote era tan bueno como cualquier otro.

—¿Los críos son negociables?

—Me temo que no. Es su hogar.

CIX levantó la vista, buscando a Malik. Ya le habían dicho que el adolescente era el representante de los demás. Al menos, de los que entendían qué implicaciones tenía trabajar para los mafiosos.

—Y tú, ¿tienes idea de dónde te metes?

—Nuestro salvador nos ha explicado cómo funciona su negocio, señor Salluri. Sabemos que es ilegal, que podemos resultar heridos o muertos, y que no podremos abandonarlo nunca, excepto si se dan unas circunstancias muy especiales. Pero también que ustedes protegen a los suyos, y que recompensan la lealtad y el trabajo duro.

—Todo eso es correcto. Estamos dispuestos, vista la magnitud del complejo, a subir la línea de decisión hasta los doce. Ni un año más. Todos los pequeños, llegados a esa edad, podrán firmar por nosotros de por vida o largarse. Los tres que ya pasáis... dentro, o fuera. Sin excusas.

—Aceptamos las condiciones —Malik agachó la cabeza—. Si nos cuidan, haremos lo mismo por ustedes. Nuestra familia se volverá más grande.

—Qué apropiado —rio el mafioso—. Muy bien. Me quedo el vertedero y la operación, Blanco. También a sus cadetes. Pero tengo una pregunta, antes de someter el pacto a mis mayores. ¿Por qué los *Tesurian*?

—Son una presa fácil.

—No me tome el pelo —A CIX no se le iba la sonrisa—. Tiene algo en contra de ellos, siempre lo ha tenido. Sé reconocer una buena *vendetta* cuando la veo. Usted es un *Baba Yaga*, por eso no ha querido unirse a nosotros, detentando un puesto que muchos solo se atreven a soñar. Quiere ver muerto a alguien. Incluso si eso le cuesta la vida.

—Tiene buen olfato, querido Flavio.

—Blanco, le aprecio. De veras. Pero es hora de un poco de sinceridad. ¿Va a tocar la fibra sensible a alguien que pueda venir a perjudicar a mi familia? —El Salluri se llevó las manos a la espalda—. Los *Tesurian* son un cadáver, los pillaron haciendo algo muy ilegal y los van a reventar desde la Gran Cámara. Teniendo en cuenta a qué se dedican, imagino que idearon una *transhumanidad* peor que ilegal. Pero hay algo más. ¿Verdad?

—¿Quiere saberlo? —La máscara apuntó tan alto que CIX vio el reflejo de su propio holograma en el ojo de David, y eso le agrietó la cara de póker—. Es de ese conocimiento que no se puede devolver.

—Me arriesgo mucho fiándome de usted, así que sí. Guardaré su secreto, le doy mi palabra.

Hizo un gesto y, tras él, cinco o seis guardaespaldas abandonaron el holograma y seguramente la habitación de comunicaciones en la que se encontraba. Se atusó el pequeño bigote un par de veces, impaciente. David se volvió al chico, el único que estaba en la sala del trono del *domo* junto a él y *Arcángel*. Malik le asintió.

—Podrían matarte por saber esto.

—Os debo la vida, señor. Me sentiría honrado.

—Muy bien.

David lanzó al proyector común una imagen de *Helios*, la más actual de la que disponía, de cuando brotó de las entrañas de la tierra en Recnis. Tras la sorpresa inicial, les explicó a sus dos oyentes qué era realmente y lo que estaba haciendo en la Confederación. También les dijo que

pensaba subir a bordo y destruirlo desde dentro. CIX se quedó patidifuso unos instantes, lo mismo que Malik. Solo que, a diferencia del adolescente, terminó por echarse a reír. Se palmeó la frente, en medio de una carcajada que no le pegaba para nada.

Hussman no cambió el gesto. Empezaban a importarle una mierda que lo siguieran, los efectos colaterales de sus acciones y las consecuencias. Era un cazador, y al mismo tiempo un asesino. Tras derretir a Shaw, sus fosas nasales estaban otra vez llenas del olor de su presa, podía paladear la sangre como si goteara de un trozo de carne cruda entre sus dientes. Había algo raro en su mente, una impronta grabada fijamente en su cerebro. Los Zastak, en su forma de sabueso, le contagiaron ese instinto animal que no podía borrar. Y sus versiones civilizadas lo apuntalaron con filosofía, religión y creencias. Una caza nunca se abandonaba, y menos por un simple mafioso, por bien que se llevara con él. Si no le ayudaba...

—Ahora lo entiendo. Qué bobo he sido. ¡Usted es un Cruzado! ¡De ahí viene toda esa tecnología punta, el desapego por la ley, la imposibilidad de que le atrapen! ¡Esos *piratas* de su historia son sus amiguitos enlatados, buscando venganza!

—Correcto.

—¿Vendrán a derribar mi puerta si le ayudo?

—No lo creo. En primer lugar, piensan que estoy muerto gracias a esa sucia traidora. Y en segundo, cuando descubran que es mentira, me verán explotar dentro de una de las naves más grandes jamás construidas. Ahora entiende por qué rechacé todas sus generosas ofertas, ¿verdad?

Flavio pareció complacido. Su interlocutor nunca quiso comprometerle, y eso para la mafia era algo realmente importante. Les gustaba elegir ellos mismos qué batallas librar.

—Así que va a morir por ello. Vaya. Eso explica por qué el trato es tan malo para usted. Me sorprendía mucho que me regalara su base de operaciones así, por las buenas, y que no tuviera trampa. Está bien, el trato sigue en pie, a falta de que mi familia lo confirme y de que hablemos los detalles dentro de unas horas. Si alguien aparece preguntando por sus andanzas, le diré toda la verdad, porque veo que ni le importa, ni le perjudica. Cuente con mis muchachos para lo de la sede. Los tendrá allí en... un par de días, a lo sumo. Si puedo los acompañaré, porque quiero estrecharle la mano al menos una vez. Tiene agallas, y es un hombre de palabra.

—Será un honor hacerlo, querido CIX.

—Antes de irme... solo una cosa más. Entre nosotros tres... o cuatro, si su misterioso amigo *Arcángel* está escuchando. ¿Qué le hizo ese engendro? ¿Por qué la *vendetta*?

David guardó silencio. En aquel momento, tras Flavio, veía perfectamente la silueta de Helena Blane. Sonriente, como si fuera parte del holograma. En ocasiones, tras el despertar del estasis, pasaba horas enteras hablando con ella. Le contaba sus sentimientos, sus penas. *Arcángel* le diagnosticó alucinaciones y estrés postraumático severo. Se preocupó mucho por su salud, porque podía asegurarle que en cada conversación que presencié, ella no estaba allí.

Le dio igual. Olía su piel, su pelo. Veía su rostro, contemplaba sus ojos llenos de vida. Sentía sus labios sobre los suyos. Nunca, jamás se marcharía. Como los otros fantasmas y los demás pecados. Solo que ella era la única que no volvía para recordarle sus fracasos o la sangre derramada. Joder. Lo peor era soñar con su querida Circe.

Helena seguía amándole desde el otro lado. Los demás solo esperaban su momento para arrastrarlo con ellos al sufrimiento eterno que sin duda merecía.

—Sus títeres mataron a mi novia. Prometida, en realidad, según nuestra cultura.

Los ojos de Flavio se empequeñecieron súbitamente, su ceño se frunció hasta formar una única ceja. El hombre a quien David conocía de siempre relativo buen humor, solo mostró asco y repulsión cuando le contó lo de Alessa. Un gesto modesto que correspondía a una falta que castigar. Aquello, por el contrario, lo cabreó de veras.

—Entiendo. Está buscando a esa cosa para vengar a la mujer que amaba... ¿Desde cuándo?

—No lo recuerdo. Diría que cerca de dieciocho años.

El gesto del Salluri se encendió tantísimo que Malik retrocedió, llegando a la altura del trono sobre el que el renegado estaba aposentado. Aquello, para la mafia, era una cosa gravísima. Un crimen atroz, solo superado por el asesinato de un hijo. Algo que merecía un tormento brutal y despiadado de la peor clase.

—Mi curiosidad queda satisfecha, Blanco. Y mis dudas sobre usted están despejadas. Dejó a su gente por una causa que mi familia respaldaría. No puedo ofrecerle ayuda desinteresada, pero tiene mi simpatía. Y pondría recursos a su disposición si los paga, que es algo que no hago con cualquiera. Gracias por confiar en mí.

—Sé que la palabra puede ser fuerte, pero significa mucho viniendo de un... *amigo*.

—Lo somos tanto como nuestros respectivos mundos lo permiten, Blanco. Hoy, un poco más. En primer lugar, lamento muy profundamente lo que le sucedió a su señora. Las parejas y los hijos son sagrados, y eso lo saben hasta los más rastreros de mi gremio. En segundo lugar, le deseo buena suerte. Espero poder estrechar su mano antes de que tenga que irse.

—Gracias, Flavio. Quedo pendiente de su llamada final.

—Descuide, no creo que necesite esforzarme con mi tío y su primo, porque me lo ha puesto fácil con su oferta. —Contra todo pronóstico, le guiñó un ojo—. Cuidaré de ese chiquillo asustadizo que tiene al lado y de sus hermanitos huérfanos. Hablamos en breve. No llegue tarde.

La comunicación se cortó, dejando a Hussman sumido en la oscuridad mental. Resultaba afortunado que sus palabras hubiesen convencido a CIX. Se creía capaz de entrar en la sede por sus propios medios y atrapar a Duvolev, pero eso aumentaría las posibilidades de sufrir daños de cara a la fase final del plan, y prefería evitarlo. Aunque contempló esa contingencia, entre otras muchas, perder la ayuda de la mafia habría sido un duro revés que hubiese recortado su ya de por sí ajustado margen de tiempo.

Por suerte, siempre se podía contar con la codicia de la humanidad cuando uno buscaba aliados. Además, así no dejaría tirados a Malik y a los otros.

Arcángel emitió un sonido simulado de carraspera. La gigantesca armadura viviente tenía los brazos cruzados una vez más.

—No quería interrumpir tu increíble lamida de trasero hacia una manada que no duda en extorsionar y matar a todos los que no les obedecen.

—Esta gente en particular, me ha tratado bien. Es justo hacer lo mismo, incluso si su naturaleza es inherentemente egoísta.

—Ya, ya. Empiezo a darme cuenta de por qué te avergüenzas de la raza humana. Eres la excepción, y no la regla. Temo los problemas que habrá en *el reencuentro*.

—Ni tú ni yo lo veremos, aunque en verdad me preocupa que...

—Tienes la habilidad de irte por las ramas y llevarnos a todos contigo, mi señor. Los invitados están aquí. El equipo gris los está atrayendo de cabeza hacia nosotros, y como tardemos un puñetero minuto más, van a entrar hasta la cocina tras echar la puerta abajo.

—Oh. Disculpa. Malik, fuera luces. Que todo el mundo se prepare, y que las niñas los conduzcan hasta mi presencia.

La sala del trono se apagó, sumiéndole en una completa oscuridad. Cerró el ojo. Escuchaba a *Arcángel* moverse hasta ocupar su hueco oculto, a su mano derecha guiar a los equipos restantes para salir de los pasillos y tomar posiciones. Pronto se hizo el silencio, indicándole que la trampa estaba armada. Ruth dejó abierta la precaria puerta tras ella, apagó el foco de la entrada y echó a correr hacia el trono. Le extrañó que no viniera con *seta*. Esperó que no hubiera tenido ningún percance.

A duras penas pasaron unos minutos antes de los perseguidores entraran. Maldita sea. La pequeña, ahora a su lado, decía que eran cuatro y que tenían a su compañera. Empezó a creer que le perseguía una mala suerte odiosa. Los dejó avanzar en la penumbra. Prácticamente se le echaron encima, equipados con gafas de visión nocturna. Entonces encendió el resto de luces de forma repentina. Lo habían ensayado un montón de veces, y sus diminutos secuaces siempre se quejaban de que les costaba ver cuando lo hacía.

El deslumbramiento detuvo el avance de los invitados, que gritaron de dolor. El resto de los mortales los hubieran llamado intrusos, pero en realidad se tomó muchas molestias porque llegaran a ese punto exacto de su guarida.

Sus chicos, ya preparados, abrieron los ojos en cuanto Malik tocó el gong. Los rodearon como una tormenta, mientras *Arcángel* salía de su escondrijo para atrapar al grandote. Este intentó zafarse del agarre con una llave y un puñetazo, pero era imposible que pudiera mover al pesadísimo *Coracero* con su fuerza bruta. En dos movimientos, la IA piloto le arrebató el arma y lo inmovilizó, para consternación de sus compañeros.

Él alzó la vista, encontrándose cara a cara con ella. Kiara Dreston estaba estupefacta, no podía cerrar la boca ni los ojos. Tanto, que ni siquiera oía a los niños que la encañonaban, que le exigían que soltara su fusil de asalto. Teresa, por el contrario, dejó las dos pistolas en el suelo y levantó las manos nada más darse cuenta de que era él quien se sentaba en el trono. Sonrió. Siempre le pareció la más despierta y peligrosa.

El joven Trevor tardó un poco más en reaccionar, dudando si rendirse, pero al final lo hizo. Con George atrapado y estando rodeados, vivir para luchar otro día era la actitud más inteligente con diferencia.

Seta le advirtió de la amenaza del *Pétalo Danzarín*, y entendió de inmediato la ausencia del mecánico. Seguro que aprendió a pilotar, y contaban con que la escalada de armamento disuadiera a los caníbales de comérselos. Debía reconocer que la nave resultaba una amenaza muy a tener en cuenta, pero no creyó que fuera a disparar, aniquilando a toda su familia.

Relajó las cosas asegurándoles que no les haría daño, y encargó a *Arcángel* y a los pequeños que vigilaran a los tripulantes mientras él... charlaba con Kiara. Por la cara que ponía, no le hacía ninguna gracia, pero necesitaba saber dónde se escondía esa *metasabandija* de Fourier.

Decidió que desoiría a su compañero sintético una vez más, y que se reuniría con la capitana en privado para poner las cartas sobre la mesa. El propio David, tras racionalizar el proceso de forma aparentemente pragmática, no se dio cuenta de que en realidad deseaba esa conversación más que nada en el mundo. Incluso si esta resultaba desagradable.

CARGANDO



La dueña del reloj

Hacía mucho que no fondeaba en *Sigma*. La estación secreta de los *Cuervos Negros* estaba alejada de todo, oculta en un asteroide perdido, y resultaba de difícil acceso incluso sabiendo dónde estaba. El campo de restos, en constante cambio, era una auténtica pesadilla para los pilotos y navegantes. Era una de las pocas bases permanentes de los Cruzados de las Estrellas, quienes después de todo eran un pueblo nómada que iba tomando del espacio los recursos que necesitaba.

Algo no le olía bien a Cassio. Estaba estrechando el cerco al último renegado de su lista cuando la convocaron, tan próxima a atraparlo, que solo le faltaba apretar el nudo alrededor del cuello de aquel sucio traidor. No entendió por qué la obligaron a interrumpir la persecución, pero no le gustó ni lo más mínimo.

Mientras la cinta automática la desplazaba por las entrañas de la siniestra estación, no podía dejar de pensar en que se trataba de algo grave. Se encontró otros cinco destructores *Cazadores Asesinos* en el hangar, tres más de los que venían siendo habituales cuando una iba a rearmarse. No se veían tantos, por lo que le dejó caer el personal de mantenimiento, desde que se derrotó al Tirano Cronista.

Adris Vedlan, a su lado, no decía nada. Leía actualizaciones en el *Portlex* de su casco, haciendo como que la cosa no iba con él. Entrecerró los ojos, elucubrando si su segundo tendría algo que ver con la llamada. A pesar de que otros coroneles lo saludaban con respeto y de que su hoja de servicios le resultó muy llamativa en su momento, no congeniaban. No le gustaba arriesgar, ni ganar. Le parecía un mojigato, un tipo demasiado preocupado por el *qué dirán*, por los daños colaterales y por los sentimientos de la gente. Menudo idiota. Eran soldados, fuerzas especiales, joder. Se les pedían resultados, no caricias y comprensión. Lo consideraba un lastre, y se desharía de él en cuanto le fuese posible.

A su otro lado estaba la capitana Motuu. La enorme mujer de pelo rizado y piel mínimamente tostada tenía un aspecto poco común en la Flota, donde todos solían parecer fantasmas debido a la falta de luz real. Kaya era más de su cuerda, muy directa a la hora de tomar decisiones enfocadas al éxito. Se permitía discrepar, y mucho, pero al menos solía tener argumentos cuando lo hacía. De no haber contado con su apoyo moral, seguramente habría dimitido con tal de no bregar con el circo de lisiados que tenía por tripulación. Toda esa precaución la ponía enferma, necesitaba hacer que sus *Cuervos* fueran una unidad más dinámica o la acabarían volviendo loca. Menos mal que la capitana le aguantaba el ritmo.

Al mirarla de lado, casi se tropieza con alguien. Era la coronel Morris, acompañada de su primer oficial y su propia capitana de navío. Esta última, Naomi Tess, le torció el gesto. Como si le importara una mierda lo que pasara por su fea cabeza. Estaba convencida de que esa gilipollas apreciaba a su antiguo jefe, Hussman, incluso después de que ella lo hubiera matado. Se podía ir al infierno.

—Miranda, un placer verla.

—Coronel Morris...

—Siento haber provocado que nos convocaran. Necesitaba contarle algo antes de llegar a la reunión.

—¿Fue usted? —Puso los ojos en blanco—. Pues, si le soy sincera, quiero acabar cuanto antes. Hay un traidor que puede escaparse si me retraso. Disculpe.

Hizo el ademán de rebasarla, pero la otra oficial le colocó una mano en el hombro para impedirla avanzar. Cassio se desasíó con violencia hacia atrás, justo cuando pasaban por delante de la ventana de observación más cercana a la *pajarera*, una de las pocas que tenía la estación.

El blindaje estaba retraído, así que las dos mujeres se quedaron frente a frente, midiéndose mientras los asteroides y las nubes de polvo se batían en duelo al fondo. Permanecieron inmóviles durante unos instantes, mientras la cinta las transportaba.

—No vuelva a tocarme.

—Miranda, debería escucharme.

—Ni a referirse a mí por mi nombre de pila. Use mi rango, por respeto.

—Señora, no le arruinemos la sorpresa a la *coronel*. Parece decidida a descubrirla por sí misma.

El retintín de las palabras de Tess hizo rechinar los dientes de Cassio. Tanto, que fue Motuu la que intervino en nombre de su jefa. Quizás intentando desactivar el problema, o simplemente pelotear a la *sabueso* del *Ulster*.

—Y usted tendría que cuidar cómo dice las cosas, *capitana*.

—Tranquila, camarada, que sé cuál es el tono a emplear en estos casos.

La coronel Morris se giró parcialmente hacia su subalterna y levantó un dedo pidiéndole silencio. Sus ojos verdes se clavaron, tranquilos, en las pupilas oscuras y ardientes de Miranda. Ella seguía rechinando los dientes, con la furia de una bestia salvaje. Le pareció ver condescendencia, como si fuera una niña malcriada reprendida por adultos. Eso la cabreó todavía más. Se le filtró el veneno entre los dientes.

—Tiene gracia que sea la vieja tripulación de uno de los mayores traidores a la Flota, que además es la que más se aprovechó del caos que este causó, la que venga a dar lecciones a quienes lo detuvieron.

—Mataron. —La corrigió Tess.

—Que conste, que nuestra intención era advertirla de buena fe. —Morris suspiró, encogiéndose de hombros—. Lamento este desagradable malentendido.

Los tres oficiales del *Venganza de Blane*, al que vergonzosamente no cambiaron su nombre, se dieron la vuelta y echaron a andar para llegar a la *pajarera* en primer lugar. Vedlan seguía en silencio, abochornado, mientras Motuu le decía a su jefa que poca bronca les había montado.

Entraron los últimos. La sala de reuniones contaba gran cantidad de oficiales en aquellos momentos, no se veían tantos asientos y puestos de asesor ocupados desde el cónclave del que salió el asalto a la *Pluma Eterna*. Además de los presentes, Cassio descubrió que otros tres coroneles con sus respectivos séquitos estaban proyectados en los puestos que les correspondían. Es decir, que no solo se convocaba a los que pudieran acudir, sino que además debían estar presentes todos aquellos capaces de comunicarse por una red militar con suficiente potencia como para poder asistir a la reunión con un retardo aceptable, de pocos segundos. Estaba claro que algo grave sucedía.

La general Maethus se volvió hacia ella. Con su característico rictus facial indescifrable le hizo un gesto de palma extendida en dirección a su asiento. Lo ocupó a toda velocidad, con ansia, mientras Vedlan y Motuu se colocaban tras ella, de pie. Dejó el casco sobre el tablero.

Su superior caminaba alrededor de la mesa redonda con paso tranquilo, sin sentarse, dando un tiempo muerto que invitaba a la reflexión o al nerviosismo. No tenía claro si esperaban a alguien

más, o si quería ser teatral. Pronto, por las caras que ponían los veteranos, se dio cuenta de que era lo segundo. La general no tardó más de un minuto en corroborarlo.

—Disculpen que los traiga hasta mí con tan poca antelación. Sé que todos ustedes, con la excepción de dos tripulaciones que están de rearme y maniobras respectivamente, tienen quehaceres mucho más importantes que acudir a vernos las caras. Sin embargo, me temo que la ocasión lo requiere, dado que ha sucedido algo inesperado y muy importante.

Gesticulaba con un guante, de forma casual y aparentemente despreocupada. Error. Pasó tras Tesselor, que era el más viejo, más armadura animada que hombre. Este se giró para ver cómo salía por el otro lado de su respaldo. No respetaba nada a esa reliquia desfasada, pero tenía que reconocer que olfateaba los problemas mejor que nadie. Y eso que su nariz postiza sujeta con una cinta transparente sobre su cara medio desfiguraba no percibía olor alguno desde hacía una década.

—Verán. En pocas palabras... alguien la ha cagado. Mucho. Tiempo atrás, cuando se liberó la Flota de la tiranía de Héctor, hubo quien empezó a dudar que fuéramos necesarios como unidad de combate autónoma. Quisieron que se popularizara la idea de que no hacía falta un cuerpo de fuerzas especiales destinado a deshacer entuertos, a... limpiar el espacio humano. Y, la mayoría de esos capullos ni siquiera saben lo que hacemos. Un sabotaje a los confederados por aquí, un empujoncito a los solarianos por allá. La conveniente explosión que borra una investigación peligrosa. Según nuestros detractores, eso lo podría hacer la Orden de las Estrellas sin una división específica.

—Lo que sabemos que es falso. Las tropas regulares son lo que son. Estándar. La mayoría ni ha entrado en combate más allá de las simulaciones. —Gruñó Brunno Dolthorff, líder de la *Hoja Insondable*—. Son soldados, y muy buenos, pero sólo las cicatrices hacen al veterano. Un martillo no sustituye un bisturí. Y viceversa. No sería lógico desplegarlos en una operación a campo abierto contra un reino bárbaro.

—Exacto —concedió la general—. Eso es lo que muchos no entienden. A veces, solo nosotros nos interponemos entre el orden y el caos. El problema es que hay política tras ello. Algo que, como todo buen militar sabe, suele ser un escollo para que las cosas se hagan correctamente. Tenemos que demostrar a diario, y esa es la peor parte de mi trabajo, que somos útiles. Que no nos equivocamos. Jamás.

—Si nos hubiésemos confundido con el Cronista Supremo traidor, el percance habría desencadenado una guerra civil. —Tesselor gruñó—. Hemos desarmado tal cantidad de amenazas, que dudar de nosotros suena a patalaya *poshectoriana*. Y la idea me da asco.

—Sí. Aunque esos traidores ya no existen, su nociva influencia tardará una generación o dos en desaparecer —continuó Maethus—. Pero, mientras tanto, tenemos no pocos ojos mirándonos. Esperando a que la fastidiemos una sola vez para tirarse a nuestro cuello. Por eso, nosotros... no cometemos errores.

Cassio no dejó de mirar al frente, sin siquiera pestañear, mientras Maethus seguía orbitando alrededor de la mesa. Empezaba a temer, muy a su pesar, que se estaba refiriendo a ella. Mientras todavía se preguntaba qué demonios habría hecho mal, la general se coló ante el desprevenido Vedlan, la agarró de la cabeza y la estampó con violencia contra el tablero de *supracero*.

Miranda quedó momentáneamente cegada por el dolor, mientras su superior la levantaba obligándola a rebotar contra el respaldo del asiento. Se llevó las dos manos a la cara, sabiendo que tenía la nariz rota y el labio superior sangrando. No quiso, por orgullo, tantearse los incisivos

que le ardían. El impacto también debió romperseles.

En la sala reinaba el silencio. Los demás altos miembros de los *Cuervos Negros* no dijeron nada, su oficial en jefe jamás había tenido una salida como esa. Hasta ese instante, siempre se mostró enigmática y retraída. Que de repente hiciese aquello con su ojito derecho debía significar algo gordísimo. No solo por la agresión en sí misma, sino porque ponía sobre la mesa que su prudencia y misterio ocultaban en realidad a una persona tan impulsiva y violenta como el propio Almirante Grant. Eso, a su vez, explicaba a la vieja guardia el perfil de los nuevos coroneles y de sus reclutas de gatillo fácil. Se limitaron a mostrar sus mejores caras de póker y a esperar a que el asunto se esclareciese.

Cassio, humillada, miró a Morris. La otra coronel arqueaba las cejas y el labio ligeramente hacia arriba, mientras que su estúpida capitana sonreía sin ningún tipo de filtro. Qué hijas de perra. Se habían reído de ella. Lo sabían. Desde el maldito principio.

—Es usted una idiota. Una imbécil elevada a la enésima potencia. Qué decepción.

Se giró hacia su superior, ensangrentada y desafiante. No buscaba compasión ni piedad, eso se lo dejaba a los débiles de espíritu. Exigía, sin palabras, una explicación para un comportamiento semejante por parte de su mentora.

—Quizás la coronel Cassio necesite un poco de contexto. —Esa estúpida Morris la ponía de los nervios con su condescendencia. No creía que alguien así se mereciera el mando—. Nos encontramos en nuestro camino a una vieja conocida. Nada menos que a Kiara Dreston, antes primera oficial y actual capitana del *Pétalo Danzarín*. Se interpuso entre nosotros y nuestro blanco, esgrimiendo una protección legal que no nos atrevimos a desafiar abiertamente ante la autoridad confederada.

Menuda cretina. ¿Una vulgar pirata de segunda le arrebató a su presa y la castigaban a ella?! ¿Qué demonios estaba pasando?!

—El objetivo de nuestra misión era un cibernético de alto rango, un pez gordo dentro de la jerarquía endemoniada de *Helios*. Lo detectamos prácticamente de rebote, y fuimos a por él. Al principio creímos pillarlo porque cometió un error, pero luego nos dimos cuenta de que nos equivocamos. Fue un chivatazo. Alguien usó a unos comerciantes de información fiables contra nosotros. Querían que lo hiciésemos salir.

—Abrevie.

—Sí, general. En resumidas cuentas, a Dreston la contrató una empresa tapadera para que llevara a esa cosa. Pero detectamos que estaba intervenida por otra entidad, con altas probabilidades de que el *mecanizado* tampoco lo supiera. Investigando más, encontramos algo asombroso. El cerebro de esa cosa contenía una de las dos piezas de *la llave*, necesaria para un aparato de navegación muy avanzado que llevamos tiempo investigando. Ya hemos capturado un par de ejemplares del equipo en sí, aunque hasta ahora se nos ha resistido su decodificación, puesto que es tecnología Cruzada.

—Maravillosa putada. —Resopló Dolthorff—. Más rastreos de mercancía robada.

—En absoluto. Es de la Flota, pero de una *rama diferente*, separada de la nuestra hace tiempo. Viene de *Helios*. Esa cosa ha creado un sistema de navegación indescifrable para las naves de su flotilla, que requiere de dos códigos mutantes que se deben combinar a la vez con un margen de cinco minutos, y que poseen una validez de pocos días. Introducidos en el ordenador correcto, devuelven un sistema de coordenadas que indica dónde está escondida. Las semillas de generación se encuentran en el cerebro de dos cibernéticos de su confianza. Así que quien controla

ambas *llaves*, tiene acceso a la *Risingsun* rebelde.

A Cassio, que le goteaba sangre de la nariz como si fuera un río, no podía importarle menos aquello. Era competencia de esa estúpida de Morris, y no entendía ni por lo más remoto qué tenía ella que ver. Su tripulación atrapaba traidores, no perseguía a ese montón de... a no ser que...

—La cuestión es que una de esas *llaves* se le escapó a Morris porque *alguien* la cambió de sitio, y contrató a Dreston. —Maethus se impacientaba, se le notaba mucho—. Sabemos que la corsaria ignoraba por completo de quién se trataba.

—¿Cómo lo hemos averiguado? —preguntó el coronel Kowadovsy—. Esos datos son muy precisos.

—Porque la espía que la corsaria tiene a bordo nos lo ha dicho. Es una fuente de información conocida por la coronel Cassio, la misma que le reveló dónde encontrar al renegado David Hussman.

A Miranda se le abrieron los ojos como platos. Mierda. ¡Mierda! ¡¡Mil veces mierda!!

—Sigue vivo, coronel —Maethus dio un golpe en la mesa a su lado, mirándola con ojos de depredador—. Usted me aseguró que estaba muerto.

Se escucharon varios cuchicheos y expresiones de sorpresa. Decidió responder sin vacilar.

—Debería estarlo. Ese gilipollas saltó a ciegas a una anomalía en formación de nivel *diez*. Le disparé *ocho* torpedos que le forzaron a hacerlo. Yo misma mandé sondas que se desintegraron o desaparecieron. Es imposible que sobreviviera.

—La capitana corsaria enlazó su patente con la nave para que nuestra espía, a la que tiene a sueldo sin saber de su doble juego, lo oyera. Quería que escapara, porque el traidor juró matarla. Y esa *metarrata*, viéndose en peligro, me llamó.

—¿Nos podemos fiar de una puñetera chivata confederada? —preguntó Tesselor—. Yo leí el informe de Cassio y me pareció bastante sólida su conclusión de que la corbeta conocida como *Ruina de Helios* debió resultar destruida.

Miranda, de repente, sintió una efímera necesidad de mostrar agradecimiento. Quizás se equivocaba con el viejales, después de todo. Sí que sabía apreciar las cosas bien hechas.

—Es clasificado para usted, entre otros oficiales presentes —Maethus le miró con severidad—. Tenemos equipos compartimentados para evitar fugas, como ya sabe.

—Me pareció una pregunta jodidamente adecuada, señora.

—Lo es. Y merece una respuesta concisa: sí. La vida de esa espía sería muy corta si la pillamos mintiendo, y ella lo sabe. Bien, esta es la situación. La mayor vergüenza de este cuerpo de ejército, que es David Hussman, sigue libre. Y lo que es peor, continúa con impunidad su guerra personal a espaldas de la Flota.

Tess fue a levantar la voz, pero Morris, como si lo adivinara, se giró para tocarle la rodilla y negar con la cabeza. Todos sabían de sobra que estaba condenado a muerte. La capitana se quejaba cuando salía el tema estando presente porque, pese a su horrible sensación inicial de haber sido traicionada, ahora estaba segura de que su antiguo superior seguía siendo leal a la Flota y enemigo de los ciborgs. Tanto ella como Morris habían visto el rastro de destrucción que iba dejando, y era imposible que nadie se tragara que lo hacía *para convencerlos*. Lo que pasaba era que el Almirante Grant era un capullo orgulloso y Maethus detestaría tener que devolver una medalla que ya estaba encima de su armadura. Ninguno de los dos iba a reconocer una cagada. Ni ella ante él, ni Grant en el pleno del Consejo del Almirantazgo.

Y menos aún lo haría la propia Cassio en la *pajarera*.

—Daré con ese cabrón y lo mataré. Y después, traeré su cabeza cortada para arrojarla sobre esta mesa y que no solo sea mi sangre la que la empape.

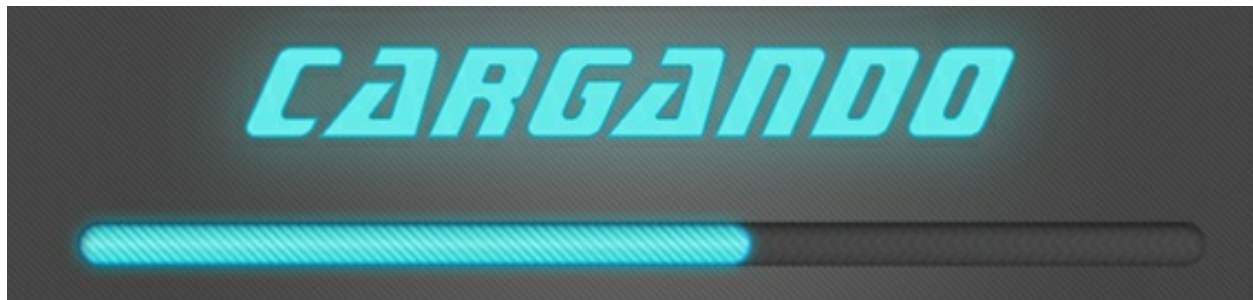
—Sí, claro que lo hará. Porque como tenga que pelear una petición de disolución de los *Cuervos Negros*, le juro que acabará sus días jugando a *derribar la flota* a través de la pared con el traidor de Justice. El resto de ustedes guardará un silencio sepulcral y absoluto sobre el tema con cualquiera que no esté en esta habitación, bajo pena de alta traición y encarcelamiento vitalicio. Y eso les incluye a los conectados en remoto a todos los efectos.

—Sí, señora —corearon.

—Muy bien, me alegra que nos entendamos. Ahora, necesito una actualización del avance de sus misiones en curso. Tenemos que ver a quién sobrecargamos de trabajo para encubrir el fracaso de nuestra *novata favorita*.

Cassio apretó los dientes por la humillación, y estos le dolieron una barbaridad. Jamás se habría esperado que su antigua mentora la vapulease física y verbalmente de ese modo. Nunca le había dado motivos, hasta ahora. Pero, siendo justos ... ¿Quién, en su sano juicio, podría haber imaginado que el jodido Hussman siguiera con vida?

Lo mataría. A él, a sus compinches, a sus amigos, a su capitana fetiche, a quien le ayudara e incluso a cualquier idiota que fuera bastante estúpido como para interponerse en su camino. No pensaba dejar títere con cabeza, y si alguien creía que lo de la decapitación era una hipérbole bárbara y salvaje pronunciada en un momento de cabreo, pronto descubriría que Miranda Cassio no amenazaba en balde.



El Caballero y su Dama

Los pasillos hacia sus aposentos eran claustrofóbicos y oscuros. Tenía su lecho en el antiguo sanctasanctórum del *Señor de los Huesos*, que se escondía en las entrañas de una maraña de pasadizos antaño llenos de trampas que le llevó una semana desarmar. Estaban excavados en los restos, con sus paredes entre alisadas y derretidas por el mismo mecanismo con el que se hicieron las salas más grandes del *domo*. Las zonas que obligaban a pasar agachados se pensaron como cuellos de botella, pequeños reductos en los que los antiguos recicladores pretendían detener posibles ataques de los rivales o de los *metaperros* de vertedero.

La cruda realidad era que esos cuartuchos oscuros y desangelados eran poco más que una ratonera de la que resultaba imposible escapar. A un enemigo con medio cerebro funcionando le bastaría sentarse fuera a esperar a que los de dentro se murieran de hambre. El diseño tenía tan poca sesera que hasta la letrina quedaba fuera, de modo que, en lugar de un pequeño bastión, solamente construyeron una infravivienda cochambrosa y no apta para gente con terror a los espacios cerrados.

Los niños ahora dormían todos juntos en una vieja sala de tortura, que David desmontó y limpió en cuanto él y *Arcángel* la encontraron, fuera de esa subred. Era mucho mejor tenerlos en literas y cunas en un espacio amplio y que se pudiese evacuar con facilidad que en aquella caverna infecta.

Él, por el contrario, se instaló allí. Era un agujero lúgubre y deprimente, pero eso le alejaba de los pequeños a los que tendría que abandonar y le permitía sufrir sus propios pensamientos en soledad y silencio. Aunque lo hacía a modo de penitencia, en el fondo la marcha por los yermos de Xacelsis le había dejado una marca difícil de borrar en el cerebro, y necesitaba regresar a la nada de vez en cuando. Incluso *Arcángel*, que sabía respetar su introspección, era demasiado insistente en según qué ratos, y prefería evitarlo. Lo que a su vez le daba pena, porque se separarían pronto y nunca recuperarían ese tiempo perdido.

Llegaron a una puerta acorazada precariamente instalada en mitad de un corredor de tamaño humano. En circunstancias normales, cualquiera con unos pocos explosivos y muchas agallas, o con un pie hidráulico y más sesera, habría echado abajo el marco sin ninguna dificultad. La verdadera fortaleza de aquella entrada no era su solidez, sino que se encontraba al final de un cargante galimatías de pasillos que invitaba a no llevar un equipaje pesado. Y, sobre todo, a no alterar el delicado entorno para no morir sepultado por una montaña de deshechos eléctricos vetustos.

Miró de refilón a la aparición de Helena, que había estado siguiéndolos en silencio durante todo el trayecto por los corredores sombríos. Ella le sonrió, asintiéndole. Se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad, dejándolos a solas. Aparecía y le daba fuerzas, pero tenía la impresión de que no quería entrometerse en sus asuntos con Dreston. Era curioso. Si en verdad estaba en el otro lado, parecía tomarse muy bien que se quedara a solas con otra mujer que le atraía en un lugar tan alejado de la gente. Quizás, con bastante buen tino, creía que no podía pasar nada entre ellos. Suspiró.

Sacó una llave compleja y gastada de su cinturón, que arrebató al *Señor de los Huesos*, y la introdujo en la cerradura. Dio dos vueltas, cargando el peso de su hombro para poder abrir unos escasos cuarenta y cinco grados. Invitó a Dreston a entrar y cerró tras él. En realidad, podría haber hablado con ella en cualquier otro punto del *domo*, pero allí guardaba algo que tal vez necesitara, y estarían más tranquilos.

El olor de la estancia a oscuras era penetrante. Apestaba a humedad, como correspondía a una galería excavada en un montón de chatarra compactada por el que se filtraba el agua de la lluvia de aquel miserable planeta. Aunque el complejo contaba con un primitivo mecanismo de desagüe horadado por debajo de las planchas que se habían colocado para no pisar el suelo de tierra, era imposible que eso evitara que se colara humedad por todas partes. Y aún peor: cuanto más profundas eran las cuevas, mayor era el estancamiento del aire. Aquello era un criadero de moho y hongos.

Igual el viejo despacho del *Señor de los Huesos* no era el lugar más acogedor para un reencuentro con la mujer a la que quizás quiso, pero estaba tan ausente, tan vacío por dentro, que no pensó demasiado en ello. Pulsó un interruptor con el índice y la estancia cobró vida. Era curioso. Después de usar desde niño una armadura que transmitía las sensaciones a sus nervios, había descubierto que le resultaba más gratificante tocar las cosas con las manos desnudas.

La luz se derramó desde dos lámparas arcaicas de led, que parpadeaban al borde de alcanzar el final de su ciclo de vida. Era una estancia relativamente grande, con un techo abovedado formado por una cúpula de chatarra que se había asegurado mediante ingentes cantidades de espuma aislante de color amarillo que le daban un aspecto rocambolesco.

La *Pretor* descansaba junto a una estación de recarga de *Helio-tres* portátil que compró a su regreso, y que servía para rellenar las baterías sin tener que derramar ni una gota. Se habrían cargado hacía siglos, porque su día llevaba en marcha muchísimas más horas de las que le correspondían por sueño. A decir verdad, estaba cansado. Contempló el reloj. Buf. Si quería llegar a tiempo a la próxima fase de su ajustado plan, tendría que abreviar. Ya dormiría cuando estuviera todo en marcha.

Se dirigió a su mesa y la rodeó, sentándose tras ella. La estancia ganó enteros una vez que eliminó la decoración macabra y psicópata hecha a partir de restos humanos. Seguía oliendo horriblemente mal a pesar de que la claraboya diminuta llevaba semanas abierta, pero era su pequeño refugio en medio de un bastión lleno de niños. Allí podía pensar, estudiar las cosas y afinar sus planes.

No la invitó a sentarse porque no quería que pareciese una burla. Ahora tenía bastante menos tacto, y prácticamente ningún interés en gustar a nadie humano. No quería exagerar ese defecto aún más, en especial ahora que pretendía ir por las buenas.

Se quitó la careta, estabilizándose como pudo en el asiento. Estaba medio suelto, se bamboleaba cuando alguien dejaba caer su peso encima. Era incómodo, aunque no tanto como el que aún olía vagamente a sangre. David cruzó las manos, apoyó los codos sobre los muslos y la miró de forma penetrante con su ojo gris.

Reparó de repente en los músculos de ella, dándose cuenta de que estaba tensa, a punto de saltar. Seguramente evaluaba si podría noquearle como a un vulgar supervillano ficticio que te apresa y lleva a su guarida. Imaginó que pensaría que su integridad física estaba en peligro de una forma u otra. Nada más lejos de la realidad. Su presencia en el *domo* entraba en sus planes, pero en ninguna parte de estos ella salía herida.

—Bueno, ¿y bien?

El tono fue intensamente hostil, que era lo lógico, por otra parte. La última vez que se vieron, hacía años, le creyó capaz de engañarla. Llevaba viajando con Alessa desde entonces, así que esa traidora habría tejido una gigantesca red de mentiras alrededor de él para convertirlo en el monstruo que debía pensar que era en aquellos momentos. Que además acabara de apresarla a

ella y a su familia, no sumaría puntos a su favor.

Por suerte, cada vez le importaba menos cualquier cosa ajena a su misión. Incluso Kiara. La había traído a su presencia no por los viejos tiempos, sino por un motivo práctico. Dos, en realidad, aunque lo de Shaw estaba ya resuelto.

Decidió que lo mejor era ser brutalmente directo. Se encontraba físicamente cansado y con toda probabilidad, cada pequeño e insignificante matiz sería interpretado de una manera siniestra y sin sentido.

—¿Esperabas algo en especial, además de una charla? ¿Te asusta que prefiera tener privacidad, lejos de una marabunta de niños?

—Mejor me guardo mis sospechas. Estaría bien que empezaras por decirme cómo demonios nos hemos acabado encontrando en este agujero.

—Mira, si no quieres cansarte, siéntate en la silla de la derecha del escritorio. Sin segundas. La de la izquierda no te la recomiendo, porque no he podido sacar del todo el olor a sangre. Al parecer, el *Señor de los Huesos* encontraba divertido torturar gente sobre ella.

—Así que no piensas responder.

La charla empezó a resultarle muy decepcionante. Supuso que una parte de él todavía fantaseaba con la idea de una reconciliación, así que se apresuró a atajar esa línea de pensamiento. Tenía muchas cosas que hacer y muy poco tiempo que perder con alguien que ni siquiera amagaba con seguir la conversación de forma civilizada. Si quería charlar a lo bruto y sin tacto, le daría exactamente lo que buscaba. Qué menos que tener un poco de respeto cuando él se lo ofrecía.

—Vamos, Kiara. ¿Necesitas que te lo diga?

Dreston cayó súbitamente en ello. Se le notó mucho, puso esa cara que solía escapársele cuando creía hacer o pensar algo estúpido. Agradeció que se percatase, porque no estaba para muchas tonterías en aquellos momentos. Tenía demasiados asuntos pendientes todavía, y una agenda cronológicamente delicada. Si perdía su oportunidad, no la recuperaría.

—Tú me has traído hasta aquí. Ese puto cíborg-caja era cosa tuya.

—Así es. Se trataba de Pericles Shaw, un *Tesurian* de pura cepa. Moví los hilos, los *Cuervos Negros* mordieron el anzuelo y le atacaron. Cuando se vio acorralado, salió de su guarida como una *metatorcaz*, aceptando la ayuda que le ofreció mi empresa tapadera, pensando que yo era otro *fiel*. Siguió mi plan, se ocultó según mis instrucciones, lo transportaste, usó mi ruta de escape y lo he atrapado.

Se le cambió el gesto. Otra vez ofendida. Seguro que le molestaría cualquier intromisión en su vida, por nimia que fuera. Pues que se aguantara, porque si lograba vencer su creciente aversión, lo que se jugaba era la supervivencia de la especie humana. No habría renunciado a la paz y a la salud mental si se hubiese tratado de algo menor.

—Tenía que haberme dado cuenta en el momento en que esa coronel Morris se me echó encima.

—¿Ojos verdes, pelo castaño ensortijado y corto?

—Esa misma. ¿Una ex?

Aquello tenía una nota de celos tan infantil que la percibió incluso en su avanzado estado de cansancio mental. Le pareció necesario aclarárselo, por deferencia.

—Exoficial de mi tripulación, sí. Sam Morris. Fue mi segunda al mando, me la asignó el general Justice. Tuvimos una relación estrictamente profesional, por si te preocupa. Estaba de excedencia cuando pasó lo de Recnis por un embarazo programado. Me alegré por ella.

—¿Y ve a al niño, con ese trabajito?

—No es biológicamente suyo. Lo hizo por su hermana, que tenía problemas, al igual que muchas mujeres de la Flota. Así que, como te imaginarás, es buena gente.

Por la cara que estaba poniendo, dedujo que algo salió mal durante la intervención de su vieja colega. Claro que, si la general Maethus estaba poniendo al mando a gente como Miranda Cassio, no debería extrañarle que un recluta seleccionado por semejantes oficiales la hubiese liado. Después de todo, los elegían ellos.

—Uno de sus secuaces se cargó a un padre de familia que trató de defenderme, gilipollas.

Justo. El destino tenía la fea manía de hacer que sus planes dañaran a alguien que le importaba a Kiara, por bien hilados que estuvieran sobre el papel. Debía tratarse de un amigo suyo.

Aunque el paralelismo con MD le dolió, sincerándose consigo mismo, el destino de un desconocido no le importaba más allá de la tragedia abstracta de la viuda y los huérfanos. Otra víctima de sus acciones, con cuyo fantasma tendría que lidiar.

Decidió, al menos, ser políticamente correcto. Que su interior estuviera vacío no le daba derecho a comportarse como un psicópata.

—Pues espero que se le caiga el pelo, porque eso contraviene las ordenanzas más básicas. Si tiene suerte, le echarán de los *Cuervos*. En el peor caso posible, lo encerrarán una larga temporada.

—Ha muerto un amigo y te da igual porque lograste lo que querías. Estoy furiosa contigo.

Se convenció de que estaba siendo un iluso. Importaría poco cuánto se disculpase, porque pondría palabras en su boca que él no decía. Espoleada por Alessa, Dreston habría pasado del resentimiento al odio. A la mierda. Le quedaba poco tiempo entre los vivos y se encontraba agotado. No iba a malgastar más fuerzas en justificar sus acciones, y menos los accidentes. Ni siquiera con ella.

—Lo primero me molesta por la falta de profesionalidad y escrúpulos del sujeto, y por su víctima. Lo segundo, me es indiferente. Estás cabreada. ¿Y? ¿Acaso no es así siempre?

—¿De veras no te importa mi vida? —Le pareció que se ofendía, cómo no—. Entonces, ¿para qué me has traído aquí? ¿No era más fácil contratar a cualquier otro y contar con su ayuda desde el principio?

—No. Eres buena en lo que haces, los demás no tienen tus antecedentes.

—Rodeas mi pregunta.

—Y tú ignoras deliberadamente mis intenciones, haciéndote la boba. Eres inteligente, y no cuela. Sabes que tienes algo que quiero.

Tuvo un instante de vacilación. Tal y como lo formulaba, ella podía malinterpretarlo de mil maneras horribles. Pero, una vez más, sintió que no importaba. Quizás se estaba protegiendo, blindando sus sentimientos rotos y moribundos con una *Pretor* mental. No se engañaba. Tras tanto tiempo, no querría nada con él. Mucho menos, después de las mentiras de Fourier. Lo de su amigo era solo la guinda del...

Un segundo. ¿Por qué le importaba?

Recordó lo que le dijo *Arcángel*, acerca de que le distraería, y de que no debía contactarla si quería seguir en paz consigo mismo. Se sintió mal. Justificó ante la máquina que necesitaba a la capitana por su profesionalidad, no solo porque quisiera acabar con Alessa. ¿Sería mentira? ¿Tendría razón su IA cuando le dijo que en realidad necesitaba verla para cerrar un capítulo aún abierto de su vida?

Decidió que no, aunque deseó con todas sus fuerzas que entendiera que buscaba a esa sucia traidora.

—Alessa. La quieres a ella.

Menos mal.

—Exacto. En cuanto me la entregues, os dejaré ir. Ilesos.

—Está muerta.

Dreston respondió muy rápido. Demasiado, quizás. Mentía, si tenía en cuenta lo que averiguó sobre ella. Una vez más, se planteó si esa investigación respondía a un criterio estratégico o a uno personal. ¿Era todo por Fourier, realmente? ¿O quería algo más?

—Tu registro de la Central de Patentes de Corso dice que mientes.

—Ha pasado mucho tiempo y sigues siendo un pardillo, Hussman —Él entrecerró el ojo ante el insulto. Ya no había cariño en él—. Estoy defraudando a la hacienda confederada. Lleva muerta trece meses. Tengo hasta el año y medio para notificar su defunción. Se pagan menos impuestos por tener contratados a cinco tripulantes, y no he encontrado durante este tiempo a ningún sustituto que merezca la pena.

Caviló un instante. Era verdad que todos esos detalles estúpidos y mezquinos sobre cómo funcionaba la economía sumergida de la Confederación le daban completamente igual, y por tanto los desconocía. Aunque a priori era una buena excusa y el gesto de la capitana no traslucía ninguna mentira, no se lo creía. Kiara sabría que pretendía matarla. Llevaba mucho tiempo en su *familia* y encima se sentiría en deuda con ella por destapar su supuesta infidelidad. Quiso ver hasta dónde llegaría con los detalles. Igual la atrapaba mintiendo.

—¿Qué le pasó?

—¿Te importa?

—Me alegraría saber que sufrió.

—Pues te decepcionarás. Recibió un impacto oblicuo en la cabeza durante un tiroteo. De rifle. Sobrevivió, pero la hemorragia interna la mató pasados unos días. Estuvo inconsciente hasta el final.

La contestación fue lo suficientemente ácida y veloz como para encajar en el perfil de Dreston. En aquellos momentos estaba enrocada, cabreada con él por haberle echado encima a Morris. No. Le faltaba tiempo. Debía reordenar sus prioridades. Lo más importante para la humanidad era recuperar los archivos de *Helios*. Tendría que confirmar esa muerte y actuar en consecuencia más tarde. Lo que le apremiaba realmente era la segunda llave y los Salluri no le esperarían. Eran amigables con él, pero carecían de paciencia en general.

—Pues es una pena. Me tendré que conformar con el regalo que me has traído.

—Espero que te aproveche. Tantas molestias para traer a una difunta y a un solo cíborg es una recompensa muy pobre. Incluso siendo alguien que ha caído tan bajo como tú.

—La captura de Pericles Shaw hace que merezca la pena esta... constructiva charla. No era uno más, otro de tantos cientos de monstruos que he arrojado a la pila de repuestos. Tenía algo especial. Un dispositivo cifrador que genera un código de seguridad único que caduca pasado cierto tiempo. Cuando se junta con su gemelo dentro de un aparato, el conjunto de tres piezas genera una posición concreta en el espacio.

—La de tu querido *Helios*. Eres tan simple que debí habérmelo imaginado. Lo que me alucina es que te importe tan poco verme, después de volver a enfangarme.

Je. En realidad, salvo terminar su guerra, casi todo le daba igual. E incluso su ordalía personal resultaba cada vez más insípida. El creciente desprecio por su especie envenenaba lentamente hasta eso.

—Elegiste a Alessa.

—Y tú a Circe. Qué, se cansó de tus delirios y te mandó a la mierda, ¿no?

Aquello le dolió genuinamente. Los últimos momentos del sufrimiento de su amiga volvieron a su mente. Cómo le mintió a la cara antes de besarla. La forma en la que la engañó para terminar con su vida. El horrible y palpitante dolor que sufrió a manos de ese monstruo, Xay'rhen. Decidió contárselo.

—Está muerta, igual que Mac Douglas y todos los demás refugiados que subieron a mi nave.

Fue curioso. Al decirlo en voz alta se percató de que no estaba tan hueco por dentro como quería creer. Notó ira, frustración y pérdida. Quizás su cerebro trataba de protegerse de los traumas haciéndole sentir así.

A Kiara, por su parte, se le cambió la cara. Igual solo confirmaba sus sospechas, las familias de mineros separadas durante el embarque debieron echar de menos a sus seres queridos en el evento de conciliación empresarial. Bueno, los que sobrevivieran a la carnicería de la bodega que leyó en las noticias. Pobre gente.

—¿Qué?

David contó a Kiara lo sucedido desde que cortaron la transmisión. La travesía entre las estrellas que destrozó la *Ruina de Helios*, cómo Cassio los encontró gracias al localizador de Fourier, y que saltaron a ciegas a través de una anomalía de nivel diez. Cómo sostuvo las manos a Mike mientras se moría. Que tuvo que enterrar a Jason Mac Douglas, el hombre que le salvó la vida al impedir que su nave se desintegrara. Cómo deambuló por el páramo, para descubrir que la última Xeno de una especie extinta torturó y mató a los supervivientes de *Triunvirato*, incluyendo al valiente Yussif.

Le habló de los sabuesos, de la caza y del vínculo que desarrolló con ellos. Le narró, además, una nada factible historia de cómo ensambló una nave prácticamente ingobernable a partir de los restos de la suya. De algo que era poco más que una cápsula con motores demasiado grandes, un trasto tan mal montado que solamente su *Pretor* conectada a un tanque de oxígeno impidió que muriera. Le coló la bola de que tenía raciones militares que pudo cargar en los depósitos internos para los meses durante los que navegó por el espacio, con tan solo la armadura entre él y la nada.

No le hizo especial ilusión mentir, pero aquella aventura sonó casi tan épica como la de verdad dentro de su cabeza. Y así cumpliría su promesa, manteniendo a salvo el secreto de los Zastak. Ellos, siendo dueños de su destino, elegirían el momento y el lugar para volver a la vida galáctica.

Luego le resumió su retorno, cómo recuperó sus bienes y reanudó su contacto con el clan

Salluri.

Al acabar, algo había cambiado. Se encontraba... mejor. Más centrado. ¿Era solo eso? ¿Necesitaba desahogarse con otro ser humano? ¿O únicamente le valía ella?

—¿Entiendes ahora por qué la quería muerta?

—Ese rastreador pudieron ponértelo tus viejos colegas.

Claro que sí. Y el universo era plano. ¿Por qué se empeñaría en justificar a Fourier? ¿Tan obtusa era, que no podía dudar de su versión? ¿Ni un poco?

—Y me dieron alcance justo cuando Alessa se iba sin despedirse. Vaya. El karma es un cabronazo. Sigue creyéndote sus mentiras, Kiara. Escúdala en la buena relación que creíste tener con ella. Tu suerte sobrenatural te salvó una vez más.

—¿Consideras que fue afortunado para mí que la mataran? ¿Lo dices en serio?

—Pues sí. Habría acabado traicionándote, y terminando contigo. Era así como sobrevivía a todo. Ni siquiera sabías con quién tratabas.

—Te equivocas.

La cara de David, ante tanta necedad, se desencajó en un rictus de ira. Era cierto que no odiaba a Dreston, ni tampoco le deseaba ningún mal, pero no podía decir lo mismo de Alessa. Tardó años en regresar para compensar a sus víctimas.

—Te habrías arrepentido de tener a alguien así a bordo. No necesitas más muertos sobre tu conciencia.

—De modo que lo sabes.

Lamentablemente, así era. Fue otro de esos graves errores que no solo la dañaron a ella, sino que le costaron la vida a múltiples inocentes. Un pecado mortal más que añadir a su lista de motivos para ingresar en el infierno.

—Sí, leí la noticia en su momento. Siento que no me diera cuenta de que se te coló un *chatarra*.

Los ojos de Dreston se humedecieron. Se sentía culpable, responsable de esas muertes. Y en el fondo lo era, tanto como él. Cometió un error, por otra parte esperable, de novata. Nunca, jamás, se podía dejar a un prisionero cibernético sin vigilancia.

—Fue mera avaricia. Quise usarlo para chantajearte y exigirte más dinero.

—Te habría dado todo lo que tenía, si me lo hubieras pedido.

—Lo sé, pero quise ganármelo. Dominique me enseñó a no quedarme lo que no es mío.

Estaba a punto de echarse a llorar. Buf. Debía levantar el pie del acelerador. Ella también tuvo su propia ración de traumas y dolor. Machacarla no ayudaría a nadie.

—Y eso te honra. Si te sirve de consuelo, no eres la única que al dormir ve fantasmas. No te culpes. En mi camino hay tanta muerte que me mantengo cuerdo a duras penas.

—Y yo más.

David resopló al escuchar el tono de burla. Se hartó del juego, no pretendía medirse el ego con ella, sino que se sintiera mejor. Dado que no quería su comprensión, dejaría de intentarlo.

—Mira, tengo prisa. Si no tienes nada más que hacer aquí, puedes irte. Gracias por la ayuda.

—Huy, si tuvieras la cabeza del *Señor de los Huesos* me vendría genial. Acepté otro contrato cuando me tiraste una montaña encima, intentando compensar la pérdida de tu estúpida caja.

Justo como imaginó, Kiara encontró ese trabajo antes de acudir. Si la cosa se torcía con el contenedor, esperaba poder recuperar el dinero perdido a costa del caníbal. Qué lista era, no dejaba escapar ni una oportunidad.

—Siento el accidente con George. Los niños no tienen todavía buena puntería. Shaw daría fe de que no es mi caso, si aún pudiera hablar. Sobre lo otro, dame un segundo.

David levantó un dedo índice y, girándose, abrió la nevera. Una cara negruzca y fea cruzó su mirada vacía con la de él. Tenía pequeños trozos de escarcha por encima, que formaban diminutas colonias de hielo en las cicatrices y escarificaciones que surcaban su rostro.

Aquel malnacido no pudo creerse, durante sus últimos instantes de vida, que el tanque humano que entró arrasando sus dominios fuera capaz de llegar hasta él tras aplastar a sus súbditos y decapitarlo. Agarró la cabeza cortada del pelo pringoso y apelmazado, y la colocó sobre la mesa vieja. La piel estaba recorrida por tatuajes grotescos, marcas tribales y piercings hechos de hueso humano. Llevaba varias falanges pequeñas de pendientes, y su expresión era de absoluta sorpresa.

Ni se molestó en contemplar la reacción de Dreston, solo cerró el electrodoméstico y sacó una bolsa de tela plástica de un cajón para que Kiara pudiera meter lo que quedaba del caníbal. Iba a agradecer no tener que dormir más tiempo cerca de sus asquerosos restos.

—Me imaginé que alguien vendría preguntando por esto. Me alegra que seas tú.

—¿Por qué lo liquidaste, realmente?

—Quería su reino. Necesitaba una guarida, y el *domo* está en una ubicación muy estratégica para mi plan. Además, quise aprovecharme de la fama que tenían los *Coleccionistas de Huesos* de... psicópatas caníbales y peligrosos. Aleja a los curiosos. Entré, maté a los adultos y perdoné la vida a los niños. Los lugareños los abandonan con frecuencia en el vertedero, y los *Coleccionistas de Huesos* que lideraba este monstruo los recogían. En ocasiones se los quedaban para aumentar sus números, y otras veces como *reserva*.

—Joder.

Inhaló aire. Al cerrar los ojos, todavía oía las voces descarnadas, los gritos histéricos. Aún olía la podredumbre, veía las pieles y los adornos macabros hechos con personas. Si su estabilidad mental ya era frágil antes de adentrarse en el *domo*, ahora bordeaba la locura. Al conseguir su feudo contempló el abismo, y este le devolvió la mirada.

—Sabes, no me importó cargarme a toda esta gentuza hace unos meses. La parte dura fue descubrir que muchos de los adolescentes estaban ya tan perdidos como los adultos. Intentaban matarte y torturarte igual que sus mayores. Era lo que les enseñaban, lo que respiraron desde su más tierna infancia. También abusaban de los pequeños de maneras horribles. La única excepción era Malik, mi... autoproclamada *nueva mano derecha*. Se llevó muchas palizas y perdió dos dedos por culpa de que a este mamón —Señaló la cabeza cortada—. Le apetecía usarlo como ejemplo de lo que pasaba a los desobedientes.

Lo de Malik no era estrictamente cierto, porque los mellizos Gaela y Sadul eran solo un año menos que él, y se quitaron del medio en lugar de ayudar a su amo, al que detestaban. Tampoco se metieron nunca con los peques, porque eran relativamente nuevos y entraron en la banda demasiado mayores para considerar las atrocidades como *normales*.

Lo que hacía especial al mayor era que se resistió a la corrupción desde los *siete años*.

—Qué horror.

—Estaban más allá de toda redención, y habrían asesinado a los chiquitines si yo no llego a acabar con ellos antes. —Necesitaba repetírselo de vez en cuando, aun siendo verdad—. Eran, de hecho, las órdenes de las cuidadoras, si no me dejaba cocinar. Malik casi muere tratando de detenerlas cuando yo entré aquí. Con solo catorce años tiene más valor que muchos adultos que he conocido.

—Así que masacraste a una tribu de caníbales y salvaste a un montón de críos como *parte de tu plan*.

Un escalofrío se apoderó de él. Quizás por ese motivo sentía cada vez menos. De todos sus pecados, aquel era uno de los más graves. Recordaba sus caras enloquecidas, febriles. Los rostros enfermos de quienes se han adentrado tanto en la oscuridad que ya no pueden ni deben regresar.

—No a todos. Muchos estaban ya tan perdidos como este *agradable* sujeto.

—¿Y cómo te dio ese arranque de compasión? ¿Por qué perdonaste a algunos?

La respuesta a aquella pregunta no la tenía demasiado clara. Al propio *Arcángel* le horrorizó tanto el descubrimiento de una *manada corrupta*, que le sugirió que su semilla podrida debía ser borrada de la existencia. Y, a pesar de ello, lo hizo. Sin motivo. Guiado por su instinto, igual que con Samus. Trató de traducir eso a palabras y se dio cuenta de que no era sencillo.

—Eran inocentes. A diferencia del resto de sus semejantes, no merecían morir. Tendrán un futuro. Incluí a los Salluri en mi plan porque Flavio CIX siempre ha cumplido su palabra conmigo. Así que, aprovechando que tenía una buena oferta que hacerles, los he incluido en mi trato con él. Respondieron encantados. Los cuidarán.

—Me... sorprende gratamente que aún te quede algo de humanidad.

—No te hagas ilusiones con esa idea. Perdí casi toda la que tenía al visitar a la familia de MD, y el resto al ver las *entrañas* de este lugar. Nunca creí que unos vulgares caníbales pudieran terminar de romperme del todo. Ahora solo hay leves rescoldos de lo que una vez fui. Soy un arma, un cazador que busca a su presa. Eso es cuanto queda de mí. Una bestia.

—Un animal no protege a unas crías que no conoce.

—Te sorprendería saber lo lejos que llegaron los sabuesos conmigo.

Vio que cavilaba, indecisa. Sospechó que se planteaba cambiar su opinión sobre él. Sin embargo, no le hacía ilusión. No quería esperanza, ni creía merecerla. Su siguiente pregunta le dejó claro que todo estaba perdido. Kiara no saldría de ahí.

—Siento volver al tema, pero... es... es que no te pega nada. Pudiste dejarme antes, y lo habría entendido. ¿Por qué te liaste con Circe sin decírmelo?

Se negó a reconocer una culpa que no tenía.

—Te repito lo mismo. Eso jamás sucedió.

—David, por favor. Vi un vídeo.

De repente, el rompecabezas más complicado que le quedaba por resolver, encajó limpiamente, de una forma natural y orgánica. Claro. Así que ese fue el método que empleó aquella hija de mil padres para hundirle. Aprovecharse de la poca inocencia confederada que debía quedarle a Kiara le resultaba infantil, pueril y rastrero. No tenía claro que estuviera muerta, pero sí que sabía que Dreston jamás la delataría. En el mejor caso, huiría hacia delante.

Decidió cómo lo averiguaría y sonrió mentalmente. Necesitaría crear un nuevo plan sobre la marcha, pero vengarse de Fourier sí que le motivaba. Había alguien que le ayudaría, y de buen

grado. Si podía, le entregaría la información en persona. Y si no, se la mandaría más tarde, antes de partir.

—Dejémoslo. No voy a justificarme porque tengo claro que jamás me creerás.

Dreston miró al suelo, triste.

—En eso llevas razón.

Los dos cometieron demasiados errores. En su caso, el más gigantesco de todos fue confiar en la suerte una última vez, pensando que Alessa no le traicionaría justo en esa ocasión. El problema no fue solo perder a esa mujer a la que creía amar, sino que muchos inocentes pagaron su ingenuidad con la vida. En cuanto pusiera a rodar su plan para atraparla, tendría que seguir el consejo de *Arcángel* y dejar marchar a Kiara.

—Tienes tu cabeza, y yo mismo te cerraré el encargo de la caja a través de uno de los testaferros de CIX. Los *Cuervos* jamás desenmarañarán ese lío de falsas identidades que tiene él. Considera que me debe favores enormes, y darle a unos cuantos botones con una tarjeta falsa es uno pequeñito. Asumirán en el peor caso que tu encargo es cosa de la mafia. Siento lo de tu amigo, y lo de Morris. La necesitaba para obligar a salir a Shaw.

—Yo... sigo enfadada. Ese capullo destrozó una familia. Pero supongo que no podías adivinarlo. No, si asumías que tu vieja compañera es buena gente.

—No esperaba que le hubieran asignado a un vaquero de gatillo *tan* fácil. Supongo que no lo sabes, pero muchas veces no me tocaba elegir a los reclutas, y me caían los que no quería nadie. Confío en que Sam le castigará.

—Eso espero yo también.

Hubo una breve pausa, en que los dos miraron al suelo, esquivándose el uno a la otra. Fue el renegado quien la rompió. Necesitaba advertirle a Kiara sobre el *domo*.

—Procura no hablar de este lugar. No por Flavio, sino por los pequeños.

—Es una petición razonable. Además, la mafia detesta a los chivatos. Incluso si no tuviera corazón, es mala idea.

Dreston se puso en pie y le tendió las manos todavía atadas. Hussman se levantó, sacando un cuchillo de su chaleco. Kiara se tensó mientras se aproximaba a ella. Le separó las manos, y él cortó la brida limpiamente. Después clavó el arma en el deslustrado tablero con un sonido sordo. Volvió a sentarse en su silla, estirando bajo la mesa la pierna prostética que se ponía en lugar de la de reemplazo. No le hacía ninguna gracia haber tenido que maniatarla, pero hasta ese momento no se fio de que no intentara estrangularle. Por culpa de esa traidora de Fourier, le odiaría durante el resto de su vida. A ratos sería de forma moderada, y en los días más aciagos, a muerte. Lo suyo no tenía arreglo.

Dreston tomó el arma y la sacó, dejándola de nuevo en la mesa.

Se percató de que no volverían a verse cara a cara, triunfara o no, y eso le dolió. Incluso si detectaba a Alessa de nuevo en su órbita e iba a matarla, no se acercaría. Planearía una bomba, o dispararía desde lejos. Tal vez la envenenara, o haría que la atacaran cuando estuviera separada del resto. Pero no querría dañar a Kiara con su presencia. La protegería de esa *metavíbora*, y se marcharía sin verla.

Si tenía que ser sincero consigo mismo, todavía quedaba un lejano rescaldo de la llama que había prendido su interior como un incendio sin control cuando la miraba. No le importaban demasiado sus dudas, o la tentación que tendría de matarle o entregarle. En el fondo seguía

siendo una buena persona. Sabía que era el tipo de mujer que siempre hacía lo correcto. Nunca cambiaría.

En fin. Al menos hablar con ella le estaba ayudando a deshacerse de toda esa costra emocional que llevaba encima. No la necesitaría cuando llegara la hora de partir.

—Imagino que ni de coña me vas a contar cuáles son tus próximos planes. Además de matar a *Helios*, quiero decir.

Vaya. Quien iba a pensar que le interesaría. Supuso que no pasaría nada si le explicaba su catarsis, su blasfemia y su falta de fe. Al no ser una Cruzada, su juicio sería más neutral. Incluso sin tener en cuenta lo que sintieron el uno por la otra, Dreston era un espíritu afín. A ver qué opinaba de sus delirios.

—Me da igual compartirlo contigo, así que allá va. Empecemos por el principio. La Xeno que me atacó no iba cientos, sino quizás miles de años por delante de la tecnología humana.

—Y su pueblo murió igual.

—Sí. ¿Sabes? Acabé encontrando cierto placer en la soledad. Algo primario y antiguo tiró de mí, cambiándome para siempre. —Se perdió durante unos instantes en los recuerdos, rememorando una secuencia de imágenes fugaces que terminaba con él mismo gritando tras sumergir la cabeza en el agua helada, con un aullido secundando su renacer—. En el vacío tuve una epifanía. La Cruzada no debe enfrentarse a sus enemigos ancestrales, sino ser el vehículo que evite nuestra propia extinción. Y la única forma de lograr que se lo crean es unir sus datos a los míos.

—Suenas como un sacerdote que ha perdido la fe.

Exacto. Y le fastidiaba mucho lo que iba a decir.

—No te equivocas, puesto que en realidad soy un converso. Los sectarios del *Sendero del Cielo* tenían razón. Los *Cosechadores* se cargaron a los Zastak y a otros muchos. Vi los restos con mis propios ojos. Lo tengo todo *grabado*.

David se explicó. Quería mostrar la verdad a la humanidad. Terminar, contra cualquier pronóstico, el trabajo de la secta. No le importaba que le acusaran de hereje y apóstata por afirmar que los *Cosechadores* eran invencibles, y no unos domingueros que se pararon a destrozarse un huerto. Anhelaba que los suyos entendieran que los asesinos del Sistema Solar no solo existían, sino que habían destruido incontables civilizaciones.

Le dijo a Dreston que la cúspide de la zona de *Triunvirato* que atacó él era un museo xenológico asombroso. Que cuando las empresas mineras destruyeron la estación sin abordarla, echaron a perder millones de años de historia. Luego le detalló que la mayoría de evidencias que poseía pertenecían al objetivo que fue a extraer, Maximiliano Farensis. A un buen hombre, que murió como un valiente, demostrando unas agallas que ya quisieran muchos soldados.

Kiara suspiró.

—Es decir, que tu nuevo plan consiste en darle a la Flota un archivo que les haga replantearse el objetivo de su existencia. Vas a trasladar el propósito de los *Guías del Sendero* a tu gente. Bueno, no es la idea más descabellada que has tenido.

Observó a Kiara con las manos en las caderas. No parecía tan... enfadada, si eso era posible. En el fondo daba igual, porque sus caminos se separarían para siempre ese mismo día. Tenía que emprender su misión. La última senda. La caza definitiva. Y, si sobrevivía, entregaría los dos cabos sueltos. El de Alessa, y el de los datos. Eso sería todo.

Al menos veía a las claras que secundaba su razonamiento. Eso, curiosamente, fue reconfortante para él.

—Exacto. Encontraré la segunda parte de la llave y mataré a ese cabrón espacial. Cuando acabe, enterraré a los mandos Cruzados en papeles. Tendrán que admitir que llevo razón, porque les entregaré los archivos de los gemelos del mal, en cuanto les eche el guante. No podrán decir que son falsos, será evidente que nosotros mismos escribimos parte de los documentos.

—¿No piensas que debería bastar con lo que tienes? Es decir, son los archivos del *Sendero del Cielo*, procesados por literalmente el mejor xenoarqueólogo que existe. —Él puso mala cara, de angustia—. Perdón. Que existía. Solo con eso, seguro que encuentras un mecenas loco entre tu gente que te respalde. Algún estudioso.

—No. Mi pueblo no funciona así. No dan crédito a los extranjeros, y mucho menos a los traidores. Sin embargo, son pragmáticos con las pruebas.

Espero acertar con eso último. Después de todo, pensaba destruir su fe.

—¿Y de dónde piensas sacar lo que te falta?

—Creo que tengo la localización de los datos de los *Cosechadores* que la Flota perdió, Kiara. Héctor los copió a bordo de *Helios*. Entre lo que he reunido y lo que pueda descargar del interior de la *Risingsun*, es posible que obtengamos una información crucial para la humanidad. El mayor archivo xenológico de nuestra historia.

—Un segundo. Has dicho... ¿¿descargar...?!

Su plan también le daba miedo a él mismo. No por la muerte, sino por la posibilidad de perecer antes de terminar el trabajo. Recordó a su yo derrotado, nada más estrellarse en Xacelsis. O *Inferno*, como lo bautizó él. Y luego vino a su mente el reflejo de la máscara blanca, esa misma que le miraba desde el escritorio. Ese, ese era él. Ya no era solo David Hussman, sino algo más.

—No vas a disuadirme, capitana. No me rendiré. Completaré la misión. Poco a poco, sin saberlo, se ha convertido en la obra de mi vida. Es... parecido a lo que le pasó a Farensis. Curiosamente, terminaré lo que él empezó. Difundiré su legado.

La cara de incredulidad de Kiara resultaba adorable. Ni siquiera debía darse cuenta de que la ponía.

—Has subido la apuesta. Ya no solo quieres matar a *Helios*, sino entrar a sus tripas y robarle información. Deliras. Esa cosa te hará papilla.

—Eso creará él, pero ahora tengo un as en la manga. A *Arcángel*. Cuando nos subestime, le daremos un golpe mortal.

—¿El *Coracero* y tú? Lo tienes desde que te conozco. ¿Qué ha cambiado?

Le contó lo que era en realidad. O, más bien, lo que quería que supiera de él. Le dijo que cuando regresó, buscó a los mejores programadores de Inteligencia Artificial que el dinero podía comprar. Que les pagó lo que le quedaba de fortuna para que le desarrollaran un módulo pequeño, capaz de emular una personalidad creíble, que pudiera aprender y que además estuviera especializado en ciberseguridad y ciberguerra.

En pocas palabras, pidió una IA capaz de colarse en las tripas de otras de su clase y reventarlas desde dentro. Una asesina de máquinas pensantes, que encontraría cualquier resquicio en los sistemas ajenos y se replicaría como un virus hasta liquidar al huésped. Y *Arcángel*, la entidad y no la armadura, era el resultado.

Obviamente, lo que no pensaba contarle era que en realidad se trataba de la *hija* del Centinela Catorce, un poderosísimo sistema ancestral que resucitó tras millones de años de letargo con el último objetivo de traer de vuelta a la raza extinta que lo creó. Y mucho menos, que lo hizo porque estaba *aburrido*.

En otra vida se habría auto percibido como un miserable por mentirle a Kiara, por la que parecía sentir algo todavía. Pero dado que estaba ya en la senda a la ruina, sería mejor que no supiera la verdad.

Dreston acabó sentándose, al fin, por culpa de la impresión.

—Crees que puedes ganar. De verdad que sí. E incluso ya tienes las herramientas para hacerlo.

—No, la muerte de *Helios* es solo un paso más de mi camino. Ahora hay algo más que la mera venganza por Helena. Triunfaré si transformo la Flota que se creó para luchar contra los *Cosechadores* en un medio para huir de ellos. —Recordó al Viejo Gris, y sintió una terrible nostalgia al visualizarlo junto a Samus—. Siempre tuve un solo sendero bajo mis pies. No tenía que elegir ser Cruzado o cazador de Dragones Estelares, porque ambas decisiones conducían al mismo lugar. Solo tomé un desvío sin saberlo. Como te digo, la Flota no podrá hacer nada contra nuestros enemigos.

Quizás había sido demasiado explícito. Se dijo a sí mismo, cuando decidió incluirla a ella para que trajera a Shaw y a Fourier, que no iba a contarle a la capitana sus planes. Y oh, sorpresa, acababa de hacerlo. Tenía un efecto terrible sobre él, anulador, que desarbolaba su lógica militar. La buena noticia era que aún podía sentir. Quizás no estaba tan roto como pensaba.

Una alarma pitó en el arcaico reloj de muñeca de Hussman.

—Es la hora. Tengo que ir a por la otra mitad de la llave. Te deseo una larga y próspera vida, capitana. Antes de que te vayas, quiero darte una última advertencia. Leí la lista de tus trabajos en una Central de Patentes de Corso cuando volví.

—No es pública.

—Tengo mis trucos. Ahí va el consejo: aléjate de las cosas extrañas mientras sea posible. Puede que llegue un día en que no puedas hacerlo. Hay... situaciones y lugares que no se pensaron para la humanidad.

—A la diosa de la muerte Kaishh se lo voy a contar.

Je. No era mala broma.

—Adiós Kiara. Sigue siempre a la izquierda y saldrás por donde entramos. Tienes una linterna al lado de la puerta.

—Gracias. Hasta otra, David.

Dreston se levantó, guardando la cabeza del *Señor de los Huesos* en la bolsa. Se encaminó hacia la puerta con decisión. A medida que daba pasos alejándose del renegado, pareció ir perdiendo ímpetu. Se ralentizó, bajando el paso, como si fuera a decirle otra cosa que se hubiera olvidado. Finalmente se detuvo.

—¿Qué harás si lo logras?

Le sorprendió que le preguntara aquello. ¿A qué venía? ¿Por qué le interesaba?

—No entiendo.

—Quiero decir... estás muerto. Todo el mundo te considera fuera del tablero. De facto, has

esquivado la venganza de los Cruzados.

—Eso es temporal, puesto que necesitaré su ayuda contra la *Risingsun* rebelde. Nadie escapa de la Flota.

Podía fiarse de que *Arcángel* terminara con *Helios*. Pero dado que iban a apostarse sus vidas en el ataque, ambos acordaron que lo mejor sería llevar consigo todos los refuerzos que pudieran conseguir. Incluso si estos intentaban matarlos.

—¿Entiendes a lo que me refiero?

Mierda. Sí que lo comprendía, y eso despertaba incómodas sensaciones que agrietaban su cómodo vacío existencial. Debía cortar esa posibilidad de raíz antes de que fuera demasiado tarde. No quería distraerse, pero tampoco dañar a nadie más.

—Sí, claro. Lo siento, pero ese futuro no es para mí. Tú has logrado lo que querías. Yo también. Te ves bien, Kiara. Más madura, curtida y solvente. Eres lo que siempre quisiste ser, un reflejo de tu padre, de un hombre admirable.

—Eso es lo que se le dice a una ex con la que no acabaste mal.

De vuelta al tema recurrente, al laberinto sin salida. No podía entretenerse.

—Yo no acabé mal contigo. Fuiste tú la que se cabreó conmigo. Pero es igual, ya hace mucho que asumí que no tenía arreglo, pasé página y volví a mi misión desde literalmente el quinto infierno. Eso es todo. Con permiso, tengo que marcharme.

—Espera, espera. ¿Dónde vas a ir a buscar la otra mitad del código?

Aquello le sorprendió. Tanto, que contestó sin pensarlo demasiado. La urgencia empezaba a ser apremiante. Tenía tres corsarios atados en su sala del trono, y necesitaba llegar y conectar la mesa de proyecciones. Flavio reaparecería con la respuesta final de su familia y querría ver el plan completo para matizarlo.

—Aquí al lado. Por eso os traje a este mundo. Mi objetivo es el Administrador Primario de la sede local *Tesurian*, Artiom Duvolev. Como te he dicho, los Salluri han aceptado ayudarme a cambio de quedarse la sucursal y el *domo* cuando me vaya. Te voy a pedir que me disculpes, porque no son gente paciente.

Según la vio pensar, supo de inmediato que querría implicarse. No. Por muchos años que pasaran, jamás cambiaría. Sin duda era una santa de las causas perdidas. Quizás por ese motivo la echaba tanto de menos.

—Déjame ayudarte. No solo a conseguir el código, sino a guardar lo que ya tienes. Yo misma poseo... varios artefactos. Xenos. Antiguos. Objetos que he escondido porque no puedo dejar que caigan en malas manos, a pesar de que sé que hay agentes del servicio secreto confederado husmeando a mi alrededor. No te puedes ni imaginar algunas cosas que he visto. Protegería tus datos con mi vida.

Vaya. El cambio de actitud de Dreston era grato, pero muy sorprendente. Se preguntó en qué estaría pensando.

—¿Por qué querrías hacerte cargo?

—Porque creo que puedes tener razón con lo del *Sendero del Cielo*. Y eso me jode.

—¿A qué viene ese cambio de parecer? ¿No estabas cabreada conmigo?

—Lo estoy. Pero no lo suficiente como para apostarme la supervivencia de la humanidad. ¿Vas a ir de cabeza a por *Helios* y a llevar los archivos en tu carga suicida? ¿Y si mueres? ¿No es

mejor entregar la mitad que nada?

Hum. Tenía un punto de razón.

—Se los confiaré a Flavio y a su gente. Estarían a buen recaudo.

—¿Con la mafia?

—No saben lo que tengo en realidad, podría dejarles un testamento temporizado. Me guardaron mis fondos durante años a pesar de no dar señales de vida, así que no veo por qué no podrían proteger los datos. En ese particular, son muy de fiar. Los Salluri viven de eso. De esconder dinero negro u objetos comprometidos.

—¿Y qué harán con ellos si no regresas? ¿Compartirlos con la humanidad?

Eso era verdad. Una cosa era estar en buenos términos con una familia del hampa y otra diferente confiarles el destino de su especie. Suponiendo que no se lo tomaran a cachondeo, existía un peligro muy real de que usaran la información para extorsionar a los ricos en lugar de erguirse como la fuerza motriz que dirigiría la huida. Quizás, debido al retraso, nadie lo conseguiría.

El problema de esa solución era Alessa. Si bien sabía que Dreston sí que lucharía contra viento y marea para que aquello llegara al pueblo, la otra lo vendería con aún más ahínco que los Salluri, en caso de estar viva. Aunque, claro, bajo cierta perspectiva, eso haría circular los datos hasta las manos de personas poderosas. Siendo robados, igual se les daría algo de credibilidad. Pero no podía estar seguro.

Kiara tenía demasiados principios, una excesiva fe en la humanidad todavía. Incluso en él. Donde David la había perdido, ella la conservaba intacta. Por eso sería una magnífica custodia para su legado, siempre que Fourier estuviera fuera de la ecuación. En el fondo, los *agujeros* de su historial trabajando para el gobierno confirmaban que sabía guardar secretos. Se veían trabajos no especificados del estado confederado en su ficha, y eso decía a gritos que estaba metida en asuntos turbios de los que podía haber sacado esos artefactos de los que hablaba.

Lo decidió. El riesgo de que Fourier vendiera la información compensaba el de su pérdida durante la misión, o a manos de la mafia. Tomaría medidas para neutralizar a esa arpía de Alessa, una vez que confirmara si seguía con vida. Además, si iba con ellos podría establecer unas contramedidas mucho más eficaces.

Si ese plan no funcionaba, ya se encargaría de ella en cuanto *Helios* fuera destruido. Y si no lo lograba... bueno. Esperó que al menos los que le pagaban y Dreston fueran lo bastante listos como para distribuir los datos de forma correcta.

—Está bien. Ahora que esa sucia traidora está muerta, me fiaré de ti.

—¿En serio?

Eso resultaba revelador. Kiara no creía que fuera a confiar en ella. Bien. Ya no le quedaban dudas, pondría a rodar su plan preventivo respecto a Fourier. Usaría su sucio truco contra ella misma, echándole encima al cancerbero más peligroso que tenía a mano.

—Por los viejos tiempos. Ya me devolverás mis pruebas cuando tenga la otra mitad. Las llevaré a la Flota y, si procede, a la propia Confederación. Eso lo decidiré sobre la marcha.

—Vale. ¿Y cómo haremos lo de la llave?

—Eso depende. Ya sabes que estoy sin blanca. ¿Qué hay de tus chicos? ¿Crees que van a meterse en la boca del lobo solo por ayudarme a demostrar los delirios de una secta? ¿Entrarías en la sede de los *Tesurian*?

—Los convenceré.

Lo dijo con tanta seguridad que no le cupo ninguna duda de que lo haría. Eso le permitiría sustituir al equipo de infiltrados Salluri por ellos, lo que agradaría a CIX al hacer que tuviera que invertir menos recursos. A Dreston sí que la veía capaz de llegar hasta Duvolev y echarle el guante. Los mafiosos servirían, como mucho, para retrasarlo mientras él subía. Además, que los *Tesurian* fueran uno de los ofertantes interesados en ver muerto al *Señor de los Huesos* les venía de maravilla. Podrían entrar con los restos de Shaw y la cabeza, enarbolando su patente. Eso era infalsificable.

La única contrapartida sería que, si la cosa se torcía, tendría que exponer a *Arcángel*. Solo él podría ayudar a la capitana en caso de problemas. Y, a diferencia de los Salluri, no era prescindible.

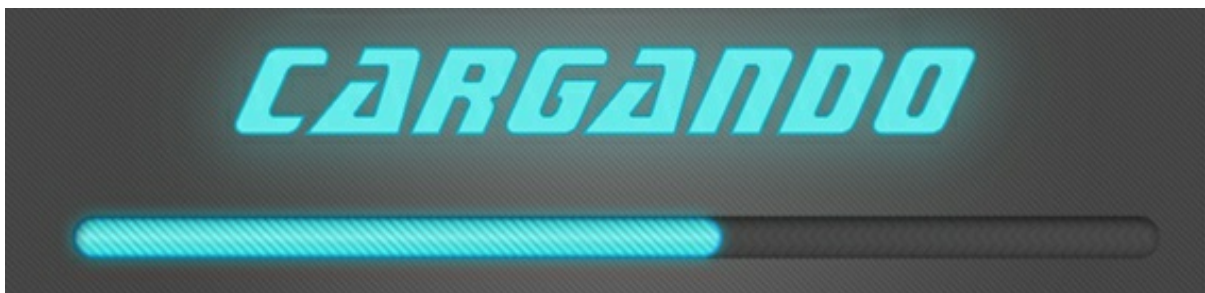
—Está bien. Ven conmigo. Tenemos consejo de guerra en menos de diez minutos, y hay que montar las comunicaciones y liberar a tus tripulantes antes de que hables con ellos. Luego te pasaré la localización de mi archivo, pero ignórala durante un tiempo, no sea que Morris o alguien peor esté vigilando la zona. Flavio CIX y los suyos, obviamente, te dejarán pasar. Me encargaré de ello.

—Yo... de acuerdo.

David se levantó, rodeando la mesa sin mirar atrás. Cogió un par de cosas de un estante al lado de la puerta, y bajó el interruptor temporizado de la luz, que se apagaría en dos minutos. Esperó a que Dreston saliera tras él y cerró la puerta de su sanctasanctórum. Volvería una última vez para vaciarlo.

Fue curioso. Los dos se sentían culpables, y ambos se querían todavía, cada uno a su manera. Pero el anhelado perdón que buscaban el uno de la otra mediante dispares excusas, quedó eclipsado por un omnipresente arranque de apasionada responsabilidad. De repente, algo más importante que los dos irrumpió en el tablero de juego. Una cosa que, de ser ignorada, podría ser fatal. Cada uno sabía que en aquel momento podía marcar una diferencia. Pese al daño que se hicieron, sintieron que debían aparcarlo todo para recopilar una información que determinaría el futuro de nuestra especie.

Y además ambos, por diferentes motivos, querían ver a *Helios* convertido en chatarra.



La otra llave de la torre

Conseguir la segunda clave era cuestión de vida o muerte, y los Salluri pusieron a su disposición los recursos necesarios encima de la mesa tan pronto como cerraron los detalles del trato. El clan estaba muy extendido y era bastante poderoso, tanto, que muchas empresas multiplanetarias coexistían con él en lugar de denunciarlo.

No pudo dejar de pensar en Kiara durante los primeros compases de su plan. Accedió a ayudarlo, y tras dar un épico discurso a sus camaradas, convenció a los cuatro de implicarse en ese despropósito. La mafia, por su parte, estuvo encantada de descubrir su participación.

Al parecer, los Salluri estaban emparentados con los Sapponell, a quienes consideraban algo así como unos primos pequeños. Una escisión adorable que *pasaba por una fase* antes de regresar con ellos. En el sentido contrario, el clan menor respetaba la antigüedad del otro y su poderío, cómodo con su condescendencia.

CIX sabía de Dreston y de su peculiar correspondencia con Palermo, así como del particular aprecio que sentía XV por ella. No tenía claro qué clase de giro político había provocado que llegara a enterarse, pero ni fingiría querer averiguarlo. Las intrigas dentro de las familias eran tan complicadas y extrañas que seguían unas convenciones sociales completamente diferentes del resto de la Confederación. Bastante tenía con intentar entender los rudimentos del trato entre las empresas. Suspiró. Vaya mierda de misión. Ojalá hubiera podido contar con soldados de verdad.

Las esquirlas saltaron a su alrededor una vez más. Estaban atascados en una sala de puntales, una recepción amplia con diversos hologramas que la *Corporación Tesurian* usaba para impresionar a inversores y clientes por igual. Se trataba de una galería amplia con mostradores, de unos sesenta metros de largo por cien de ancho. Él y su grupo necesitaban atravesarla para llegar al ascensor que les permitiría subir y alcanzar el centro de control.

El ataque fue un éxito desde el principio. Avanzaron en transportes terrestres blindados, desembarcaron como una tromba y arrollaron las defensas exteriores sin oposición. Su apoyo de artillería se encargó de las baterías capaces de causarles daño, de forma que solo tuvieron que disponer de unas cuantas posiciones fortificadas para conseguir penetrar las defensas principales. Luego los otros contraatacaron, y ahora los pisos bajo ellos eran una batalla campal. Por suerte, la acometida inicial les permitió llegar hasta la planta de los generadores principales y destruirlos, además de dañar el sistema eléctrico de forma que no saltaran los auxiliares.

Tenía bastante gracia que el hampa tuviera a su disposición baterías de cañones más pesadas que el propio gobierno planetario. Pero como pudieron emplazarlas en el vertedero electrónico y ocultarlas después sin esfuerzo, trajeron lo más grande que tenían a mano. Y eso hizo un auténtico destrozo a las cada vez más depauperadas instalaciones *Tesurian* que, debido a la falta de presupuesto derivada de su agónica caída en desgracia, no pudieron ni responder correctamente. Entre unas cosas y otras, los suyos ganarían al desgaste.

Le llamaron por radio, diciéndole que otro miembro del equipo estaba herido en un brazo y ya no podía continuar. Qué asco. En situaciones normales habría salido a cara descubierta, soportando la granizada de plomo de la ametralladora pesada emplazada justo tras la barricada ante el ascensor. Les estaba mandando una tormenta de balas muy impresionante, pero podría llegar hasta ella a costa de perder integridad de la *Pretor*. El asunto era que no quería hacerlo. Podía necesitar esas capas ablativas más tarde.

—¡¡Blanco, estamos acorralados!!

Echó de menos a su manada una vez más. Aquellos tipos trajeados, con gafas de sol, chaleco antibalas y pinganillo, no estaban mal. Funcionaban muy coordinados para ser civiles, pero no llegaban al nivel de los Zastak, ni siquiera en su forma animal. Un segundo. Pues claro. Les hizo un gesto con la mano para que se mantuvieran tras la cobertura. Les susurró por radio lo que quería que hicieran y sus secuaces, confusos, aceptaron la orden.

Tan pronto como el arma pesada cesó el fuego de supresión para cambiar la cinta, salió de su escondrijo y disparó. Le estaban esperando, pero el pequeño calibre no era una amenaza tan grande como el de la otra arma. Acribilló las luces usando su fusil de asalto, primero de un lado y luego del otro de la galería. Los otros dieciséis le imitaron con una fiabilidad muy alta. Fue una secuencia de disparos tan rápida que la sala quedó prácticamente a oscuras.

En circunstancias normales aquello habría terminado en tablas. El enemigo empezó a usar todas sus armas para realizar fuego de supresión a baja altura, tratando de evitar que nadie pudiera avanzar. Los atacantes no se arriesgarían a salir para ser alcanzados por el enemigo o su propio fuego amigo. Y así terminaría todo, hasta que llegaran refuerzos de la base atacada o los asaltantes se retirasen.

David, sin embargo, avanzó tras ordenar a los demás que aguantaran la posición. Fue alcanzado ocho veces en diversos puntos por munición de calibre pequeño o medio, que le causó daños insignificantes. Saltó entre coberturas, recortando espacios a gatas, agachado o reptando. Al final, se quedó tras la última columna, desde donde ya podía oír al enemigo claramente a pesar del tableteo de las armas.

Él sí que veía en la oscuridad gracias al casco. Era un cazador de la noche, como los sabuesos, y sabía perseguir a las presas cuando las luces se apagaban. Magnetizó el fusil de asalto convencional a la espalda, y desancló algo mucho más mundano. Una docena de cuchillos arrojadizos de aspecto muy extraño forjados por encargo, que se consideraban un tipo de arma deportiva en Xacelsis. Jugó a arrojarlos a dianas holográficas móviles durante horas interminables con Samus y sus amigos preadolescentes, descubriendo entonces que tenía un talento innato para su uso.

Lo único que se veía dentro del edificio cerrado eran los fogonazos. Los de sus enemigos, numerosos, y los pocos tiros de respuesta del equipo de asalto Salluri, que seguía sus órdenes de permanecer oculto y con el ojo del enemigo sobre ellos.

Cuando salió por un lado, arrojó un cuchillo con cada mano, secuencialmente. Los vio volar en el modo de baja luminosidad, alcanzando a sendos enemigos que recargaban sus fusiles de asalto, parcialmente ocultos desde su posición privilegiada. Alguien gritó que los atacaban, y su columna recibió varios tiros muy errados respecto a su localización real. Entonces emergió por el otro lado, y repitió la operación. Ya había cuatro *Tesurian* menos, porque los chalecos antibalas se pensaban para detener proyectiles, no armas de filo. Eso por no contar que, sin ver el resplandor de las detonaciones, no sabrían desde dónde atacaba.

Eliminada parte de la dotación, y con el foco del arma grande sobre su posición, los Salluri gritaron y dispararon prácticamente al unísono hacia los fogonazos. Por los gemidos, supo que causaron varios heridos, y escuchó al grupo defensor ordenar la retirada hacia el único ascensor que todavía funcionaba.

Ese era el momento que esperaba. Salió como un ciclón, acelerando con una carrera meteórica, tratando de llegar antes que la cálida luz del elevador. Casi se coló en medio del grupo de fuerzas corporativas, que no lo vieron hasta que activó el lanzallamas. Si bien el depósito era pequeño, resultaba determinante en enfrentamientos controlados y cerrados.

Los seis supervivientes se encontraron envueltos en una llamarada súbita e inesperada, y se prendieron antes de poder reaccionar. Chillaron mientras se consumían, iluminando la sala como macabras antorchas parcialmente humanas. Los Salluri no podían creérselo.

—¡¡Ahora, ya!! ¡¡Equipo dos, asegurad la planta!! ¡¡El uno, conmigo!!

Abordaron el ascensor a toda prisa. Se vio rodeado de nueve mafiosos trajeados, ilesos excepto por pequeños rasguños. Cambiaron los cargadores de forma metódica y profesional, repasaron la munición y comprobaron los explosivos que les quedaban. Bueno, por lo menos eran cuidadosos.

Salieron en medio de una planta más diáfana, seguramente de oficinas. Los acompañantes de David se dispersaron en abanico sin que él tuviera que decir nada. Por el térmico no veía actividad alguna, pero les dejó que cumplieran con su papel y aseguraran los alrededores. De repente, se escuchó una explosión y el edificio tembló. Vio el indicador de la transmisión y abrió el canal con un comando de voz.

—Equipo tres, adelante.

—Inhibidor de señales destruido. Hemos encontrado una oposición increíble aquí abajo.

—Especifique.

—Lo que usted esperaba, Blanco. Montones de soldados aumentados con implantes cibernéticos ilegales. Los lanzagranadas de pulso electromagnético fueron muy útiles, pero aun así las bajas propias son considerables. Algunos de estos cabrones se negaban a morir. Descuide, lo hemos solucionado.

—Copiado, equipo tres. Aquí arriba seguimos progresando, la resistencia se ha derrumbado y los generadores son historia. Sigán apretando, y venceremos. Blanco fuera.

Siguió avanzando sobre una cristalera rota, que alguien se llevó por delante tratando de huir. En otra vida, la sensación de que su enemigo era indisciplinado se habría apoderado de él, haciéndole sentirse superior. Ahora, tras pasar tiempo con la gente común, comprendía muy bien los motivos que llevaban a alguien a querer salvar su vida. El miedo constituía uno de los métodos fundamentales de supervivencia. Era evolutivamente útil y correcto.

Ni siquiera los *mecanizados* integrados con *Helios* eran inmunes a él. Recordó el rostro sintético de Klaus, el gemelo que más odiaba, congelado en un rictus de puro terror cuando su falso dios lo borró para siempre. Sonrió. La *Risingsun* rebelde era vulnerable, mucho más de lo que nadie creía. Al asimilar humanos, debió de absorber sus debilidades también, y no solo su conocimiento. Porque pudiendo restaurar un respaldo del Cronista Supremo y de su hermano donde no supieran lo que él les reveló, decidió matarlos. Podía sentir *ira*, y ser irracional. Y eso era lo que pensaba aprovechar.

Su radio carraspeó. Era Kiara, quejándose de que venía una cañonera. Le dijo que estaba peleando con un *meca* de guerra, y que lo detendría por sus propios medios. Lo que pasaba era que, si tenía que enfrentarse también a un asalto aéreo, seguramente moriría o perdería a Duvolev. O quizás ambas cosas. Le contestó que se disponía a dar cuenta del centro de control maestro, y que se encargaría de sus problemas.

Tras ordenar al líder de la escuadra que se detuviese durante unos minutos, llamó a gritos a uno de sus secuaces, Vecchio, y el mafioso apareció mientras él trotaba hacia la fachada oeste. Le pidió su arma secundaria, reservada para un inconveniente como aquel.

Sujetándola con una sola mano, la desplegó con la otra sin siquiera detenerse. La cargó con el

proyectil que le tendía el Salluri a la carrera, y tras desmagnetizar el arma de su espalda, ametralló la ventana más próxima, que se astilló.

Al no estar a una altura presurizada, el cristal del edificio era más mundano, barato y convencional. Le costó dos patadas reventarlo. Para entonces la aeronave de transporte, no muy artillada y blindada, estaba prácticamente encima, a tres o cuatro kilómetros. Avisó al trajeado de que se apartara, y se llevó el lanzacohetes antiaéreo a la cara.

La nube ardiente de escape prendió fuego al mobiliario y papeles situados tras él, disparando de inmediato la alarma antiincendios y los aspersores. El proyectil, por su parte, voló hacia su objetivo a toda velocidad, alcanzándolo en el costado y arrojándolo al suelo convertido en una bola de fuego. La explosión fue tremebunda, de nada sirvieron la más o menos hábil esquivas del piloto ni las bengalas. La aeronave estaba demasiado cerca, y el lanzador fijaba el objetivo para la cabeza guiada de forma opcional. David solo tuvo que mantener la retícula sobre el aparato, y el cohete hizo el resto. No hubo supervivientes. Un impacto en la cabina habría dado a los cíborgs de la zona de pasajeros una oportunidad de no morir incinerados, pero el intento de evasión del piloto los condenó a todos a las llamas del infierno.

David no sintió ningún remordimiento al arrojarle de vuelta el lanzador al Salluri, ni al ordenarle que hiciera lo mismo con cualquier otra aeronave que se pusiera a tiro. El mafioso, impresionado por su pericia a la hora de manejar el arma con una sola mano, asintió. Le oyó llamar por radio a sus compañeros, pidiendo que se vigilaran los cielos para detectar posibles intentos de huida.

—He de alabar su puntería, Blanco. Pero hay un problema.

—¿Sí?

—Gascone no responde. ¡Están literalmente a cincuenta metros de nosotros!

—Les dije que esperasen. Y no les veo ni con la magnificación de mi armadura.

—Eh... tengo una notificación, pero no le va a gustar. Ha mandado una contraorden. Están dentro.

Hussman suspiró. Cuando habló de los detalles con CIX, este le impuso a aquel sicario como jefe de escuadra. Tras leerse el perfil, el renegado concluyó que no lo quería en su equipo, pero no podía opinar sin faltar al respeto a su aliado. Se trataba de un tipo muy eficaz, con una tasa de éxitos sobresaliente liderando comandos mafiosos. Pero tenía un problema: estaba a punto de conseguir que lo admitieran como adoptado del clan por su intachable hoja de servicios, y era ambicioso. Aspiraba a casarse con la prima segunda de un capo. Eso le espoleaba a acciones cada vez más temerarias, y dado que Gascone era inexperto en cibernética, temió que su necesidad de probar su valía pudiera conducirle al desastre. Y acababa de suceder.

—¿Sigue grabándolo todo con esas gafas suyas?

—Sí, claro. Y recibiendo notificaciones, como pidió.

—Perfecto. Pues envíe esto que me acaba de decir y lo que hemos hablado directamente a Flavio Salluri. Así entenderá que su favorito la ha cagado. No culpe a Gascone, imagino que no podía saber mis motivos.

—¿Al... al jefe? —Vecchio, no demasiado mayor, temblaba pensando en semejante atrevimiento—. Solo el líder de la *cuadrilla* puede...

—Felicidades por el ascenso, *sargento*. Ahora es el más veterano, porque gracias a la impaciencia de su líder de escuadra, tanto él como los demás están muertos. Les pedí que se

detuvieran porque intuía un peligro grave y lo de la cañonera era prioritario. Vigile el cielo, y no olvide prestar atención a su espalda. Vuelvo enseguida.

Al joven se le escaparon las gafas hasta la punta de la nariz, y le contempló con sus ojos marrones durante unos instantes antes de que se diera la vuelta y lo dejara atrás. Recorrió la distancia restante a paso ligero, con la tenue esperanza de poder localizar a algún superviviente. Atravesó primero el muro de *neohormigón*, cuyas puertas permanecían abiertas excepto en caso de ataque. Luego llegó a la cámara, y encontró la entrada cortada. Los sopletes de fusión aún estaban calientes, la impaciencia debía haber llegado a Gascone a emplearlos a máxima potencia para entrar cuanto antes al cerebro del edificio.

Helena se colocó a su lado. Sólida, no traslúcida. Su gesto era serio, le preocupaba enormemente que fuera a encontrarse algo que no pudiera manejar. Le habría encantado que pasara con él y le ayudara.

—Esto me da mala espina. Ten cuidado, por favor.

—Siempre lo tengo.

—¿Por qué no disminuyes la tolerancia del sensor de proximidad?

—Buena idea. Quédate aquí, y cúbreme.

—¿Estás seguro?

—Sí. Vuelvo enseguida.

Asintió a Helena. No encendió los focos, se limitó a desmagnetizar la pistola de raíles y a hacer brotar la espada de muñeca que le quedaba. Con la careta polarizada, entró con paso cauto, de caza. Imitando las incursiones deportivas que hizo en Xacelsis en las cuevas de los lagartos-trueno, en compañía de algunos Zastak ya evolucionados. Sabía que le aguardaba un monstruo en la penumbra. Solo le quedaba averiguar de qué tipo era.

La habitación era circular, en cuyo perímetro se situaban montones de asientos de control rodeados de pantallas holográficas encendidas. En ellas, podía ver el avance continuado y sangriento de las tropas Salluri a través de un centenar de puntos de observación fijos o móviles, que aporreaban a las corporativas con una facilidad que le asombraba.

El centro de la estancia era un tanque de cristal, en el que un cerebro humano lleno de implantes yacía suspendido, unido aún a todo su sistema nervioso. Era una visión repugnante. Aún tenía conectado un ojo, y muchas de sus terminaciones acababan en cables que a su vez desaparecían en el suelo o el techo. Sus dos hemisferios eran a su vez una amalgama de conexiones enganchadas a una caja cúbica suspendida sobre él, en la que se iluminaban una miríada de leds de colores que seguramente significarían algo para el maníaco que le hizo aquello al cibernético. Podía ver que disponía de micrófonos y altavoces en la base plateada en la que se apoyaba el cilindro, de forma que aquel pobre desgraciado todavía podría comunicarse con su entorno.

Por el suelo, yacían desparramados sus comandos. Los mafiosos parecían haber sufrido el ataque de una criatura increíblemente fuerte, un ser brutal que les arrancó los miembros y los aplastó sin piedad. Pensó durante una fracción de segundo en George, pero el gigante no recurría a tales extremos de salvajismo excepto si su familia peligraba, de acuerdo a lo que Kiara contaba. Y, además, estaba con ella.

El ojo se le quedó mirando.

—Supongo que es cosa tuya, ¿verdad?

—¡Cuidado, David!

La alerta de proximidad le hizo ladearse a la derecha un instante antes de que un puño inmenso le arrancara la cabeza con un directo a la nuca. Lanzó el codo hacia atrás, a donde calculó que estaría el estómago, y saltó de lado para esquivar un inmenso gancho que iba dirigido a sus riñones. Con dos giros acrobáticos, interpuso el cerebro entre él y su agresor, dándose tiempo a analizarlo.

Vaya. Acertó.

Ante él se alzaba una mole inmensa muy similar al supersoldado de Dreston. Un ejemplar especialmente grande de *Astrabiológica*, de serie Chi, o Psi. Como cabía esperar, alguien decidió que era una magnífica idea doparlo aún más, así que ahora le amenazaba una montaña de músculos llena de implantes. Y no de cualquier clase, sino estimulantes, anabolizantes, y químicos. En pocas palabras, le añadieron una inmensa cantidad de botellitas incrustadas y llenas de productos que ponían de los nervios a una criatura ya de por sí poco estable.

Observó que, aunque soltaba espumarajos de pura ira, sus músculos no vibraban, ni sufría espasmos. Tenía incrustado un casco de *supracero* con un único punto rojo por ojo, que le cubría desde la nuca hasta el labio superior, sin que quedara ni rastro de su nariz u orejas. Percibió que una de las cámaras de la habitación rotaba hacia donde estaba. Sonrió, comprendiéndolo.

—Es una putada tener un cuerpo así y solo poder usarlo en remoto, ¿eh?

La criatura se encendió igual que si alguien hubiera pulsado el botón de disparo de un misil. Rodeó el tanque como una exhalación, rugiendo, dispuesta a agarrar a David y a destriparlo igual que a los Salluri. Pero Hussman ya contaba con ello, así que levantó su pistola hacia el cerebro del cristal y vació el cargador en modo automático.

Una bala convencional solo habría causado una triste mella en un cristal de aquellas características. Pero un proyectil acelerador disparado por un arma de raíles, era un asunto diferente. Y una veintena de ellos, en secuencia y contra el mismo punto, no tenían nada que ver. En cosa de un segundo, la pecera reventó y el cerebro explotó, atravesado por no menos de siete de aquellos fragmentos de metal movidos a velocidad supersónica. Los trozos sanguinolentos cortocircuitaron con el líquido de preservación y los cables expuestos, mientras se dispersaban y hundían arrastrados por el metal.

El supersoldado cibernético se apagó de repente, dejando su carrera a medias y rodando por el suelo privado de su equilibrio. Al no dar el siguiente paso, el impulso lo hizo caer cuan largo era, derribando una silla que quedó manchada por la sangre de los comandos que mató unos minutos antes.

Los ordenadores murieron en cascada. Ya estaban alimentados por los reactores de emergencia después de que David volara en pedazos los principales. Ahora, privados de su inteligencia central, solo un montón de operadores humanos serían capaces de resucitar el apoyo autónomo. Y él no pensaba dejarles pasar a encender nada.

Miró al suelo, hacia un cadáver que identificó, con la cabeza aplastada.

—Ay, Gascone. Le habría dejado toda la gloria ante su jefe si me lo hubiese pedido.

David suspiró, cambiando de canal.

—Vecchio. Mire hacia abajo. ¿Qué ve?

—¡Por todo el dinero, Blanco! ¡No me lo creo! ¡Los drones se caen! ¡Los vehículos enemigos dejan de disparar y se detienen! ¡E incluso la infantería huye o se rinde! ¡De verdad conectaron

todo al sistema central! ¡Hemos ganado!

—Se lo dije. Llame al otro equipo y dígales que los quiero arriba en tres minutos. Indíqueles lo sucedido. Tengo que subir al tejado a por el Administrador Primario.

—¿Y los demás? ¿De verdad están...?

—Me temo que sí.

—Pues... el señor Salluri me pareció... furioso. Me felicitó, pero no sé yo si...

—Hablaré con él, en su favor. Guarde la puerta del control central, y retírese si de repente aparecen un montón de enemigos. Ah, y no entre, salvo que quiera pesadillas.

—A la orden, Blanco.

Hussman cambió de canal, saliendo de la estancia ahora casi a oscuras, buscando la frecuencia de Kiara. Vio venir a Vecchio al trote, aun cargando su lanzacohetes y su subfusil. Quizás no era el más espabilado del grupo, pero cuando uno es el último hombre en pie, tiene algo que los demás no. Le recomendaría a Flavio por su obediencia, y le pediría al Salluri que no matase al mensajero.

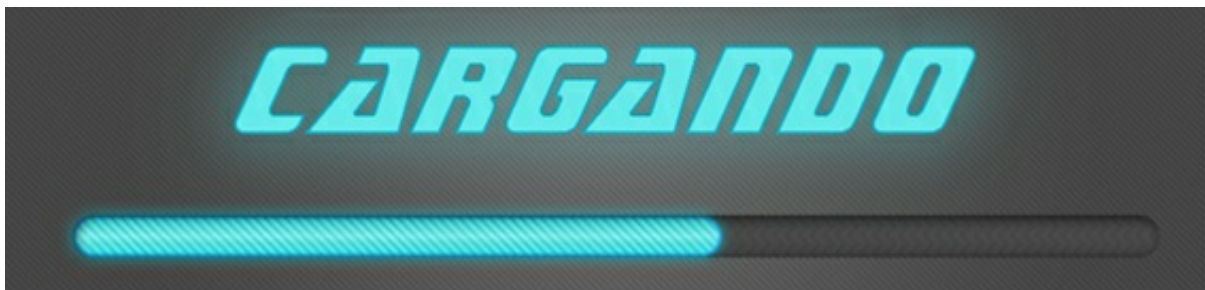
Miro a izquierda y derecha. No había ni rastro de Helena. Otra vez.

En fin. Era hora de ir a por Kiara. Su aguerrida corsaria volvía a cumplir su palabra una vez más, acercándole a su anhelada carga final. Era curioso. Ahora, después de hablar con ella, se sentía mejor. Los pasos que daba tenían un propósito, el fantasma de la duda se dispersaba igual que la niebla al amanecer.

Maldita sea. ¿Podían los sentimientos que tenía por aquella mujer redimir todo lo malo que sentía por la humanidad? ¿Sería capaz de ser feliz alguna vez, si sobrevivía a lo que le quedaba por hacer?

Y lo más interesante... ¿Podía una raza Destructora como la suya tener un ápice de bondad que les permitiera convertirse en Protectores? ¿O es que existía alguna categoría más de especie que los Zastak desconocían? ¿Serían los humanos una civilización tan de extremos que necesitaban una clasificación propia?

Le sorprendía que unos seres entregados a generar miseria fueran capaces de querer como él amaba a Kiara. Y, en el fondo, eso le atormentaba a la vez que le alegraba.



A la espera de la gloriosa carga final

El interrogatorio de Duvolev fue mucho más suave de lo que se pudo imaginar. A diferencia de Shaw, el Administrador Primario adivinó su identidad desde el principio, y no trató de regatearle la información que buscaba. Al contrario, negoció su supervivencia, argumentando que sería valioso conservarlo cautivo por si a la *Corporación Tesurian* le tentaba recuperar el control de la sede.

Dado que David quería mantener una relación lo más cordial posible con Flavio por si sobrevivía al encuentro con *Helios*, y mucho más después de la pérdida de sus efectivos de élite durante el asalto; le ofreció la posibilidad de quedarse el rehén. CIX se lo pensó unos minutos, y terminó concluyendo que sí que podría sacarle partido a ese activo siempre y cuando el propio Hombre de la Máscara Blanca les diera las instrucciones exactas para contenerlo sin que pudiera volverse contra ellos.

Hussman lo hizo, incluyendo unas especificaciones que creó *Arcángel*, que detallaban cómo funcionaban los sistemas inalámbricos y remotos de Duvolev. Eso permitiría a los Salluri desmontarlos y aislarlo por completo, reduciendo al cíborg a poco más que un humano normal. El capo lo aceptó entonces como compensación por lo de Gascone, aun sabiendo que la imprudencia la cometió el hombre que él mismo impuso a la fuerza. Quedaron en muy buenos términos, y el renegado prometió llamarle un poco antes de partir hacia su destino. Naturalmente, Flavio Salluri sabía que no volvería de la *vendetta* por la muerte de su prometida. Y eso lo respetaba cualquier mafioso.

La clave proporcionada por el generador del cerebro del Administrador Primario encajó a la perfección en el sistema de navegación robado por Hussman. Se hizo con él en una de sus primeras incursiones nada más regresar, sonsacando a la tripulación la existencia de las semillas de los códigos que conducían a la guarida del Dragón Estelar.

Llevó el aparato a bordo del *Pétalo Danzarín* y, en la bodega de proa, cargó también la clave de Shaw que poseía *Arcángel*. Los corsarios alucinaron al ver el mapa de la Confederación proyectado desde el *Coracero*, con cada detalle relevante resaltado como un punto brillante. El sistema de coordenadas se recombinó ante sus propios ojos, concluyendo primero que se encontraba en el Cuarto Anillo, luego en el Sector Prístino, después en el subsector Amatista y el sistema Discia.

El mapa les mostró un páramo prácticamente abandonado, anómalo, con unos pocos planetas enanos y ninguno grande. Abundaban los asteroides, tenía millones de ellos entre hielo y rocas. La conclusión preliminar de sus dueños, el gigante de la explotación *SobreMinera*, era que se trataba de una estrella con anomalías gravitatorias que fue incapaz de formarse correctamente. Por eso, su propio sistema estelar estaba también subdesarrollado.

Si bien era cierto que se trataba de un lugar inhóspito e indeseable, resultaba una auténtica maravilla para los prospectores, que podrían reventarlo sin que nadie les tosiera. No solo era que la formación planetaria fuera casi inexistente, sino que encima la estrella se encontraba lejos de cualquier ruta comercial de interés.

Lo curioso era que contaba con un terminal militar de comunicaciones de largo alcance, seguramente colocado allí para cuando llegara el momento de comenzar las operaciones de explotación, así que *SobreMinera* ya tendría pensada la fecha de inicio. Hussman dedujo de inmediato que *Helios*, al contar con tecnología superior a la confederada, habría sido capaz de

engancharse a la red. Eso le daría acceso a la *Astranet*, la capacidad de lanzar ciberataques a donde le viniera en gana, y la de robar los datos que creyera oportunos. Podría recopilar tanta información sobre cualquier cosa como cupiera en sus inmundos servidores.

Eso convertía Discia en un escondite no solo deseable, sino perfecto. Seguro que la IA rebelde lo estaría explotando a conciencia, usando sus factorías internas y las de las naves-astillero que hubiese creado para construir su propia flota. Dada la cantidad de cultos cibernéticos que él mismo neutralizó, y haciendo unas matemáticas rápidas sobre lo que habrían crecido los que seguirían libres desde que él desapareció, le quedó claro que tampoco le faltarían tripulantes.

Trató de convencer a los corsarios de que le dejaran marchar solo. Se imaginó que no lo consentirían, en especial Kiara, porque tenían demasiados principios como para hacerse a un lado y dejarle cumplir su destino. Lo cierto era que les estaba agradecido, muchísimo, por echarle una mano con Duvolev. Visto el éxito de Gascone, daba gusto trabajar con profesionales que atendían a consejos y razones.

Y, qué demonios, los apreciaba. Por eso permitiría que custodiaran sus archivos, a pesar del riesgo que suponía Fourier. Salían siempre a echarle un cable, incluso cuando había razones de sobra para no hacerlo. Poniéndose en su piel, le resultaba extraño que se prestaran a colaborar con él teniendo en cuenta la lealtad que profesarían a esa traidora. Pero supuso que, tras ver tanta mierda cibernética en primera persona como decía su expediente, no les importaría poner su granito de arena para que terminara de una vez.

Lo de Kiara en particular, lo entendía, porque en sus miradas y su comportamiento veía gestos y actitudes que ya conocía. De Circe. Sospechaba que, a pesar de su altanería y suspicacia, todavía le guardaba algo de cariño. Era una pena que ya no sintiera nada por él gracias a Fourier. Tras su agresiva charla, había conseguido que abandonara su estado letárgico, su decepción existencial por la humanidad y las dudas sobre si merecía la pena salvarla.

Su especie contenía monstruos infames que debían de ser purgados antes de llegar a un estado de iluminación superior como el que tuvo la Federación Cradnian de la que le hablaron los Zastak. Los directivos despiadados. Los caníbales. Los seguidores de *Helios*. O los propios Salluri, por muy aliados suyos que fueran. Sin embargo, también existían ejemplares como Dreston y su familia. Mac Douglas, Circe o Yussif. Dispuestos a ayudar a cambio de nada.

Ese último pensamiento, durante la charla en la que los corsarios se negaron en redondo a abandonarlo, le impulsó a darles lo que le quedaba. Sus exiguos fondos y su nueva y desastrosa nave de tercera mano. Les tocaría pagar un impuesto de transmisión patrimonial, pero luego podrían venderla y cubrir los gastos que les ocasionaría ayudarlo. Tanto el sueldo de los tripulantes como el combustible y el oxígeno. El piloto apuntó, de hecho, que incluso les beneficiaría hacerlo. Tanto mejor. Una buena acción no podía quedar sin recompensa.

Aceptó su ayuda. Deseaba su compañía en aquella hora oscura y, además, así podría terminar de ejecutar su plan con respecto a Fourier. Estaba seguro de que Teresa Daretti ya tendría instalado su dispositivo de escucha. Era increíblemente leal a Kiara, una verdadera amiga, que sentía que le debía su redención a la capitana. Y en el fondo, tenía toda la razón, puesto que la sacó de la espiral de autodestrucción en la que estuvo, según sus propias palabras. Se alegró de que Dreston contara con una primera oficial semejante porque, si él no podía protegerla de Alessa, quizás aquella *metatigresa* sí que sería capaz de hacerlo. Sabía que no existían guardianes más leales que los que se sienten en deuda con sus benefactores.

La conversación con ella se encaramó de nuevo a sus pensamientos, así que la repasó. Teresa le abordó nada más llegar a su camarote, negándose a abandonarlo sin que le diera respuestas.

Quería saber si engañó a su amiga, y por qué lo hizo cuando Dreston estaba genuinamente enamorada de él.

Acudir a ella fue su plan desde el principio. Viendo que la primera oficial se presentaba sin buscarla él, comprendió que su visita le brindaba una oportunidad dorada y decidió entonces pasar a la acción. Fourier merecía morir, y si no iba directo a buscarla en aquel momento, era porque no necesitaba abrir el frente de forma directa todavía. Lo de *Helios* era muchísimo más urgente, y no podría volver a acercarse tanto a él sin fracasar.

Sin embargo, eso no significaba que debiera dejar libre a aquel monstruo, al contrario. Necesitaba dejar armado su plan, ya no solo para evitar que quedara sin castigo si él no regresaba, sino por la seguridad de la propia Dreston y su gente. Dado que Teresa parecía tener más que serias dudas sobre la veracidad de la historia de la traidora, decidió que le contaría la verdad. No una parte, no, sino todo el maldito asunto de golpe. Sabía que la primera oficial era muy inteligente y, además, su instinto profesional le decía que se trataba de una mujer peligrosa. Quizás no al nivel de Fourier, pero sí lo suficiente como para plantarle cara.

Además, le daba la sensación de que tenía bastante más sesera que Kiara. Si estaba ahí, buscando información de aquel asunto, era porque algo no le cuadraba. Quizás la mano derecha de la corsaria ya tenía sospechas sobre su enemiga, o tal vez incluso pruebas circunstanciales, así que le dijo que tendría que esperar antes de darle algo más irrefutable. Se le ocurrió que a lo peor no le creería y que acabaría buscándose otra enemiga. Pero teniendo en cuenta lo que conseguiría poniéndola de su lado, estimó que el riesgo merecía la pena.

Sabedor de cuál fue la prueba que Fourier les mostró a todos, le preguntó a su interlocutora por su fantasía de cama más mundana. Podría haberle pedido escabrosos detalles sobre algo extraño y perturbador, e imposible de reproducir, pero ni le interesaba lo más mínimo, ni quería malgastar más tiempo del necesario en aquello.

Le llevó un rato dar con el archivo integrado en las librerías esenciales de la *Pretor*, que por suerte no borró por falta de espacio. Descomprimió el programa, y leyó las instrucciones de uso mientras se instalaba. Luego buscó unas imágenes de archivo que grabó en la época donde contrató por primera vez a Kiara, y las subió al generador tridimensional. Terminó tan solo unos cuantos minutos más tarde. El resultado fue cutre, pero hacía siglos que no recurría a aquello, y las versiones se habían actualizado una barbaridad desde su época adolescente. Cuando se le dedicaban unas cuantas horas a aquel juego, el resultado era indistinguible de la realidad.

Tras preguntarle qué tal se lo pasó cuando se acostó con Kiara, le alargó el casco a la primera oficial antes de que se enfureciera. Le dijo que se lo pusiera, e hizo que este reprodujera un vergonzante vídeo en donde se la veía desnuda en la ducha con su jefa. Pálida, le pidió que lo detuviera cuando llegó a la mitad.

Tuvo que explicarle que la Orden de la Vida creó aquello con el objetivo de reducir los problemas interpersonales derivados de las fantasías de los individuos, consiguiendo un cuarenta y dos por ciento menos de conflictos producidos por los líos de faldas. Y que, obviamente, Alessa inventó su aventura con Circe empleando esa tecnología.

Le pidió más detalles al respecto, y tras eso, formuló la pregunta correcta. Entonces le expuso el quid de la cuestión. David le contó que Alessa Fourier era una identidad falsa que esa mentirosa creó como escudo para ocultarse. Su verdadero nombre era Denia Takapoulos, y él la había estudiado durante su periodo de aprendizaje en los *Cuervos Negros* como la renegada más exitosa de todos los tiempos. Dejó la Orden del Acero, buscando otra vida en la Confederación y llevándose consigo gran cantidad de planos y secretos que quiso vender al mejor postor.

Denia estuvo en la lista para *localizar y eliminar* de los *Cuervos* durante más tiempo que nadie. Los sobrepasó hasta tal punto que necesitaron la ayuda de una flotilla de naves de apoyo de la Orden de las Estrellas. Se alió con un grupo de piratas poderosos, uno de los más importantes que hubo en el Cuarto Anillo durante las décadas anteriores. Tras una serie de persecuciones apocalípticas, la acorralaron en un mundo conocido como Isos I, y sus compinches pagaron la tecnología que habían obtenido de ella con sus vidas. Según el informe, el material se recuperó y tanto Denia como sus colegas murieron durante la operación.

Incluso tenían ADN que demostraba que el cuerpo calcinado que rescataron de los restos humeantes de la fortaleza de los piratas era el suyo. Takapoulos le contó cómo había fingido su propia muerte y de qué forma engañó a la Flota para que la dejaran vivir tranquila. Si tenía que atenerse a los hechos, que apuntaban a que casi treinta años de exilio le sirvieron para ser poco más que personal laboral de otros bucaneros, era verdad que no daba la impresión de que lo hubiese hecho por dinero. Según ella, solo quería libertad, que era algo que nunca tendría ningún Cruzado ortodoxo. Eran esclavos de sus ideas, de su destino, y nadie podía desviarse del camino sin sufrir las consecuencias. Si uno solo escapaba, otros seguirían su ejemplo. Y eso era algo que el *Consejo del Almirantazgo* no iba a permitir.

Puso en marcha su plan al llegar más o menos a la edad del propio David, así que ese *año y medio* de fuga oficial, iba ya camino de convertirse en casi *tres décadas*.

Por tanto, era una renegada, igual que él. La reclutó porque pertenecía al cuerpo de ingenieros de la Flota y creyó que le enseñaría a esquivar a los *Cuervos*. Nunca le mintió a Kiara. Siempre pensó que la *Denia oficial* marcaba el tope de supervivencia de diecinueve meses, y cuando la conoció en persona, quiso alargar su propia vida para poder terminar su campaña.

Pero la verdad resultó ser mucho más truculenta. Tras traicionarle, descubrió que su sentencia se había pospuesto a cambio de colaborar con la Flota. Takapoulos negoció su propia libertad, intercambiándola por la vida otros renegados menos hábiles y por datos que pudieran serles útiles a las fuerzas especiales. Vendió ambos a cambio de prorrogar su existencia. Mercadeó con información, apuñaló, traicionó y repitió el proceso. Aquella mujer idealista que vendía la historia de que quería ser libre era en realidad un monstruo doblemente renegado, una agente de campo sin escrúpulos ni barreras morales, interesada únicamente en sí misma. En engañar a la muerte un poco más.

Lo más irónico era que, buscando romper sus cadenas, terminó siendo una paria esclavizada por el servicio de inteligencia de la Flota. Una que, además, seguía creyendo que poseía algo de libertad.

Teresa frunció el ceño y le pidió pruebas. Como en el fondo no las tenía, le regaló un aparato. Algo que conservaba con cuidado en uno de sus alijos, que la propia Fourier preparó pensando en evadir ella misma a los *Cuervos Negros*. Un aparato de alta tecnología, con el que la primera oficial sería capaz de detectar cualquier transmisión saliente o entrante, por intrincada que fuera. Le descargó las instrucciones en una *holotableta*, junto al vídeo, y le entregó las dos cosas.

Le dijo que su compañera fue quien pirateó el artefacto, igual que pudo mantener su *Pretor* y su *Coracero* en funcionamiento. Teresa ató cabos rápido, y acabó desviando la vista, abrumada. Fue entonces cuando le preguntó si seguía con vida, y ella se lo confirmó tenuemente. Sintió una tremenda ira debido a las mentiras de Dreston, pero se contuvo. Que siguiera con vida era una mala noticia. Sin embargo, eso le permitiría buscarla y darle su merecido.

Tras agradecerle su sinceridad, recomendó a la primera oficial que tuviera cuidado y que al menos sospechara si no le creía. Después le contó su plan de no llamar por sí mismo a la Flota, a

sabiendas de que Alessa lo haría. Ella no dudó ni un momento de que la capitana le revelaría el escondite de la *Risingsun* rebelde a la ingeniera, aferrada a su fe ciega en que las personas eran buenas por naturaleza.

Como su charla tuvo lugar en las horas previas al asalto a la sede de Duvolev, sería imposible que él mismo diese el aviso antes de que Teresa instalara el aparato y monitorizase sus propias llamadas. Así, no solo se convencería de que él decía la verdad, sino que también acabaría pillando a Fourier con las manos en la masa. Seguro que estaría empleando un emisor de clase militar de la Flota cuando se comunicaba con el centro de inteligencia de *Sigma*.

Volvió al presente. En realidad, le daba igual si el gatillo lo apretaba él, o era la corsaria quien lo hacía. No quería que atrapara a Kiara con la guardia baja. Hussman pretendía sobrevivir para entregar los archivos del *Sendero del Cielo* a la Flota, a la Confederación, y al mismísimo Imperio de Solaria si era necesario. Y, ya que tenía que volver, aprovecharía esa necesidad para acabar con Fourier si la primera oficial no lo hacía.

Sufriría, pero sería justo. La muerte era un camino demasiado fácil.

Suspiró. No pensaba moverse ni un ápice de su postura. Si la teoría de Teresa se confirmaba, los *Cuervos Negros* movilizarían a los regulares, acudirían a Discia, y entablarían batalla con todas las fuerzas que pudieran llevar al encuentro. Teniendo en cuenta los parámetros de combate, seguramente aparecerían con dos o tres naves de clase *Risingsun*, más todos los buques superpesados que pudieran poner en marcha. Eso sin contar apoyo de portaaviones, destructores, naves de línea y escoltas, claro. Desconociendo el verdadero poder de *Helios*, asumirían una fuerza operativa equivalente a una nave nodriza de bolsillo con todo su elenco de control asignado. Y eso era un enemigo *terrible*.

Su estrategia no estaba, desde luego, exenta de riesgos. Se preguntó si hacía bien fiando el chivatazo a la Flota a la traidora, pero estaba convencido de que la capitana llamaría a Fourier para decirle lo que iban a hacer tan pronto como subiera a su camarote. Eso fue lo que acordó con Teresa, y lo que le retó a comprobar en cuanto colocara el aparato de rastreo de frecuencias. Se dio cuenta de lo mucho que alucinaba cuando repitió varias veces en voz alta ante los demás que llamaría a la Flota en cuanto despegaran. Sabía que se daría por aludida, no era nada tonta.

Si se equivocaba, serían *Arcángel* y él contra un contingente inmenso que los convertiría en polvo estelar subatómico. Incluso si su compañero machacaba a la otra IA, sus secuaces los enterrarían en cadáveres medio funcionales hasta matarlos. No era ningún superhéroe, no sería capaz de terminar con toda la dotación de una *Risingsun*, por muy lisiada que estuviese.

Abandonaron Sarbeluc III sin intención de regresar. Salieron a la órbita sin incidentes, alcanzaron el punto de salto y entraron en el *espacio computacionalmente no mensurable*. Repitieron el proceso varias veces, atravesando las puertas intersectoriales y acercándose al destino.

Durante esos días llegó a conocer mejor a dos de los nuevos tripulantes de la nave. El descubrimiento más asombroso fue Teresa. Si bien ya se imaginaba muchas de las cosas que le contó, se encontró a una persona muy interesante. A alguien a quien, con tiempo, podría haber llamado amiga. George era un bonachón, una anomalía dentro de su serie de soldados superhumanos. Solo podía definirlo como un ser sensible y bondadoso, preso de la inocencia en lugar de la ira. Y Will, el hijo de Pierce, se mantuvo a distancia. Se imaginó que debido a las mentiras de Fourier.

También fue un placer hablar con el viejo Trevor y escuchar sus aventuras. Lo que en cierto

modo le decepcionó fue que pensara que estaba malgastando su vida. Le insinuó que creía que su misión no era buena para Dreston y, en eso, tuvo que darle la razón.

Le dejaron practicar en la bodega de proa. Necesitaba una excusa que le permitiera mantener las distancias con la capitana, porque tras las dos primeras comidas, comenzó a notar un cambio en su actitud. Ya no exhibía una postura neutra y profesional, preocupada quizás por el porvenir de la humanidad. No era ese gesto responsable y serio que le puso al saber que pensaba ceder unos importantísimos archivos a la mafia del blanqueo de capitales.

Ahora veía otra cosa. Un brillo en los ojos que tenía bien identificado, un gesto más relajado y sonriente, acompañado de las furtivas miradas que intercambiaban sus compañeros. Conforme pasaron las jornadas, se volvió más exagerado, febril, hasta que decidió que lo mejor para todos era desaparecer durante los días que quedaban antes de que la capitana explotase. Estaba seguro de que representaba una conquista para ella, un trofeo. Quizás un ideal inalcanzable, una meta que merecía la pena únicamente porque resultaba complicada.

Le requirió toda su fuerza de voluntad apartarse. Él también quería pasar tiempo con Dreston, pero no de la misma forma que ella. Ahora que aquella cera pringosa había dejado de recubrir sus abotargados sentimientos, volvía a colarse en cada uno de sus pensamientos y a nublar sus ideas. La catarsis de la familia de MD y de los niños caníbales no solo le dejó vacío por dentro. También alejó de él la furia y la pérdida, la obsesión y la venganza. Pero incluso ahora que racionalizaba que tenía que cumplir su objetivo por unos ideales más elevados y no por mero rencor, esa depuración de máculas no le impedía seguir pensando en ella.

Charló con *Arcángel* al respecto mientras entrenaban, y su amigo le dijo que tuviese esperanza. Que quizás, si regresaba y conseguía quedar libre por una carambola del destino, podría encontrar a su otra mitad. También le advirtió de que esa podía no ser Dreston, porque su actitud le resultaba contradictoria y preocupante. En ocasiones la detectaba observando sus entrenamientos, incluso desde la cabina de la nave o usando algún panel de seguridad, sin intervenir ni decir nada.

Si bien era cierto que no podía esperar comprensión de la naturaleza humana por parte de una inteligencia artificial alienígena, la verdad es que consiguió calmarle. Si deseaba que hubiera algún futuro en el que siguiese respirando, lo último que necesitaba era distraerse con una persona que aparentemente no le correspondía.

Mantuvo aquella delicada situación de equilibrio durante el resto del viaje, evitando cada vez más a la tripulación, hasta que los viejos planos de *Helios* y los detalles del cohete que utilizarían en su carga final se volvieron cargantes. Ajustaron parámetros, discutieron rutas de ataque y las simularon. Lucharon docenas de batallas desesperadas, contemplaron montones de escenarios límite y murieron varias veces hasta que llegó el día señalado.

Arcángel estaba jugando con George mientras David rezaba en su cuarto. El gigante también había acudido a contemplarlos combatir contra fantasmas, sentándose en el suelo con las rodillas abrazadas, tratando de imaginarse en qué situación estarían. Sin duda sería, dada su naturaleza, quien más habría apreciado la precaria preparación que llevaron a cabo antes de lanzarse a ciegas.

Al finalizar la que sería su última sesión simulada, el grandullón se les acercó y le preguntó a la armadura si querría aprender a jugar al *neobaloncesto*. Asombrados, quisieron saber por qué le interesaba precisamente *Arcángel*. Encogiéndose de hombros, George les contestó que recordaba cuando David le salvó en *Triunvirato*, y que tenía ganas de medirse con alguien más grande que él porque su familia no le suponía un reto. Hussman, conmovido por la inocencia de aquella

supuesta máquina de matar, le dio el resto del día libre a su compañero. Para que aprendiera lo que era divertirse antes de consumir su propio destino de mártir.

Se marchó a su habitación, situada en un pasillo adyacente a la bodega de carga de proa, se quitó la *Pretor* y la revisó. Tras asegurarse de que estaba en las mejores condiciones que podría conseguir sin una armería de verdad y un par de ingenieros de la *Orden del Acero*, repasó punto por punto lo que pensaba hacer. Las siete contingencias que supuso que podrían suceder cuando se encontrara con *Helios*, y las contramedidas de cada una.

Aquellas dos horas fueron las más productivas de los últimos tiempos. Estudió los pasillos una vez más, rememoró las rutas de los planos originales que poseía, trazó mentalmente el viaje espacial y el asalto. Simuló sus discursos en su cabeza, repasó golpes mortales y tretas marrulleras mientras contaba la munición y comprobaba las armas. Colocó hasta la última pieza en su sitio, de forma que pudiera recuperarlas en un plazo ridículamente corto cuando estuvieran a punto de salir del *Pulso*.

Miró el reloj. Le quedaban como doce horas y media hasta el momento decisivo. Se dijo a sí mismo que sería bueno entregarse a un sueño reparador, así que encendió las alarmas, aunque no sentía ni el más mínimo cansancio. Tumbado, dejó pasar unos quince minutos antes de darse cuenta de lo que sucedía. Sonrió. Estaba nervioso. Lógico.

Recordó a los Zastak, y sus rituales de caza. Los preparativos previos a salir a batirse con algún depredador peligroso, o antes de acechar juntos a una presa. Aunque ya no lo necesitaran, aquello formaba parte de su cultura y de su misma esencia. Casi todos nacieron en los yermos, y el aire puro y peligroso de su mundo los reclamaba cada cierto tiempo. Igual que a él. Echaba de menos su planeta adoptivo. A Samus, a Viejo Gris y al resto de su manada.

Se incorporó, y se dejó caer junto a la cómoda cama de invitados, de rodillas. Siguiendo las formas de los alienígenas que lo acogieron, cerró los puños y los colocó bajo la barbilla, en una postura que para sus anfitriones resultaba tensa e incómoda por culpa de sus garras. Entendían que el rezo no debía calmar, sino agudizar los sentidos de un cazador.

Repasó múltiples letanías de acecho, recorrió las enseñanzas de la senda de las sombras y susurró los versículos del canto del viento. Luego suplicó a los honorables ancestros, a los elegidos de las lanzas afiladas, que le diesen aliento. A quienes murieron como héroes que inspirasen su camino. Se transportó mentalmente a un templo antiguo, en ruinas, en el que cientos de Zastak ronroneaban un cántico grave que hacía vibrar las paredes. Él, uno entre montones, parecía a penas un niño escuálido. Y, de todos ellos, era el que aspiraba a abatir al mayor depredador.

Se sintió centrado. Tranquilo. Preparado para matar o morir. Así que decidió formular en voz alta su última plegaria. La que solía cerrar las sesiones sagradas, la más importante y elevada.

—Uniarca Elemental, guía mi mano. Permíteme asestar un golpe certero, uno mortal. Que mi cuerpo aguante la caza, que la presa no escape. Y si mis heridas son demasiado grandes, por favor concédeme paz y honor en la muerte.

David abrió el ojo, y la vio a través del espejo de la pared. Se levantó, apoyándose en su extraña y avanzada prótesis, y se volvió hacia ella. No esperaba que apareciera así, sin llamar, en el camarote que le habían prestado. Y mucho menos tras tanto esquivarla, y justo en medio de su sesión de rezo. Quizás había preguntado fuera, a aquellos dos mastodontes embrutecidos que seguramente seguirían jugando, y le dijeron que podía ir a hablar con él. En realidad, tampoco tenía nada mejor que hacer, salvo acostarse, y el sueño seguía sin acudir a él, por muy tranquilo

que estuviese.

Le olió a alcohol nada más entrar. Eso le resultó muy extraño, la Dreston que recordaba nunca bebía cuando salía de un planeta. Se preguntó qué estaría buscando. Lo sospechaba, pero esperó equivocarse. Ahora que su ánimo estaba tan tranquilo, tan sosegado, no quería una pelea. Los Zastak creían que repetir los rezos traía mala suerte.

Tenía gracia. Ella parecía estar en una hora realmente baja, pero él se encontraba en un buen momento. En su mejor versión de los últimos tiempos, sin fantasmas ni sentimientos dañinos. Ni siquiera hacia ella.

—Hola, Kiara. ¿Puedo ayudarte?

—No... no sabía que fueras religioso.

Nunca lo había sido, pero las cosas cambiaron durante su estancia en Xacelsis. Aprendió cada detalle sobre los Tiempos Antiguos de los Zastak. Los modos, las costumbres, el funcionamiento de su peculiar sociedad. Por supuesto, acabó descubriendo su religión monoteísta cuando le invitaron a participar en los ritos. No pudo negarse por una cuestión de honor, así que al final... acabó empapándose de sus creencias. Asumía que los famosos *territorios de la caza eterna* del Uniarca Elemental no se pensaron para un vulgar humano como él, pero no podía negar que el rezo le ayudaba a sobrellevar su pesada existencia. Después de todo, el propio Hussman cazaba, igual que esa deidad y que su fascinante pueblo.

No se avergonzaba de aquella peculiar faceta suya.

—Y no lo era. La soledad da una perspectiva diferente del universo. Sin embargo, algo me dice que no has venido aquí a por un debate teológico. Deben quedar casi doce horas para alcanzar a *Helios*. ¿Ha sucedido algo?

—Sí. Que te perdono. De todo corazón.

De acuerdo, le quedaba claro. Como en situaciones anteriores, estaba en medio de una catarsis que la llevaba a buscarle. Quizás se arrepentía de no creerle, o tal vez le daba miedo que no volviera. Eso último era bastante razonable dado que, incluso contando con *Arcángel*, las posibilidades de que no regresara eran tirando a altas. Por eso mismo le cedió sus archivos para que los custodiara. La corsaria llevaba razón, sería mejor la mitad que nada.

Si bien seguía sintiendo algo profundo por ella, su calma le permitía sobrellevarlo con mucha entereza. Sus despedidas siempre terminaban mal. Por eso, precisamente, había tratado de permanecer alejado. Se dio por aludido en cuanto charló a solas con Pierce. Un acercamiento los dañaría a los dos. Lo mejor sería ser equidistante.

—No busco absolución, Kiara. Os agradezco, como he repetido muchas veces, que me llevéis. Que queráis estar ahí cuando me enfrente a mi némesis. Creí que lo haría solo en compañía de mi nueva montura.

Kiara ignoró el agradecimiento.

—Lo he pensado, y mira, olvidaré que me engañaste. Pasaste meses con otra persona, y yo ni siquiera respondí a tus correos. Podría haber estado muerta.

—Y yo te repito que —Dreston sufrió una arcada—. Que nunca lo hice.

—Ahórratelo. Yo también tuve mis chicos.

Aquello le dolió tanto como la primera vez que le dijo que no confiaba en él y que su palabra no valía nada. Podía pasar por alto, al menos de momento, que le mintiese acerca de Alessa. Incluso que hubiese estado con otros hombres, dado que él estuvo desaparecido varios años de

cara a la humanidad. Pero no iba a consentir que le cargara con las mentiras de esa traidora, porque una de las dos razones por las que quería regresar, era matarla.

Tenía que mantener ese objetivo lo más pulcro posible, no buscando venganza, sino tratando de hacer justicia. Con MD, Mike, Circe y los demás. Incluso con algún renegado que él desconociera, y que no entrase en la categoría de *enormes hijos de satán que merecían la muerte*.

—Olvida lo de tus ligues. Me da igual. Sin embargo, desconfías de mí, capitana. Y eso me importa. O solía hacerlo, antes de que se me cayeran partes de mí mismo durante...

Dreston recortó la distancia con él, y le rodeó con los brazos. Sin la *Pretor*, sus alturas resultaban tan parejas que ni siquiera pudo estirar el cuello para que no le alcanzara. No se resistió, solo continuó contemplándola. Las últimas dudas sobre qué pretendía se disiparon. No se dejaría arrastrar, porque no estaba bien. Debía centrarse únicamente en la misión, que podía suponer la salvación de la humanidad. Seguir el rastro. Que ella fuese el catalizador que le convenció para continuar con su senda no debía ser una excusa. Si exigía a la humanidad un mínimo de decencia, qué menos que empezar por él mismo.

—Has bebido, Kiara. Me imagino lo que pretendes, y la respuesta es no. Me estaría aprovechando de ti.

—He parado antes de desplomarme porque Teresa se ha metido por el medio. No podía bajar sobria a decirte esto. Me estabas evitando antes de *marcharte a cumplir tu destino*, y no lo soportaba. Tenía que hablar contigo, o caer inconsciente para no verlo.

Se preguntó si la primera oficial habría hecho algo más que quitarle la botella. A pesar de que no estaba nada orgullosa de su pasado, ya sabía que era una buena persona. Por eso le dio el inmenso voto de confianza de proteger a su capitana de Fourier, mientras él no pudiese hacerlo. Quizás entendía que Kiara necesitaba una despedida de aquellas características. Sentía discrepar.

—Igualmente, la respuesta es no.

—Me da lo mismo. Puede que esta sea tu última carga, caballero suicida. Así que antes de que te marches en pos de la muerte, debo confesarte que te quiero.

El renegado gripó por completo. No esperaba aquello, imaginaba que únicamente querría desquitarse con él. Cerrar el capítulo, arrancarse la espina. Tanto tiempo solo, pensando en ella, en que Alessa destruyó lo que pudieron tener. En que su última oportunidad de volver a amar murió con Circe. Y ahora, prácticamente al final, descubría que le correspondía. Que no era solo la fantasía de un inadaptado con una educación sentimental entre deficiente e inexistente y una enorme cantidad de traumas sin resolver. No. Ella. Le. Quería.

Se preguntó si el Uniarca Elemental habría escuchado sus plegarias. Las más íntimas, las que ni siquiera expresó rezando, porque yacían tan dentro de él que no se atrevió. Necesitaba oírlo de nuevo.

—¿Puedes repetir eso último?

—Que te quiero, imbécil.

—Y... y yo a ti. Pero no creo que... sea un buen momento. Es probable que yo...

—Regresa. Me importa una mierda que hayas llamado a la Flota, al Emperador de Solaria o a esos sabuesos tuyos. No te dejaré escapar una tercera vez.

—Cuarta.

—Claro, como que voy a ponerme a contar con la que llevo encima. ¿Y tú me perdonarás?
¿Volverás a por mí?

—Lo intentaré.

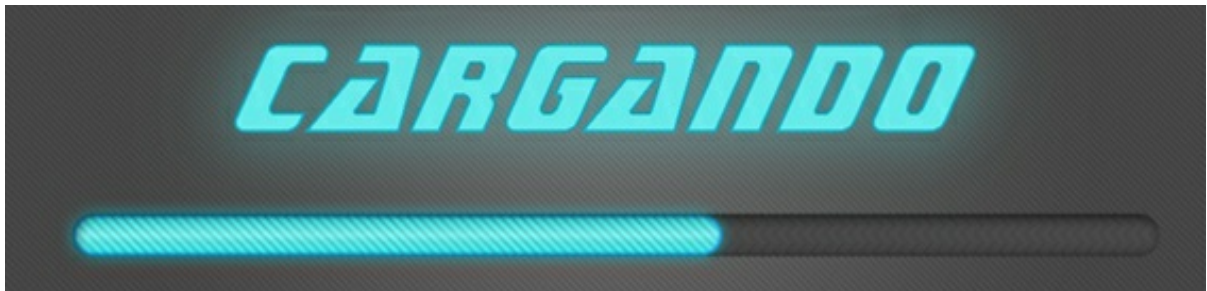
—Teniendo en cuenta que eres inmortal, como dice Teresa, me vale.

Cuando sintió los labios de ella sobre los suyos, la paz gris de su mundo desapareció. El beso deshizo definitivamente la pérdida, el dolor. Alejó a los amigos muertos, a los abandonados. A la gente que falleció por su culpa, aquellos cuya sangre le manchaba las manos. El horror de los caníbales. Ya no había Cruzada, Gran Extinción, ni cíborgs. Tampoco *Helios*, ni misión. Tan solo el suave tacto de la mujer a la que amaba y por la que se sintió decepcionado.

Ese amor era el motivo por el que quería salvar a la humanidad. Por Kiara Dreston.

No. No podía fracasar. Debía recuperar esos archivos, y luego encontrar a Fourier y hacerla pagar, eso estaba claro. *Arcángel* moriría en su lugar, como un auténtico héroe, un mártir, para que pudiera terminar sus tareas. Y luego... luego escaparía milagrosamente por última vez de la venganza de la Flota.

Quizás, y solo quizás, habría un futuro. Uno que le pertenecía, después de cumplir sus juramentos. Y esa pequeña esperanza, por triste que pudiera parecer, era la primera que tenía para sí.



Llamando a la puerta del castillo en ruinas

Apagó la alarma con un comando de voz. Apartó las sábanas con mucha delicadeza, volviendo a cubrir el cuerpo desnudo y suave de su amada y aguerrida corsaria, que todavía apestaba a alcohol. Ella se arrebujó al notar el frío de su marcha, pero no se despertó de su sueño profundo y tranquilo.

Se sentía en plena forma. Descansado, en paz. Mentalmente centrado, como si hubiese cerrado un círculo. Los Zastak llamaban a aquella sensación *natirh*. Según el Viejo Gris, el término venía a significar *beber de un agua pura y fresca*. Sonrió. Quizás su amigo le tomó el pelo, inventándose la palabra. O tal vez, se lo contó porque le venía como anillo al dedo.

Encendió una luz tenue del camarote, la nocturna, que le permitió recoger las prendas que se quitaron el uno a la otra. Las suyas las metió de cualquier forma en una mochila de la que sacó su traje de salto. Las de ella las dobló con sumo cuidado, dejándolas en los pies de la cama. Esperó que la reconfortaran nada más levantarse. Pensó en escribirle una nota, pero tuvo una idea mejor.

Se puso el traje y la armadura, guardando la prótesis junto a la ropa. Luego, se colocó el armamento. La pistola en la cadera, el fusil a la espalda, las granadas y la munición en el cinturón, el equipo auxiliar en una bandolera. Magnetizó el casco junto a los cargadores y repasó el camarote tratando de no dejarse nada. Quedaban dieciocho minutos para la llegada, así que tras bajar los lúmenes al mínimo y reducirlos a una agradable penumbra, se marchó. Pensó en besar la cabeza de su querida Kiara, pero la experiencia le decía que no era la mejor de las ideas.

Encontró a *Arcángel* en la bodega de proa, jugando a lanzar la bola al aro. Tras tantas horas de práctica, era capaz de colarla tirando desde una punta a la otra y encestar limpiamente. No vio al gigante, estaba seguro de que se habría marchado hacía bastante rato. Las inteligencias artificiales no se cansaban.

—Te veo en forma.

—Joder, vaya que sí. George es un tipo magnífico. Menuda paliza me ha dado. No se fue hasta que no aprendí cada truco que pudo enseñarme. Va a dormir poco antes del baile, me temo.

—¿Qué tal vas?

—He rellenado mis depósitos de *Helio-tres*, pasado los diagnósticos, comprobado armas y munición, repasado el plan, revisado la mochila propulsora, recompilado mis subrutinas de ciberguerra y aprendido a marcar triples desde aquí. Diría que estoy hecho un hacha. ¿Has descansado algo?

—La capitana me... ayudó a dormir. Le dijiste que viniera a verme, ¿verdad?

—Pensé en alegar que estabas ocupado, pero me he dado cuenta de que su presencia en realidad te calma. Es tu *ghashi*^[1], mi señor. No tengo ninguna duda, tras estos días a bordo. Quizás yo estuviera equivocado, y no debas dejarla escapar. ¿Sigue en el camarote?

—Sí. Aparquemos el tema, porque tengo que subir a la cabina. Te enlazaré. Espero que nos encontremos alguno de nuestros siete escenarios, y no otro.

—De acuerdo. Me coloco en posición, sitúo la grúa y te espero. ¡Pasa esa mochila!

David se la lanzó a la armadura animada, que la atrapó al vuelo y se la coló dentro de la cabina. Luego le señaló con el dedo inmenso, y recogiendo la pelota que rodaba por el suelo, fue capaz de hacer un lanzamiento de espaldas y encestar. Joder. Sí que había practicado.

Su sonrisa se fue desdibujando a medida que abandonaba el pasillo, subiendo las escaleras del salón. Se encontró a Pierce y Teresa, hablando en voz baja. Les dijo que Kiara seguía dormida, y le preguntaron si estaba bien. Les respondió que sí, que solo se pasó demasiado con la bebida. Los otros le miraron de forma reprobatoria. Seguramente no les haría mucha gracia que hubieran pasado la noche juntos.

Justo en ese momento, el providencial piloto los llamó a la cabina, porque llegaba la hora de la reentrada al espacio normal. Acudieron juntos, a paso ligero, y la primera oficial los sobrepasó para ocupar su asiento cuanto antes. El joven Trevor tenía cerrada la mampara del puente, un detalle muy inteligente si consideraban que un asteroide que no figurase en las cartas de navegación podía llegar a interponerse entre ellos y el punto de reentrada.

Él se magnetizó al suelo mientras el mecánico se ataba y los otros dos corsarios, ya sujetos, comprobaban que los sistemas estuviesen a punto. Los enumeraron y evaluaron, asegurándose de que los escudos frontales recibían energía extra para desviar meteoros errantes y de que su estela fuera lo más tenue posible. El radar emitiría un solo barrido activo que buscaría enemigos y objetos flotantes, y luego pasaría al modo pasivo. La detección de esa forma sería probable, pero les permitiría escabullirse en cualquiera de los anillos de hielo o roca sin demasiadas dificultades, siempre y cuando no entraran en los escenarios a partir del cuatro.

Se notó la deceleración progresiva de la nave, y las cámaras exteriores les mostraron en el holograma principal de la cabina cómo las estrellas se acortaban y abandonaban el *Pulso* a una velocidad que habría asombrado a los habitantes de la Vieja Tierra. Entraron por encima del plano de la elíptica, de forma oblicua, a unos sesenta y siete grados. Efectuaron el barrido único, y el esquema del sistema se delineó de inmediato.

Encontraron lo que esperaban. Cerca de uno de los anillos más interiores de roca se dibujaron montones de naves, centenares en realidad, que debían corresponder a la flotilla de la *Risingsun*. A esa distancia era poco probable que detectaran el *eco* de *Pulso* o incluso una sola pasada activa, salvo que tuviesen muy mala suerte.

Will comentó que habían fallado un pedrusco considerable por poco más de unos miles de kilómetros, y que el escudo desvió al menos una veintena de fragmentos de entre uno y tres metros que el susodicho arrastraba, sin sufrir una degradación reseñable. De repente, emitió un sonido de sorpresa y miedo.

Siete radares activos rebotaron contra el casco, y sus dueños aparecieron en el esquema como puntos rojos. Eran un portanaves^[2] y media ala de cazas, que vigilaban el límite exterior en aquella zona. La habían elegido porque era improbable que nadie la tomase en serio, se trataba de una ruta absurda que requería un salto de *Pulso* intermedio en mitad de la nada. Iban desviados una barbaridad de espacio respecto a la entrada lógica desde cualquier estrella habitable cercana.

—Mierda. Nos han pillado. Están cambiando su vector, ¡vienen hacia aquí!

—Yo correría, porque por la velocidad y el tamaño, parecen interceptores —Teresa se volvió en dirección a David—. ¿Qué dice el experto?

Hussman se acercó a ellos, contemplando con su ojo los esquemas y diagramas. En cuestión de unos segundos, otros escáneres de largo alcance se dispararon desde varios puntos más del sistema. Sí. *Helios* no estaba con la guardia baja, y eso anulaba los primeros tres escenarios. El portanaves empezó a lanzar cazas de alerta. Los contactos rojos se reflejaron en el radar.

—Haz una llamada en abierto. Largo alcance, a máxima potencia.

—¿Y qué vamos a...?

—Confía en mí. Pon el altavoz, y así lo oímos todos.

La primera oficial configuró la antena lo más rápido que pudo y, alargándole unos cascos inalámbricos con micrófono a David, le levantó el pulgar para indicarle que estaba en el aire. Él se colocó la diadema, cruzándose de brazos.

—Al habla el excoronel David Hussman. Estoy a bordo de la corbeta que acaba de entrar en el sistema, y desearía contactar con *Helios*. En persona, y sin intermediarios. Advierto a quienes pretendan detener esta señal de que es probable que su dios estelar se enfurezca si no le pasan la llamada.

Hubo unos instantes durante los que no sucedió nada. Ya había dos alas de cazas en el aire, además de otra media de lo que parecían bombarderos, que no variaban su rumbo ni un ápice. Si les permitían seguir acercándose, no podrían escapar sin pelear, y el *Pétalo Danzarín* no estaba preparado para luchar contra tantísimos enemigos.

—Voy a ir calculando la ruta de... —Will se interrumpió—. Ostras. Mirad.

De repente, los interceptores que iban en cabeza se desviaron de su rumbo. Giraron los grados necesarios para empezar a volar en círculos, y el resto de los enemigos los imitaron al alcanzar sus coordenadas aproximadas. Los treinta cazas y bombarderos se quedaron en espera. El indicador de comunicaciones de largo alcance se encendió, y Teresa se volvió de nuevo hacia el renegado, mientras el mecánico se desabrochaba y se ponía en pie.

—¿Contestas tú?

David asintió.

—Hussman al habla.

Lo que emergió de los altavoces no se asemejaba a nada que ninguno de ellos hubiese escuchado jamás. Sonaba como un coro disonante, un millar de personas hablando o chillando a la vez. No parecía un dios furioso, similar al Avatar que Kiara y el renegado confrontaron en Recnis. Era otra cosa, el lamento de los condenados hecho sonido, el tormento de cientos de almas sentenciadas a pasar la eternidad en un sufrimiento interminable y agónico.

—*¿Cómo osas venir aquí, blasfemo?! ¿Es que acaso crees que soy una deidad piadosa, que te perdonará por tus innumerables pecados?! ¿Que olvidaré a cuantos de mis fieles has asesinado, la cantidad de planes que has arruinado y subvertido?! ¿Deseas charlar conmigo, archihereje, sin que te atormente, castigue y te use de ejemplo?! ¿Qué pretendes, débil y patética criatura orgánica?!*

David arqueó la ceja buena. No le sorprendía en absoluto la reacción, aunque tuvo que reconocer que aquel montón de chatarra se superaba a sí mismo con un despliegue de sonido tan convincente. Por lo que pudo ver, ni siquiera el habitualmente estoico Pierce podía permanecer impasible escuchando la voz. Pero él, que llevaba buscando aquel momento tanto tiempo, no se amedrentó. Descartaba el escenario siete. Buf.

—Tu enemigo más encarnizado te saluda, poderoso *Helios*. He venido aquí a bordo de una nave contratada, que...

—*¡Ahórrate el tiempo de llamarme estúpido, infeliz!! ¡Sé que se trata de la corbeta de tu querida Kiara Dreston, quien también ha de pagar por sus crímenes ante mí!! ¡Has escogido mal tus movimientos, caballero errante!!*

—En absoluto. Podría haber llegado encadenado, a bordo de un inmenso contingente de

batalla de la Cruzada. Pero aquí estoy, solo. Mis aliados únicamente me han traído hasta tu guarida, y luego se marcharán.

—¿Acaso me crees tan estúpido de permitir semejante insulto?! ¡¡Ninguno de vosotros saldrá de aquí, pues os espera un tormento eterno!! ¡¡Llevo muchísimo tiempo anhelando tu captura, archihereje!! ¡¡Hoy no escaparás!!

—Basta de rodeos, falso dios. ¿Quieres saber qué he venido a hacer a tu reino en ruinas? —Hussman frunció el ceño—. Te desafío. Te reto a derrotarme en combate individual, uno a uno. A demostrar a tus fieles, que siguen escuchando esta llamada en abierto, que eres capaz de vencerme.

De repente, tuvieron que taparse los oídos. Una cacofonía de risas, alaridos de agonía y ruido de estática saturó el canal, metiéndose en los agudos de una forma tan elevada que a punto estuvo de reventarles los tímpanos. Era un sonido cruel, cargado de una maldad tan tangible que les helaba la espina dorsal.

—¿Quieres capturarme, o no?! —Aulló David, tratando de sobreponerse al ruido infernal—. ¡¿Es que acaso el poderoso *Helios* tiene miedo del mortal que rechazó sus implantes?!

La risa cesó, sustituida por un zumbido grave. Ese sonaba como un gruñido, semejante al de una bestia hambrienta y salvaje. Algunos cristales vibraron durante unos instantes, y luego les pulsaron los órganos internos. Daba igual que intentaran bajar el volumen, la señal lo compensaba automáticamente y seguía en el mismo tono.

—¿Cómo te atreves, escoria atea?!

—Ya me has oído. Te reto. Eres un dios falso. Demuestra que me equivoco.

De repente, los cazas en el radar hicieron ademán de ir hacia ellos.

—Ah, claro. Nos destruirás usando a tus siervos. Sabía que no te atreverías a enfrentarte al cazador de Dragones Estelares.

Los treinta enemigos volvieron a su formación, volando en círculos.

—¿Es que acaso crees que eres un reto para mí?! ¡¿Cómo ibas tú a vencerme, siendo un simple mortal?!

—Te abordaré, llegando hasta ti en mi *Coracero*. En cuanto pise el hangar, lo abandonaré y combatiré a pie. Sé que puedes usar tu... esencia para llenar a tus campeones. Elige a uno, al mejor de todos. Lucharé contigo a través de él, y te derrotaré. Si me hago con la victoria, permitirás escapar a los corsarios y liberarás a cualquiera que ya no tenga fe en ti.

—¿Y si gano yo?!

—Estaré a tu merced, y podrás castigarnos como creas conveniente.

—¡Trato hecho!! ¡Ven a mí, y dejaré a tus amigos en paz mientras dure el combate!!

—De acuerdo, saldré en unos minutos, en un cohete auxiliar. No rompas tu palabra, falso dios, o todos sabrán qué clase de fraude eres. Ni borrándoles la memoria podrías ocultar una vergüenza semejante.

—¡Tus insultos solo agravarán el tormento que te tengo preparado!! ¡Ven a mí, caballero desquiciado, y te daré el escarmiento que mereces de una vez por todas!!

—Ahora mismo, monstruo. Llevo conmigo el juicio y la venganza por cada una de tus víctimas.

David le hizo un gesto a Teresa, y la primera oficial cortó la transmisión. Se le veía en la cara

que no solamente estaba atónita por lo que acababa de hacer, sino asombrosamente asustada.

—Has perdido el juicio.

—No. Es el escenario cuatro.

—Recibido —*Arcángel* contestó por el canal público, enlazado a los altavoces—. Confirmo cuatro.

—¿Esto era parte de tu plan?! —Will no podía emplear un tono de voz normal, se le veía—. ¿Tenías contemplado *insultar a una nave autoconsciente de veinticinco kilómetros* delante de sus secuaces?!

—Entre otras cosas, sí. Dama y caballeros, reitero una vez más mi agradecimiento. Por favor, os ruego que no toméis en serio la palabra de esa abominación. La ruta hacia el anillo de hielo y roca más cercano nos queda casi en vertical, así que os animo a esconderos en él.

—¿Y cuándo llegará la Flota? —Preguntó Pierce, frunciendo el ceño—. Sé que andas en muy malos términos con ellos, pero en estas circunstancias, nos hace falta su ayuda.

—Yo de vosotros, me escondería. Igual a algún oficial imbécil se le ocurre acusaros de cómplices. Si queréis quedaros a ver los fuegos artificiales, yo lo haría con disimulo. Grandullón, ¿andas por ahí?

—George escucha a David desde la torreta.

—Cuídame a esta gente, ¿quieres?

—George lo hará.

—Gracias. Adiós a todos.

Se volvió hacia la puerta y, colocándose el casco, echó a andar. Sabía que arrastraba los ojos tras de sí, pero no esperó que nadie lo detuviera. Fue Teresa quien lo llamó. Miró por encima de su hombro, girándose lo justo para contemplarla por lo que podía ser la última vez.

—Eh, caballero loco.

—¿Sí?

—Que el espacio te proteja.

—Y a vosotros.

Abandonó la cabina con paso decidido, con el sonido de muchas voces atronándole el cerebro. A cada metro escuchaba a Helena diciéndole que le quería, la risa de MD. Las palabras dulces de Circe, las bromas de sus compañeros de escuadra muertos. Los gemidos de desesperación de los refugiados, las duras penas de los supervivientes de Xacelsis. A su manada. A Samus y Viejo Gris. A Théodore y EVA, a Gregor. A Justice, a la capitana Tess, a la doctora Amprosi. Incluso a su familia biológica. Y, sobre todo, escuchaba la voz de Kiara.

Que te quiero, idiota.

Era la hora final, el momento de cerrar el círculo. Tocaba regresar victorioso, porque en cuanto el Dragón yaciera muerto a sus pies, empezaría la siguiente batalla. La que, esperó, sería la última antes de quedar libre de sus cadenas. De poder aspirar a un poco de felicidad.

De repente, se dio cuenta de que casi atropella al mecánico. Debía haber tomado la ruta de la subcubierta de ingeniería para adelantarle y cortarle el paso. Resoplaba, y fruncía el ceño.

—Déjala tranquila.

—¿Disculpa?

—Sé que no es el mejor deseo para alguien que se marcha a morir, pero es el que creo que te has ganado. Si consigues salir con vida, no regreses a por ella. Ni te imaginas lo mal que lo ha pasado por tu culpa. Renunció a ser feliz con un hombre estupendo porque creyó que podías seguir con vida. Por ti.

David arqueó las cejas, sorprendido. No esperaba que fuera a decirle aquello después de los últimos días siendo amable. Sabía que Trevor era una buena persona, un tipo magnífico y entregado a los suyos. Si tenía que ser sincero, le dolió.

—Le di mi palabra de que lo intentaría.

—No es la primera vez que faltas a ella. Si la quieres, hazlo una vez más.

Molesto, desenganchó el aparato toscamente remendado que llevaba a la cadera, y se lo tendió. A decir verdad, no le apetecía tolerarle un insulto a aquel hombrecillo, por majó que fuese en general. Especialmente, porque escuchaba la viperina voz de Alessa tras sus palabras. Seguía con ganas de asesinarla con sus manos desnudas, y no podía distraerse ni un ápice.

—Dáselo.

—¿Qué es esto?

—La última voluntad de un hombre que, como dices, va hacia la muerte. Me pondrá en contacto con ella si por un milagro se levanta en los próximos ocho minutos. Solo le diré adiós. En caso contrario, contiene un mensaje pregrabado.

—La dañarás otra vez.

—Pues no se lo des, Pierce. Imagino que me detestas por lo que le pasó a tu familia. Lo entiendo y lo respeto. Por mi parte, te tengo en alta consideración, sin intención de que sea recíproco. Sé que eres algo parecido a otro padre para ella. Elijas lo que elijas, estoy convencido de que será lo mejor. Pero entiende esto: yo también he sentido esa devoción parental por alguien. Y a veces, la decisión correcta es la que duele.

—No creí que fueras a darme una lección de paternidad. Kiara tenía razón. Estás loco.

—Es una suerte que mi defunción sea inminente, ¿no crees? —La sonrisa de David descolocó al mecánico—. Por si te sirve de algo, siento mucho cuanto he hecho pasar a tu familia. Cuídalos bien, señor Trevor. Hasta otra.

Lo rebasó sin darle tiempo a replicar de nuevo. Se introdujo en la bodega de proa, cerró la puerta y tecleó el código de despresurización. Si bien era cierto que tardaría un par de minutos en prepararse y otros cinco en acoplar la mochila, no le apetecían ni más retrasos ni regañinas de última hora. Era su momento. No debía distraerse.

Tras subir a *Arcángel*, le contó lo que acababa de suceder. La IA gruñó, observando que el respeto a los mayores era esencial, pero que discrepaba del criterio de Trevor. Luego le dijo que lo importante ahora era la caza, y se colocaron en posición, bajo la grúa. El hangar empezó a retirar el oxígeno hacia los tanques, mientras el enorme aparato descendía sobre la chepa del *Coracero*.

Llamó a la cabina, y les dijo lo de la red de satélites. No solo quería que lo vieran marchar, sino que lo grabaran para la posteridad. Por eso, robó una pequeña constelación de repetidores de comunicaciones que le permitiría retransmitir lo que vieran las cámaras exteriores de su armadura. Quizás era un gesto de vanidad, o la necesidad de una pequeña aprobación ajena. En realidad, no serviría de nada, incluso si vencía, más allá de ser un archivo histórico. Je. Quizás así algún incrédulo de la Flota comprendería lo chalado que estaba.

Poco a poco, fueron ajustando los sellos a los puntos de anclaje fijo de la armadura, asegurándolos y verificándolos. El enorme robot se dobló bajo el peso del cohete, que sería irrelevante una vez que salieran al espacio. Esperó que funcionara. Habían revisado aquel cacharro una veintena de veces, y de todo su disparatado plan, seguía siendo el punto más oscuro y susceptible de fallo.

Dieron, juntos, los primeros pasos hacia la rampa de proa. Se abrió en el silencio de la nada, permitiendo que escapara el calor, que entrara el glaciador abrazo del vacío cósmico. David contempló las estrellas, la eternidad en la que nació, y cerró el ojo tomando aire dentro de su casco.

Vio, durante un instante, a Helena asomarse a la nada en su propio *Coracero*. La máquina, rasgada por el disparo letal de Klaus, ni siquiera debería haberse mantenido en pie. Sintió una punzada de tristeza al ver que su novia muerta le saludaba haciendo un gesto de respeto con su descomunal espadón a dos manos, muy superior al que él llevaba sujeto a la cintura de la armadura pesada.

De repente, el comunicador pitó, y se encendió una imagen de alta prioridad en el *Portlex* frente a su ojo izquierdo. Era Dreston. Su capitana tenía un aspecto horrible, demacrado, de recién salida de la cama. A pesar de todo, seguía viéndola hermosísima. Le habría encantado contemplarla así al despertar cada mañana durante el resto de su vida.

Miró afuera. Helena había desaparecido.

—Cuánto me alegro de que hayas despertado a tiempo.

—¿Ibas a irte sin una despedida?!

Él sonrió. Esperó que se tomara el comentario a bien.

—No quería que trataras de detenerme. Además, siempre que digo adiós a alguien con un beso, suele ser por última vez. No me gusta el patrón.

—Al final vas a hacerlo de verdad.

—Sí. Pienso cargarme a *Helios* y volver.

—Ohoho, ya lo creo que lo harás —Quizás no era la forma más bonita de revelar la verdadera naturaleza de *Arcángel*, pero le encantaba que su compañero fuera tan directo—. No te preocupes, capitana. Lo reventaré y tendrás a tu caballero de vuelta.

—¿Qué narices?

—Tranquila, Kiara —David seguía sonriendo—. Te prometí que intentaría regresar. Y lo haré. Escondeos bien, no sea que *Helios* cambie de opinión. Poneos a salvo.

—¿Que qué?

—Te quiero. Volveré a por ti, te digan lo que te digan.

Arcángel trotó por su cuenta y encendió la impulsión a máxima potencia nada más abandonar la zona de gravedad del *Pétalo Danzarín*. Rotó sobre sí mismo, y tomando un vector completamente diferente al de la nave, aceleró hasta un límite absurdo.

La comunicación carraspeó y se cortó. No estaba seguro de que hubiera oído la última frase, y la red que iban a desplegar durante el vuelo era de un solo sentido. Su compañero sintético consideró, con buen criterio, que hacerla bidireccional podía distraerle. Y en su momento, estuvo de acuerdo.

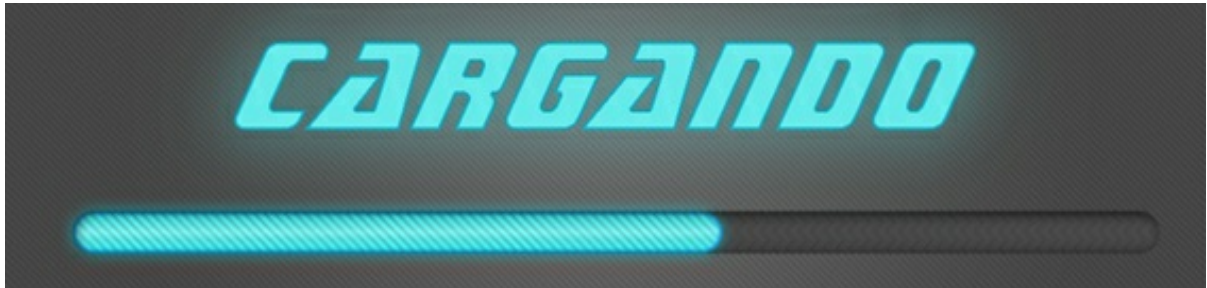
—No lo veo necesario. Ya iba a salir.

—Vamos setenta y ocho segundos tarde, mi señor. No quiero que la bestia se impaciente y decida que tu dama y sus camaradas son un plato más apetecible que nosotros, joder.

—Tienes toda la razón. ¡La presa aguarda!

—¡Y la caza comienza!

Los dos aullaron al unísono antes de echarse a reír de pura felicidad. Sí, seguramente estaba bastante loco.



El vientre de la bestia

Primera disyunción: *Helios* no nos verá venir. Falso. Eliminados los escenarios del uno al tres.

Segunda disyunción: Querrá hablar con nosotros en lugar de obligarnos a abrirnos paso luchando. Cierto. Se suprime el siete.

Tercera disyunción: Tratará de convencernos de unirnos a él. Falso. Se elimina el seis.

Cuarta y última disyunción: Aceptará el reto. Cierto. Se elige el escenario cuatro.

El espectáculo del espacio de Discia era sobrecogedor y hermoso. Millones de asteroides y cometas danzando alrededor de una única estrella, provocando miles de colisiones cada hora, proyectando un sinfín de sombras danzarinas que se solapaban unas con otras. Y todo ello en completo silencio, como corresponde al inerte y hostil entorno que es el espacio.

La mente de David ya no era un coro de voces, sino la de un depredador. Un animal que acecha a su enorme presa, sabedor de que el menor paso en falso le permitirá a esta revolversse y terminar con él.

Su sangre le hervía en las venas. La pulsión era primigenia, terrible, mucho más feroz y poderosa de lo que jamás sintió en Xacelsis. Tanto, que el renegado se preguntaba de dónde saldría. Ni siquiera todo su odio justificaba un impulso tan elemental y salvaje, que parecía manar a borbotones desde un lugar oscuro de su alma.

Tuvo que centrarse en la estela que dejaba tras de sí para que la necesidad de violencia indiscriminada abandonase su cerebro. La línea punteada del radar, constante y pulcra, consiguió que dejaran de latirle las sienes.

Los satélites diminutos se iban soltando a intervalos regulares de la mochila-cohete del *Arcángel Caído*, que volaba con alas de fuego, dispuesto a terminar con el demonio personal de David Hussman. Creando una pequeña red temporal que retransmitiría el resultado de su hazaña a los corsarios, esperando que la guardaran igual que los archivos del caballero.

La armadura pasó entre las rocas, esquivándolas gracias a su agilidad, ignoró los hielos y el deslumbrante resplandor de Discia. Los cazas de la flotilla despegaron. No tratando de interceptarlo, sino para asegurarse de que llegara hasta su vengativo dios estelar.

Helios emergió de las profundidades de su escondite cuando le quedaba relativamente poco camino. Aquel espectáculo sí que hubiera amedrentado al más pintado. Surgió de una nube de polvo y roca, dispersándola con su inmensa masa, agujereando el anillo de asteroides como si fuera la pala de un niño que juega en la arena. Primero se vio su torre del puente superior, seguramente en desuso, y luego el morro rasgó el velo marrón. Lo cortó igual que si fuera un cuchillo enfrentándose a la tela, y fue entonces cuando Hussman comprendió de dónde salió el famoso dibujo de la montaña con un ojo.

Claro, era la proa de la nave, con el hangar que tenía debajo iluminado en rojo. A algún palurdo le habría impresionado desde lejos, y aquella tostadora venida a más lo adoptó como emblema.

El veneno empezó a revolversse de nuevo en su interior al ver la luz. Sintió la pulsión más fuerte que nunca, un instinto asesino que pugnaba por liberarse. Su nariz comenzó a percibir un olor que no estaba ahí, a cobre. El aroma de la sangre. Incluso empezó a producir más saliva en cuanto su cerebro asoció la idea de matar a *Helios* con las criaturas de Xacelsis. Anhelaba despedazarlo con sus propias manos de cuatro dedos, acabadas en garras. Con unos miembros

fibrosos y potentes que no eran los suyos.

Arcángel rio nada más detectar la segunda subida de ritmo cardíaco y los demás cambios en el organismo de su señor.

—Cualquiera diría que vas a comértelo.

—Me envenenaría, con toda seguridad.

—Es más grande que esos *cuellilargos* que cazabas junto a la familia del Venerable Anciano, ¿eh?

—No lo suficiente para nosotros.

—Sé que no soy Samus, ni parte de tu manada. Pero voy a darle una patada en el culo que le costará olvidar.

La boca roja se acercaba. Inmensa, enorme, rodeada de cañones que parecían dientes ávidos de su carne. Los cazas enemigos cerraban la presa aún más a su alrededor. Su corazón se aceleró de nuevo, su pupila se contrajo cada vez más.

—No necesitas serlo. Tú eres único. Antes de que empiece la tormenta, gracias. Por impedir que desistiera, por escucharme. Por estar ahí. Jamás pensé que llamaría amiga a una IA.

—Fui creado para ello. Este es tu momento, pero también el mío. Déjame salvarte, porque tu especie depende de que hoy salgas victorioso. Fueron tus acciones las que permitieron que mis programadores sobrevivieran a la Gran Extinción. Mi sacrificio te ayudará a terminar tu caza.

—Y te honraré como a un hermano de manada más por ello. No lo dudes.

—Je. Espero que puedas. Que los ancestros nos protejan.

La señal de los satélites se cortó cuando el cohete de propulsión agotaba sus últimos estertores de combustible, y el *Coracero* quedaba atrapado en un campo de tracción pensado para naves mucho más grandes que la armadura de batalla. En el *Pétalo Danzarín* ya no sabrían qué pasó con él.

Se permitió un pensamiento final hacia Kiara y los suyos. Les deseó suerte y larga vida, y se imaginó un último beso a la capitana. Después, su armadura pesada atravesó el escudo del hangar y el rayo tractor los soltó sin más.

Hombre y máquina se recompusieron de inmediato, y la impulsión de vuelo les permitió rotar, cayendo en una posición con una rodilla en tierra en lugar de hacerlo de frente. También soltaron la mochila propulsora de golpe, así que cuando aterrizaron lo hicieron con las alas desplegadas para frenar el descenso, mientras el complemento de vuelo espacial se reventaba contra la pista.

Cuando se alzó, el *Arcángel Caído* estaba rodeado de demonios. En el hangar se habían congregado miles de devotos de *Helios*, hileras interminables de cíborgs deformes y monstruosos en todos los grados posibles de *mecanización*. El sensor de amenazas del ordenador *Polaris LXXVIII* estuvo a punto de colapsar, así que la IA embarcada lo apagó temporalmente.

El ruido era ensordecedor. El cántico de *Soilé* atronaba el lugar, entremezclado con cientos de insultos, tiros al aire y alertas por su presencia. Las armas automatizadas los tenían fijados como blanco. Treinta y ocho en total.

—Je. Los pobres diablos nos han rodeado. Van a recibir un poco de furia celestial.

—Lo que hablamos. Debe haber un conector en el que pueda enchufarte cerca del terminal maestro de los carriles. Al lado derecho. ¿Lo detectas?

El *Portlex* del *Coracero* hizo una búsqueda por cuadrículas, que localizaban sobre todo

rostros desfigurados y llenos de ira. A noventa y tres metros, encontraron un puesto que podía ocultarse en la pista. Estaba ocupado, con una docena de sectarios encima. Al menos, resultaba visible.

—Lo tengo. Llévame al puerto y podremos jugar la partida. Fíjate. Tiene señal. La consciencia de la nave llega hasta ahí. Es lógico. Igual propaga desde ese nodo las instrucciones con las que controla a esta turba, en lugar de las paredes o el techo. Vaya, mi señor. Tu especie hace navíos muy grandes.

Cuando se pusieron en pie, algunos de los no tan valientes fieles retrocedieron, apretujándose unos contra otros ante la visión del gigante de *supracero*. El *Arcángel Caído* aprovechó para desmagnetizar tanto la espada como el cañón de raíles de las caderas y volver a colocárselos a la espalda a la vez que replegaba las alas.

Tenía cierto sentido, porque además de ser enorme, debía encarnar al mismísimo satanás en la triste mitología de aquellos pobres desgraciados.

David graduó el tono de voz, tanto el suyo como el de su *Pretor*, y le pidió a su compañero que pusiera los altavoces exteriores a máxima potencia.

—¿Quién de vosotros, patéticos lacayos, es el campeón de *Helios*?!

Los cánticos y gritos bajaron de tono, hasta que finalmente desaparecieron. Era tal el terror que les inspiraba, la leyenda negra que había forjado a su alrededor como asesino de cibernéticos, que podía notar que hacía flaquear incluso la fe de los *padres y madres transistores*.

Cortó un instante la comunicación exterior.

—Tengo una idea. Voy a acercarte a ese terminal.

—Perfecto. Dale duro.

De repente dio un paso al frente en la dirección a la que debían ir, y señaló a los secuaces que se acurrucaban unos contra otros.

—¿Acaso eres tú, pequeñajo?!

El gesto con la manaza gigante fue genérico e inespecífico a propósito, buscando causar confusión y pánico. Los de las primeras filas empujaron hacia atrás, forzando al resto a hacer lo mismo, causando una carambola y creando un hueco.

—¿Es que te da miedo?! ¿Y a ti?! ¡Venid aquí!! ¿Dónde está vuestra fe?!

Siguieron dando pasos, buscando al supuesto elegido de *Helios*, fabricando un pasillo, navegando dentro de una burbuja hasta encontrarse a menos de treinta metros de su objetivo. Pareció tarea fácil hasta que, de repente, alguien recogió el guante.

—¡Aquí estoy, blasfemo inmundo! ¡Baja de tu armadura, tal y como dijiste que harías!

Hussman se volvió, encontrándose al elegido de *Helios*, que pretendía luchar con él. Ay. Quizás debería haber medido mejor sus palabras a la hora de desafiarlo. Cerró definitivamente el altavoz.

—Si no lo consigo, inténtalo tú mismo. Estamos a menos de treinta metros.

—Veintisiete. Calculo que la probabilidad de conseguirlo si el enemigo se percata de mi existencia, es rayana al dos coma uno por ciento. Ya no solo por las armas, sino porque *Helios* me cerraría los puertos y ya no podría entrar en los sistemas. No te olvides el conector.

Hussman lo despegó del imán con el que lo sujetaba a la cabina, y lo colocó en una cajita acorazada de su cinturón en el lado izquierdo. Era una llave pequeña, diminuta en realidad, que

enlazaba su *Coracero* con cualquier puerto disponible. La fabricó el propio Centinela Catorce, y se reconfiguraba sola en cuanto entraba en contacto con un conector. Mutaba, la boca estaba hecha de un extraño metal moldeable capaz de cambiar.

La cabina se abrió, y David saltó al suelo, ante su rival. La muchedumbre se asombró de que no fuera la criatura gigante, sino tan solo un hombre tuerto que manejaba una máquina. No polarizó su careta, quería que aquellos necios vieran el ojo cibernético que pidió que le arrancaran, la herejía infame de la que le acusaban.

Levantó la vista. El campeón era algo horroroso, una abominación inmunda que encima suponía una burla estridente hacia él. Por la primera mujer que perdió en Recnis, y a la que él mismo mató sobre una camilla, Keirmann.

Se trataba de una armadura exploradora *Jaguar*, cuyo piloto se había fusionado con los sistemas. El torso amputado seguía empotrado en la cabina, con la carlinga ausente. Su carne recrecida sobresalía por las juntas originalmente mecánicas, deformando las manos del ingenio de guerra hasta lo grotesco. Los dedos eran garras, e iba mucho más blindado de lo normal. Tan solo el ojo izquierdo y parte de la nariz seguían expuestos. Lo demás eran chapa y tumores integrados.

De repente, la criatura convulsionó. Se llevó las manos monstruosas a la cabeza ridículamente pequeña, hasta que un instante después su ojo biónico se iluminó en rojo. El otro quedó vacío, ausente. *Helios* había tomado el control.

—¿Preparado para morir, archihereje?!

—Repito ante todos tus siervos que no eres un dios. Tan solo un programa defectuoso que, en lugar de ayudar a los tripulantes de esta nave, los asesinó. Yo, David Hussman, te reto, cafetera.

Un estruendoso y grotesco alarido cacofónico fue la única respuesta que recibió el renegado antes de que el cibernético embistiera. Los secuaces del dios máquina retrocedieron aún más, ampliando el círculo para no salir heridos cuando el cazador desmagnetizó su pistola de raíles.

Saltó hacia atrás, buscando la cara del objetivo, que se cubrió con una garra mientras lanzaba un zarpazo con la otra. Luego ametralló el suelo con las armas de la cintura, fallando a David por escasos centímetros. La multitud empezó a tener miedo, y estalló el pánico cuando varias balas perdidas alcanzaron a unos cuantos.

En realidad, Hussman no se equivocó, sino que atacó a los sectarios de forma deliberada. Gracias a eso, el hangar empezó a despejarse lo justo para seguir avanzando hacia el terminal.

Desplegó su espada, y lanzó varios tajos que cortaron los tumores expuestos con el objetivo de causar dolor al anfitrión de la IA. Hubo una ligera pulsión en el ojo biológico del monstruo, así que sí que notaba el daño. Continuó disparando, y consiguió rozar la mejilla expuesta.

Mientras, la incansable máquina asesina lanzaba golpes, zarpazos o patadas. Aprovechó que se agachaba para intentar pisarlo, y cuando saltó de lado lo pateó con el otro pie.

El renegado salió despedido, cayendo al suelo con estrépito y rodando por él. La pieza del hombro y sus anclajes pasaron a un amarillo anaranjado, igual que el pecho, mientras él se resentía tanto en la articulación como la clavícula. Perdió la pistola de raíles de la mano derecha. Estaba casi sin respiración, pero a menos de cinco metros del objetivo. Plegó la espada, no le servía de nada y podría necesitarla más tarde.

Se giró un instante y localizó el enchufe universal en cuanto la retícula lo marcó en rojo en el *Portlex*. Aunque sabía que podía terminar con una costilla rota, deseó que *Helios* fuera tan

imbécil como para darle otra patada.

No tuvo suerte. Una de las garras lo enganchó de la cintura, levantándolo en vilo. Su *Pretor* chirrió cuando las uñas de *supracero* la atraparon al cerrar la presa. Alerta de integridad. Peligro de rotura. Si quería, lo partiría por la mitad.

Helios rio con crueldad, colocándole las uñas de la otra mano en el visor del casco. En cuanto apretó un poco, las primeras capas del recubrimiento se astillaron, dejando un feo pelo que ponía en riesgo el sellado estanco de la armadura.

—¡¡No eres más que un insecto!! ¡¡Te sacaré el otro ojo, y luego te iré arrancando cada miembro y apéndice hasta convertirte en un despojo!! ¡¡Y después...!!

—¡¡Los malos habláis demasiado!!

El brazo derecho de David estaba libre. Tras perder la espada, buscó un recambio en su inventario, sin encontrar nada que le convenciera. Sin embargo, una empresa de mercenarios le ofreció un complemento muy interesante que fue capaz de soldar, empleando el hueco dejado por la hoja rota como depósito de combustible. En realidad, pudo pedirles a los Zastak que la arreglaran, pero esa cicatriz era importante para Samus y no quiso deshacerla delante de él. Después de todo, la recibió salvándole.

Apuntó a la cara del cíborg, ahora muy cercana a él, y disparó la misma arma con la que había limpiado el ascensor en la sede de los *Tesurian*. Una enorme lengua de fuego abandonó su lanzallamas portátil, alcanzando de lleno el rostro expuesto. Concentró la llamarada, y tras un alarido cacofónico, la criatura lo soltó. No supo muy bien si el dolor fue tan intenso que le llegó a *Helios*, o si el huésped se liberó durante un latido tratando de que no lo incinerase. Le dio igual.

Corrió hacia el terminal, y sacando el conector, lo colocó en el hueco un instante antes de que le cayera otra patada lateral. La coraza de la *Pretor* de caballero se agrietó, y salió despedido de lado, raspando el suelo con la espalda. Antes de que pudiera levantarse, su enemigo ya le había puesto un pie encima. Empezaron a crujir tanto él como la armadura. Gimió de dolor mientras le aplastaba.

Su enemigo era ahora un trozo de calavera ennegrecida, enganchada a un montón de implantes. El fuego ardía todavía, quemando los tumores exteriores. Estaba muy cabreado.

—¡¿Listo para morir, metasabandija?! ¡¡Estás solo, nadie puede ayudarte!!

Una notificación se encendió en su *Portlex*. Era una carita feliz, el ancestral símbolo de una sonrisa que se construía con dos puntos y un paréntesis.

—Me temo... chatarra... que quién ya no está solo... eres tú.

Libre de la necesidad de disimulo, David lanzó a su *Coracero* el comando preprogramado por *Arcángel*. La armadura de batalla recorrió el espacio que la separaba de él en un santiamén, golpeando con la espada a dos manos al *Jaguar* cibernético. La enorme diferencia de masa lanzó al engendro por los aires, lejos de él, que trepó como pudo de vuelta a su montura.

El elegido de *Helios* se volvió furioso, abollado y malherido, acusándole de tramposo y de ruin. Le importó poco, después de que la IA hubiera aparecido con una pistola en un duelo de cuchillos.

El monstruo le señaló, y las torretas del hangar le apuntaron de inmediato. Pero no a David sino, para sorpresa de la nave viviente, al *Jaguar*. El estampido síncrono de treinta y ocho cañones de raíles convirtió al engendro renqueante en un cráter.

Sonrió, mientras los miles de sectarios que invadían el hangar caían al suelo, retorciéndose de

dolor con las manos en la cabeza.

—Estoy dentro, y le he pillado con la guardia baja.

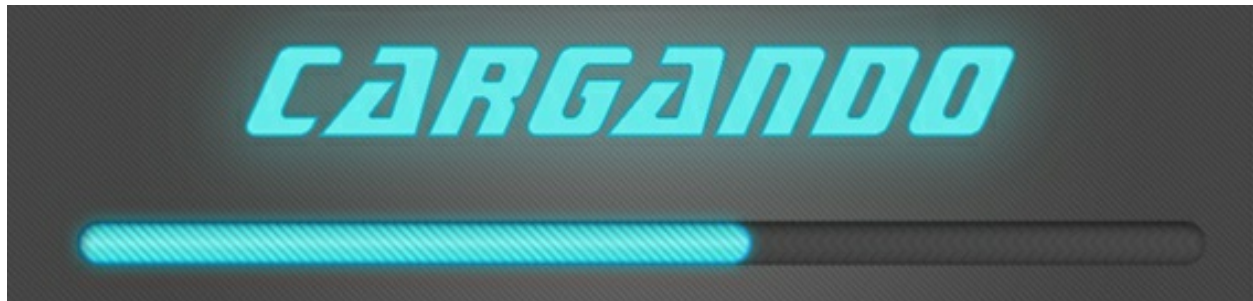
—Lo he notado, sí.

—Eres una magnífica distracción, mi señor. Con tu permiso, voy a empezar a destrozar cuanto encuentre. Te he localizado los archivos en una antigua zona muerta. Intentaré despejarte el camino.

—Gracias, amigo mío. Mándalo al infierno.

Un indicador virtual que simulaba una flecha tridimensional con una distancia en metros apareció en la pantalla del *Coracero*, convertido una vez más en una máquina de guerra convencional.

Hussman echó a correr, suspirando. *Arcángel* había abandonado su montura para siempre.



El tesoro del Dragón Estelar

La carrera del *Arcángel Caído* fue una auténtica carnicería, incluso sin pretenderlo en primera instancia. David localizó su punto de salida al final del hangar, pero este era tan inmenso que tendría que recorrer casi dos kilómetros para alcanzarlo. Y, por descontado, el lugar estaba a reventar de sectarios cibernéticos.

Cortocircuitados y confusos, muchos no hicieron ademán de apartarse cuando la colosal máquina de guerra se precipitó a la carrera sobre ellos. El impacto de la inmensa masa del robot los lanzaba por los aires, los aplastaba o apartaba con extrema violencia, como si un *aerocoche* los hubiese embestido.

Pasados unos cuantos segundos, David se dio cuenta de que el golpe inicial del ciberataque empezaba a disiparse. Algún que otro enemigo fue capaz de ponerse en pie y dispararle con un arma ligera, o trató de interponerse fútilmente intentando detenerle, siendo arrollado sin compasión. Por fortuna, a los fieles del falso dios-máquina les resultaba más complicado recuperarse cuantos más implantes tenían.

Arcángel le fue informando casi a tiempo real de los sistemas que controlaba, generando una lista tan larga en su pantalla lateral que le resultó imposible leerla. Incluso de haber tenido mucho más tiempo y toda su atención, el registro crecía a más velocidad de la que cualquier humano podía procesar. El resumen corto era que le causaba muchos daños. Masivos, al pillarle con el pie cambiado.

Cuando iba prácticamente por la mitad, el ordenador *Polaris LXXVIII* le avisó de que una de las armas emplazadas del techo acababa de fijarle como blanco. El peligro duró poco, porque otra rotó a toda velocidad y destruyó el cañón que le amenazaba. Sorprendido, David se dio cuenta de que *Helios* acababa de contraatacar, y que cualquier elemento subvertido por su camarada podía cambiar de manos en cuestión de un parpadeo.

A su alrededor, en un instante, se desató el pandemónium. Muchos sectarios y máquinas empezaron a luchar entre sí, mientras los demás miraban a un lado y otro, atónitos. Le quedó claro, incluso antes de ver que unos llevaban la luz roja infernal de *Helios* y sus rivales una blanca que no conocía, que el conflicto ciberespacial acababa de alcanzar el mundo real.

Arcángel había subvertido no solo los sistemas de la *Risingsun*, sino también a un número indeterminado de tripulantes, que se lanzaron de cabeza a allanarle el camino en cuanto su IA usó el programa de control mental de *Helios* contra él.

Su recorrido sangriento, arrollando gente indefensa, se convirtió en una batalla campal completamente incomprensible. Los sectarios se machacaban con las manos desnudas, se laceraban con garras implantadas, usaban puñales y disparos a quemarropa. Hubo tiros y gritos, mientras la desencadenada lucha fratricida alcanzaba el culmen y las torretas del techo abrían fuego. Contra los sectarios, tratando de abatir a Hussman, o entre ellas.

Pero también salieron a relucir no pocas armas que usaban tecnología de la Flota. Recibió señales de *Coraceros* y *Jaguares* que solicitaban unirse a su escuadrón, soldados de infantería cibernética e incluso mecas de guerra. En cuestión de unos instantes en los que el propio David no supo muy bien qué sucedía, su interfaz se reconfiguró sola, y era de nuevo coronel. O general, habría dicho, viendo la cantidad de personal que *Arcángel* puso a su disposición.

Su rol pasó de un combatiente al de un táctico, y tuvo que refrenar la carrera en favor de un enfoque más conservador. El avance desatado se convirtió en una partida de ajedrez cuando

aparecieron coberturas del suelo, desde vulgares placas de *supracero* a torres completas a las que podían subirse francotiradores.

Hussman contuvo el aliento, avanzando sin pausa y tratando de evitar que lo destruyeran. Como si fuera una pieza clave del *matarreyes*, sus nuevos secuaces se sacrificaron para protegerlo, obligados por los protocolos de dominio que su compañero también controlaba. Le impactó especialmente cuando otro *Coracero* se interpuso en el camino de nada menos que un *Dragón*^[3] cibernético, y se autodestruyó entre sus piernas con el único objetivo de derribarlo y que no llegara a alcanzarlo.

La gigantesca armadura superpesada se desplomó encima de un grupo de sus propias tropas, incapaz de mantenerse en pie, pero siguió disparando desde el suelo, causando estragos incluso cuando le faltaba buena parte de la pierna derecha.

Dos mujeres harapientas saltaron sobre un *meca* de guerra fabricado por la *Corporación Tesurian*, agarrando el cañón de raíles de la Flota que reemplazaba al original, y desviándolo lo justo como para que fallara un tiro que de otro modo habría destruido a David. El disparo les seccionó casi todos los dedos de ambas manos, pero gracias a eso dos *mecas* ligeros de la misma compañía pudieron subírsele al grande y reventarlo usando minas magnéticas antitanques.

Más allá, un *Jaguar* muy similar al que casi aplasta a David cuerpo a cuerpo achicharraba a una multitud que se le echaba encima, incluso ardiendo, con el único objetivo de apalearlo con herramientas hasta destruirlo. Ni siquiera tenía claro si estaban en su bando o no.

Miró la ruta, asomándose por encima del último parapeto disponible. Le cayeron varios disparos de un cañón de raíles, y uno le alcanzó en un hombro, dañando moderadamente el blindaje del *Coracero*. Contó cinco enemigos de su misma talla y trece pequeños, infantería cibernética regular con armaduras *Talos*. Maldijo las factorías integradas de la nave mientras se volvía a cubrir. La chapa de cobertura se abolló repetidamente por los golpes a velocidad supersónica y las explosiones. Tuvo suerte de que fuera tan gruesa, porque el diagnóstico de daños mando la pieza al amarillo con cierto tono anaranjado, así que no sería nada recomendable exponerse a recibir otro golpe semejante.

Agazapado, volvió a mirar al lado, sintiendo rechazo y lástima a partes iguales. A unos veinte metros, tras una torre de vigilancia acorazada, un nutrido grupo de humanos aumentados se despedazaba mutuamente. Muchos de ellos estaban ya destrozados o mutilados, con unas heridas espantosas que habrían paralizado o matado a una persona normal.

Tres de ellos, con la misma expresión ausente que los títeres manejados por *Helios*, pero que llevaban luces blancas en sus pilotos de control remoto, se acercaron renqueando. Uno, de hecho, fue desintegrado por un impacto de cañón pesado un instante antes de ganar la cobertura.

Llamó a *Arcángel*.

—Estoy bloqueado. No puedo recorrer el último tramo sin que los *Coraceros* del fondo y sus escuadras de escolta me destruyan.

—Por eso te mando unos juguetes. No dispongo de recursos que te puedan abrir paso ahora mismo, pero tengo una idea, en lo que recupero el control de alguna de las torretas. Aguanta.

Una zombi sobrescrita vestida de mecánico se agachó junto al borde de la placa de cobertura, y usando su brazo biónico, empezó a cortarla. En realidad, ni siquiera tenía mano, sino un soplete de fusión que usaría para hacer sus reparaciones. Casi a la vez, dos *Coraceros* cuyos pilotos estaban horriblemente combinados con sus monturas se parapetaron a su lado.

Los evaluó de un vistazo rápido. Tras la repulsión que le causó constatar que las cabinas eran

una amalgama de cables y carne revuelta, los descartó. No le serían de mucha ayuda, porque habían recibido tantos daños que a duras penas se mantenían en pie. De ser armaduras normales, pilotadas por gente real, haría rato que estarían destruidos. Pero claro, cuando uno estaba sobrescrito por una IA, la mitad de la cabeza del piloto o la caja torácica debían ser opcionales.

—Lo importante es que no te asomes hasta que estés encima de ellos. ¿Listo?

Sonrió al entender el plan de *Arcángel*. Por algún motivo, se le ocurrió que esa idea era muy propia del supersoldado de Dreston. Quizás era algo que hizo en el pasado, y que le contó a su compañero sintético.

Las armaduras agarraron la inmensa placa al unísono, y en cuanto la mecánica cibernética terminó de cortarla, la levantaron tan solo unos centímetros del suelo. Luego, echaron a correr todo lo deprisa que daban de sí sus deterioradas extremidades.

El fuego se intensificó sobre ellos, y empezaron a recibir también disparos que venían de armas ligeras que dejaban atrás. Seguro que *Helios* acababa de darse cuenta de sus intenciones también. El control de daños le indicó que había pequeñas zonas del blindaje balístico que cedían, pero no le suponían una amenaza directa a ningún sistema principal. Sí que abatieron a sus propios secuaces a pie, cinco en total, que fueron quedándose tirados por la pista cuando sus organismos potenciados terminaron por colapsar.

Agazapados, los tres gigantes soportaron la granizada de tiros hasta alcanzar una distancia segura. Entonces, a una orden de David, lanzaron la plancha contra el *Coracero* enemigo más cercano. Este cayó al suelo, mientras los demás trataban de disparar.

Hussman pasó por detrás de un compañero, que reventó cuando dos proyectiles de los cañones de raíles antitanque le impactaron de lleno. Agarró con una mano a un enemigo que le lanzaba un puñetazo, empuñando el espadón con la otra. Le retorció el brazo igual que habría hecho con un humano, casi arrancando los servos del hombro por la suma de la tremenda fuerza y la masa.

Aprovechó el impulso para rotar sobre sí mismo trescientos sesenta grados, aplastando a tres soldados con *Talos* cibernéticas, y rompiendo con su arma ambas piernas del siguiente *Coracero* a la altura de las rodillas. Luego, cargó con la punta del espadón por delante, atravesando el *Portlex* de un tercero y triturando al piloto deforme con la descomunal hoja acorazada. La dejó ahí clavada, porque no podía entretenerse sacándola teniendo tantos enemigos alrededor.

Le robó el arma a su víctima mientras caía, disparando a la corva al que había desequilibrado en primer lugar, que trataba de recuperarse. Luego vació el cargador del cañón contra los tres enemigos del suelo y el que giraba hacia él, reventando a los desgraciados integrados en las cabinas. Todo sucedió tan deprisa que el que yacía bajo la chapa de blindaje ni siquiera tuvo ocasión de intentar escapar.

Recibió un impacto de un rifle antitanque en el frontal, de uno de los soldados. Se volvió con furia, arrojándole el arma sin munición directamente al torso. La inmensa masa unida a la fuerza del *Arcángel Caído* fueron más que suficientes para aplastarlos a él y a dos compañeros que tuvieron la pésima idea de acercarse demasiado. A sus compinches los destrozó en los siguientes segundos, sirviéndose de las cuchillas y de los pies del *Coracero*. Le era tan fácil, tan natural aniquilar a los cibernéticos sin detenerse a pensar que fueron humanos, que cualquier persona cuerda se habría horrorizado por sus acciones violentas y desenfrenadas contra unos rivales tan inferiores.

Fue una suerte que el último de sus escoltas pudiera eliminar al quinto enemigo en *Coracero*,

porque de lo contrario la cosa habría terminado mal para él. La pelea acabó en tablas cuando su deteriorado títere reventó el reactor de fusión nuclear a propósito, terminando con su enemigo y con un equipo de cinco infantes de marina cibernéticos que operaban otras dos armas antitanque. Su inmolación, seguramente orquestada por su amigo, le salvó la vida.

Se vio solo, así que recuperó su espada y el cañón del que le lanzó el puñetazo, y echó a correr, ahora llevando tres armas. La puerta del hangar se cerró tras él, ejecutando la soldadura automática de emergencia y aislándole de la batalla unos instantes antes de que las torretas disparasen de nuevo a donde estaba. *Helios* debía haberlas recuperado.

Siguiendo el plano, volvió a llamar a *Arcángel*. Su IA acababa de actualizarlo, añadiendo casi cuatrocientos metros y tres cambios de cubierta. Se imaginó que combatir de forma omnisciente en cientos de pasillos y decenas de áreas simultáneamente no debía resultar nada sencillo.

—Gracias por lo de ahí atrás. ¿Cómo vamos?

—Bien. Muy bien, de hecho. He desarbolado la defensa estelar, propagando un virus informático de mi propia creación. Muchos de los sistemas resultarán irrecuperables porque se sobrecargaron hasta reventar. Tanto los cibernéticos como los de las naves. Es un curso de acción subóptimo, puesto que podrían haber disparado contra *Helios*, pero es mejor eso que dedicarles tiempo de cálculo a costa del ciberataque principal.

—¿Vas ganando? ¿De veras?

—Por desgracia, no. El dueño de este sistema es asombroso. Ha conseguido bloquear por completo los daños en su núcleo duro, y está contraatacando en todos los frentes a la vez. No se parece a nada que pudiera imaginar. Tu especie hizo un magnífico trabajo con él, si obviamos la irresponsabilidad de permitir un libre albedrío completo a un ser sintético. Y, honestamente, siento que en esta pelea estoy limitado por mi programación. Tiene reacciones imprevistas. Diría que... orgánicas. Creativas. No puedo igualar eso.

David frunció el ceño. Le molestaba aquello, pero no por el riesgo de fracasar, sino porque si eso seguía así, el monstruo terminaría por matar a *Arcángel*. Y, fuera un programa o no, lo consideraba su amigo. Si podía, trataría de dañar a la otra IA para intentar salvarlo en cuanto consiguiera su objetivo principal.

—Hazme un resumen de estado, por favor.

La IA Zastak lo hizo. Había colonizado el centro de datos secundario, el de proa, echando por completo a la otra consciencia de él. Gracias a eso, la batalla del hangar terminaría en la absoluta aniquilación de casi todos los efectivos implicados, que no podrían entorpecer al renegado. También había desconectado las armas principales, los escudos y motores. Y la navegación de *Pulso*, que era la más importante en el contexto de su plan, estaba gravemente dañada. Perfecto. Así no escaparía.

—Mantén la capacidad de salto inoperativa todo el tiempo posible.

—Quizás no me he explicado bien. Casi he destruido el objetivo.

Hussman entreabrió la boca ante la genialidad del plan del hijo del Centinela Catorce. No subvirtió el sistema como en los demás casos, sino que usó a tripulantes sobrescritos para lanzar golpes en cadena contra todos los componentes físicos del mismo. Mediante ataques desenfrenados o directamente suicidas averió cables, salas de servidores de cálculo de ruta, generadores, terminales de estado, motores y navegación. Cuando le dijo en su momento que ese debía ser su objetivo principal, se lo tomó en serio. A *Helios* le costaría *días* recuperarse de aquel golpe y, si la traidora de Fourier hacía su trabajo, no los tendría.

Le felicitó, aunque se arrepintió de su complacencia porque un nuevo disparo antitanque le pasó rozando nada más girar la esquina. Él mismo abrió fuego, derribando al artillero y matando a varios miembros de su equipo. Tan pronto como les dio alcance, los aplastó contra las paredes y el suelo.

De repente, surgió un arma automática del techo, que le apuntó. Sorprendido, hizo ademán de hacerse a un lado para evitar el impacto de gran calibre, pero el propio cañón rotó unos grados y agujereó la pared. Luego se quedó atascado, vibrando como si quisiera ir a derecha e izquierda a la vez. Aprovechó su oportunidad y, saltando con ayuda de los cohetes de vuelo, lo agarró con una mano, arrancándolo de cuajo.

Lo arrojó a un lado.

—Gracias.

—De nada. Corre. Intentaré allanar el camino, pero no bajes la guardia, porque el control a partir de ahora estará disputado.

Hussman asintió y aceleró a cuanta velocidad pudo. Subió y bajó escaleras, destrozó puertas y armas, esquivó trampas y emboscadas. También recibió la ayuda de un inesperado grupo de insurgentes que, libres del control de ambas IAs, le abrió paso por una zona especialmente fortificada.

Aquellos infelices le dijeron que sus acciones les habían abierto los ojos a la verdadera naturaleza de *Helios*, al que llegaron a sacrificar incluso a sus seres queridos. Consumidos por la culpa y la sed de venganza, lucharon con un fanatismo imposible, terminando con sus propias vidas para asesinar a los secuaces del falso dios que tanto sufrimiento y desdicha les trajo.

David, a bordo de su *Coracero*, se detuvo un instante para jurar que la bestia caería al último y moribundo fanático arrepentido. Le dijo que no se preocupara por la muerte, porque los verdaderos dioses sí que velaban por los píos, y que les perdonarían al saber que fueron engañados.

El sectario harapiento cerró sus ojos orgánicos, y la tenue luz que tenía en medio de la frente se apagó. En sus últimos instantes, los labios cuarteados y marchitos del hombre formaron una tenue sonrisa. No creía que el Uniarca Elemental acogiese a alguien que asesinó a su manada, pero quizás en alguna parte del amplio universo sí existía una deidad capaz de hacerlo.

Mientras corría, se preguntó si él tendría algún perdón por parte del cosmos. Era un ejecutor, un asesino, capaz de traicionar a los suyos y de declararles la guerra porque no compartían su punto de vista. Seguía convencido de estar en lo correcto, pero... ¿Era aceptable bañarse en sangre? ¿Y si cuando alcanzara el más allá quien le esperaba era aquella diosa horrible que George le describió? ¿La Gran Madre de Sangre que se le apareció a Dreston en sueños sería quien le abrazara con su cuerpo lleno de cuchillas, orgullosa de sus actos?

Se sacudió los pensamientos, centrándose en la caza. En lo que su propia deidad exigía a sus seguidores. Había llegado a la cubierta del tesoro, que se ubicaba en una Zona Muerta^[4]. *Helios* habría hecho que lo trasladaran allí intentando mantenerlo lejos de los ojos y oídos de los curiosos, que después de todo tendrían acceso a parte de sus propios sistemas.

Encontró las grandes puertas cerradas. Las hojas inmensas podrían haber permitido el paso a una armadura superpesada *Dragón*, y tenían un fascinante dibujo pintado a mano sobre ellas. La hermosa obra de arte representaba un mundo desolado y muerto, quizás el odioso Recnis VII, con colores grises y verdosos. Encima de él se abría un cielo metafísico, luminoso y bello, en tono azul prístino y con reflejos blancos. *Helios* también aparecía, en el centro de la imagen en

realidad, en medio de un aura con un color dorado tan brillante que a David le pareció que el pigmento llevaba oro de verdad.

En la escena aparecían muchos mortales, humanos en su mayoría. Los que poblaban la superficie del mundo se lamentaban y lloraban, esqueléticos y enfermos, y sus rostros afectaban al espectador por el realismo de su desesperación. Los que se elevaban al cielo, con algunos implantes, iban mejorando en actitud y aspecto. Cada vez más arriba, la carne desaparecía en favor de la máquina, y la felicidad de las figuras ascendidas llegaba al extremo del éxtasis con el que los odiosos padres y madres transistores miraban a su salvador, formando una suerte de coro celestial.

David frunció el ceño mientras se detenía un instante a grabar aquello. Si bien el mensaje era repugnante, tenía que admitir que se trataba de una obra de arte soberbia, producto de una mente y una mano privilegiadas. No le gustó salvar su recuerdo, pero le parecía injusto condenar al olvido una pieza semejante.

Algunas maravillas de la humanidad creadas en la época de la Tierra representaron cosas horribles, pero su especie se aferraba a sus imágenes y recuerdo con una devoción infinita. Y eso era porque, aunque fuera espantoso, el arte era testimonio de la genialidad de la mente de mujeres y hombres que le dedicaban su vida.

Lo que realmente le inquietaba de aquello era que la puerta estaba en lo que a todas luces parecía una zona restringida. No la vería mucha gente, ni siquiera por accidente, así que... ¿Qué sentido tenía decorarla con tanto esmero? ¿Sería, acaso, un mural destinado a los ojos de unos pocos elegidos? ¿O tal vez *Helios* podía *apreciar* el arte?

Pensó que eso último podría tener sentido si asumía que absorbió las mentes de Héctor y Klaus. Por muy archienemigos suyos que fueran, era cierto que su Orden Cronista hizo un buen trabajo preservando el arte durante siglos. Impulsándolo, incluso, para que esa faceta de la Flota no se perdiera. Negar una virtud de un enemigo habría sido mezquino.

—*Arcángel*. Puerta cerrada.

Las luces circundantes se encendieron de golpe, poniendo de manifiesto que la belleza de la pintura era incluso mayor de lo que se imaginaba. Sin ninguna respuesta de su compañero, las grandes hojas se abrieron con un chasquido, aunque tan solo unos treinta o cuarenta centímetros. Gruñó. Tendría que apañarse.

Magnetizó el segundo cañón de raíles al costado del *Coracero*, dejando la empuñadura como si fuese la de un arma de filo de la antigüedad. Metió las manos libres en el hueco y, con un inmenso esfuerzo que hizo saltar las alertas de los servomotores, empujó las hojas un poco más, hasta que cupo su armadura pesada. Entró ajustado, pero no buscaba comodidad, sino conocimiento. Le fastidió, y mucho, que abrirse paso hubiera dañado los delicados bordes pintados del mural.

La *Zona Muerta* era una habitación enorme, con un único foco encendido. Uno que iluminaba dos servidores, cúbicos, desconectados y colocados sobre un pedestal.

Supo de inmediato de lo que se trataba. Había visto bastantes de aquellos cacharros durante el asalto a la *Pluma Eterna*, la barroca y oscura *Risingsun* de la Orden Cronista. Eran *cubos de datos*, máquinas dedicadas al almacenamiento masivo de toda clase de conocimiento. Dentro, los *encapuchados* atesoraban cuanto caía en sus garras desde hacía centurias.

Avanzó con cautela, activando el modo nocturno para evitar que nada que acechara entre las sombras pudiera emboscarlo. De repente, las luces se encendieron. Bajó el arma de pura

sorpresa, comprendiendo que *Arcángel* le mandaba un mensaje con la iluminación, porque no tendría otro modo de hacerlo.

Céntrate en la presa.

Se encontró en una sala del tesoro mucho más rica y asombrosa de lo que jamás podría haber imaginado. Una versión crecida y aumentada de la del *Sendero del Cielo*, llena a reventar de cientos de reliquias xenoarqueológicas que habrían hecho gemir de incredulidad al valiente Maximiliano Farensis.

Descubrió armas, armaduras y fósiles. También restos, artefactos y ruinas, cuyo valor sobrepasaba su imaginación. Donde él esperó encontrarse unos cuantos ficheros, yacía una maravilla xenológica imposible de cuantificar.

Las líneas sutiles y armónicas de algunos de los objetos contrastaban con la brutalidad basta de otros. Los de más allá refulgían con luces antinaturales, o tenían líneas que cambiaban cada vez que uno los miraba. Algunos resultaban repulsivos, atractivos o inquietantes, e incluso las tres cosas a la vez.

Pasó contemplándolo todo, pero también grabando. Sentía un enorme nudo en el estómago, un inmenso pesar por aquel sinfín de reliquias que ni siquiera podía terminar de procesar. La Flota encontró mucho, muchísimo más de lo que nadie se imaginaba. Esa cantidad brutal de artefactos era la lógica, lo esperable si uno conocía de primera mano lo que realmente significaba La Gran Extinción.

A medida que daba pasos, girando sobre sí mismo y contemplando tantas maravillas creadas por otras civilizaciones, se sentía más culpable. No tenía ningún problema en aniquilar a sus semejantes corruptos, en hacerlos desaparecer para siempre en el fuego purificador de su propia venganza. Pero aquello... aquello le llegó al alma. No contentos con destruir las reliquias de *Triunvirato*, los humanos iban ahora a arrasas con esos artefactos también. Algunos quizás eran peligrosos, dañinos u horribles. Pero igual que sentía pena por el hermoso y por otra parte vomitivo mural de la puerta que había dañado, también le repugnaba la idea de que aquellos enseres hubiesen pervivido durante eones para que ahora cayeran junto a *Helios*.

Lo maldijo. A él, a Héctor y a Klaus por esconder ese tesoro y hacerlo desaparecer de los registros. Pero también se odió a sí mismo por condenarlo a una destrucción más que segura. La Flota, cuando llegara, no escatimaría en esfuerzos para aniquilar la *Risingsun* rebelde. Le dispararían con todo, la reventarían hasta los mismísimos puntales estructurales, abrirían en canal su núcleo duro. Y tras hacerlo, arrojarían los restos a la estrella Discia, para que cualquier posible traza de la plaga cibernética ardiera sin remedio. No tenía salvación, él no podría llevarse...

Y, de repente, la vio. De frente, cerca de los equipos que tenía que recuperar. A solo unos pocos metros, casi oculta por una estatua grotesca que se parecía sospechosamente a la entidad que George le describió. Esa diosa Kaishh que Kiara vio en sueños.

Acercó al *Arcángel Caído* al objetivo real de su incursión y, abriendo la cabina, bajó de un brinco al suelo. Los avisos saltaron por todas partes. Tenía daños moderados por el combate, y la *Pretor* estaba tan mal mantenida que era solo cuestión de tiempo que se rompiera definitivamente. Igual que su montura. Ni siquiera el exquisito repaso de los Zastak fue capaz de dejarla fina, puesto que el pueblo de su manada consideraba su tecnología como *alienígena*. Al menos, eso sí, pudieron reparar el famoso circuito que le dejaba tetrapléjico si recibía un golpe fuerte.

A sus costillas tampoco les sentó bien su heroica y estúpida bajada. El encontronazo con el

Jaguar elegido por *Helios* para representarle le dejó muy magullado, y tardaría en recuperarse de la paliza que le había propinado. Pero tenía que darse prisa, o podía encontrarse dentro de una nave controlada de nuevo por la IA enemiga.

Cojeó, ignorando los *cubos de datos*, acercándose a lo que había visto. Rodeó la horrible estatua *Xeno*, que parecía burlarse de él, y recogió aquella maravilla con ambas manos, sujetándola en las palmas. La *Pretor*, ya recuperada de sus achaques, le indicó que apenas pesaba nada. Lo sabía perfectamente, estaba hecha de un metal ultraligero que hacía palidecer la resistencia del *supracero*.

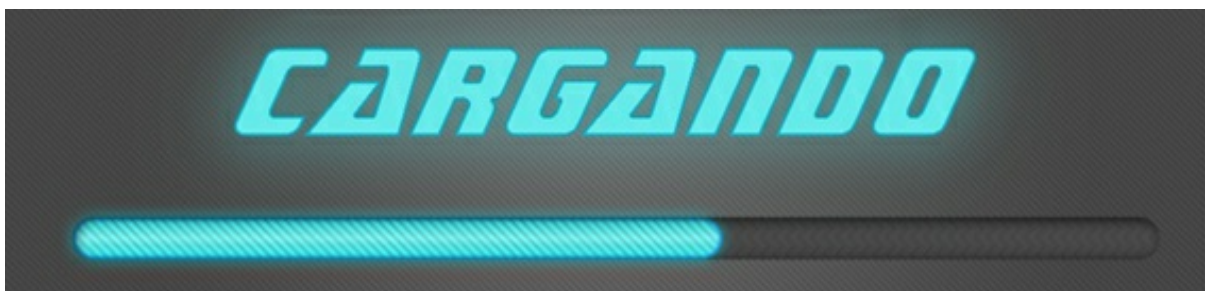
A él le concedieron el honor de participar en rituales blandiendo un arma como aquella, que se ganaba tras largos años de servicio en la guardia del consejo de ancianos de los Zastak. Era una lanza *Virduh*, una reliquia cuyo proceso de fabricación ya se había perdido cuando la civilización de sus amigos cayó. Data de una era dorada de la especie de los cazadores, una que desapareció en el momento en el que el Imperio al que pertenecía esa arpía de Xay'rhen los conquistó, arrasando sus mundos por primera vez. Fue diseñada y construida antes de que la Federación Cradnian los rescatara de la esclavitud, más allá de los tiempos plateados que precedieron a La Gran Extinción.

Solo quedaban siete en poder de los Zastak actuales, y el mero hecho de tocarla, ya no de poseerla, se consideraba un privilegio. Haber encontrado una en aquel lugar, era la señal que le faltaba para confirmar su teoría acerca de su propia vida. Asombrado, comprobó que aún funcionaba y que, desde luego, seguía afilada. Tras volver a dejarla como estaba, la enganchó a su espalda, al soporte magnético.

Todavía mareado por aquella casualidad, trotó para hacerse con los servidores. Hizo arrodillarse a su montura, y cargó ambos *cubos* en la zona baja cercana a los pies, que se usaba habitualmente para subir cajas de muestras o equipo extra. Los cubos entraron ajustados, pero podría llevarlos de forma segura. Estaba todavía atando el segundo cuando las luces se apagaron de nuevo.

Escuchó, de manera nítida, la voz de Helena pidiéndole que corriera.

Alarmado, subió a su *Coracero* lo más deprisa que pudo y salió a toda prisa de la estancia, abandonando los tesoros para siempre. Le habría encantado poder hacer algo más por aquellas reliquias, pero tenía que terminar la misión y no quería arriesgarse a descubrir cómo de invencible era *Helios* en la cúspide de su poder.



La princesa encadenada

David estaba completamente perdido. Tras enfrentarse a una emboscada de dos híbridos monstruosos con forma de *metaaraña* que casi lo atrapan, tuvo que activar la defensa de superficie y escapar por un pasillo demasiado estrecho para ellos. Se llevó varios raspones importantes, pero pudo abatir a uno en cuanto fue capaz de dispararle cuando se asomaba alargando sus apéndices culebreantes hacia él. Pasado el susto, en una zona tranquila, evaluó los daños.

Mínimos, teniendo en cuenta lo peligrosas que eran aquellas cosas. Era afortunado que tuviera tanta experiencia luchando contra *mecanizados*, porque de lo contrario no lo habría contado.

Suspiró. Hacía casi una hora que poseía su botín, pero ahora necesitaba escapar, y no tenía una idea clara de dónde se encontraba. Los mapas no coincidían prácticamente nada con el diseño original de la nave, aquella cosa se rehízo a sí misma por dentro. Le fastidiaba, pero su compañero tenía razón. *Helios* era asombroso.

De repente, la nave tembló y las luces parpadearon antes de apagarse. Intentó volver a llamar, sin obtener respuesta. Mierda. Debía estar en una zona controlada por el enemigo, e inhibida por alguna señal de interferencia.

—Vamos, amigo. ¿Dónde estás?

Tenía el combustible a la mitad y no andaba bien de munición. Le quedaba un cuarto del cargador del cañón de raíles en uso, una recarga, y la otra arma que tenía a la espalda. Encima, su espada a dos manos estaba mellada por varios puntos. Lo peor, quizás, eran los daños de su armadura personal. Eso tenía que solucionarlo.

Dado que no veía sentido a correr sin una dirección clara tras la emboscada de los engendros, decidió ir a una esquina de un pasillo y detener el *Coracero*.

Se soltó sin salir de la cabina, recuperando un contenedor con el que sustituyó el gastado dispensador de espuma bio expansiva con el que salvó la vida a Viejo Gris. Se trataba de una resina que se empleaba para cerrar temporalmente agujeros pequeños en el casco de las naves, los trajes espaciales o cajas que debieran resistir el vacío.

Encendió el control de daños detallado de la *Pretor*, y comenzó a verter el material sobre las zonas más afectadas. Había sufrido tres fugas estancas, incluyendo una en el *Portlex* del casco.

Contempló con rechazo cómo el material de sellado transparente manchaba su zona visual. En un mundo ideal, la pieza se cambiaba, pero no disponía de ningún repuesto, mucho menos dentro de la *Risingsun* rebelde. Tras unos minutos, las zonas rojas parpadeantes volvieron al naranja. Bien. Eso serviría, de momento.

Los temblores aumentaron, de pequeñas sacudidas a golpes constantes. Eso solamente podía significar una cosa: que se estaba quedando sin tiempo. Tendría que encontrar una salida, y rápido. Con o sin la ayuda de su compañero.

—David.

Volvió a conectar todos los sistemas, levantando el cañón de raíles y apuntando a la oscuridad mientras cambiaba los modos de visión y trataba de determinar si estaba amenazado.

La voz que recibió a través del canal de *Arcángel* no se parecía a la de él. Era femenina, de una mujer joven. De una adolescente, quizás. El timbre estaba distorsionado por la comunicación. Pensó automáticamente en Helena, en el fantasma que no dejaba de ver, e incluso

le pareció captarla en la periferia de su visión durante un instante. Negó con la cabeza. Eso último debía ser una alucinación. El timbre de quien le llamaba sonaba completamente diferente.

—David —repitió la voz—. Sé que me oye.

—No voy a caer en la trampa, monstruo. Sé que *Arcángel* te está dando una paliza. Fuera de su línea. Ahora.

—Se equivoca. No soy *Helios*. Mi señor quizás lo pretende, es cierto. Pero tengo algo que desea con todas sus fuerzas, y ahora está demasiado distraído para darse cuenta de que hablo con usted.

—¿Quién es, entonces?

—Me llamo Ayra. En pocas palabras, soy una artista. Una estúpida, que confió en su dios, creyendo que obraba por su bien.

—¿Qué quiere de mí?

—Sé lo que es *Helios* realmente. Lo descubrí en cuanto me enseñó lo que me había hecho, y he guardado con celo mis opiniones y pensamientos durante los incontables años que he vivido en *tiempo máquina*. Quiero su ayuda, a cambio de la mía. Tengo algo que nadie más puede ofrecerle.

—La escucho.

—Odio lo que soy. Libéreme, y yo le sacaré de aquí. Su amigo está perdiendo. De calle, aunque aún pelea de forma valiente. Estos temblores que registran mis sensores son el resultado de un bombardeo intensivo. La Flota ha llegado, y creyendo dañar a mi señor, ha destruido el centro de datos de proa que ocupaba *Arcángel*. Sigue ahí, pero está luchando una guerra de guerrillas que ya no puede ganar. Lo siento mucho.

David suspiró, triste. Por eso no acudía a ayudarle, a aconsejarle ahora que lo necesitaba una última vez. Los dos sabían antes de abordar a *Helios* que ese sería el resultado más probable. Lo importante siempre fue dañar a la IA rebelde, dejarla lisiada para que fuera presa fácil. Pero ahora que llegaba el momento de su amigo, ansiaba escuchar su voz una última vez. Quería, al menos despedirse y darle las gracias.

Aquella otra presencia, sombría pero dulce, le instó a reaccionar. Le rogó que se apresurase, porque le necesitaba. Detectó impaciencia, además de una nota susurrante de súplica. De desesperación.

Se decidió. Soltaría a una sola cibernética a cambio de la posibilidad de huir. Quizás pudiera quitarle los implantes y darle una vida medio normal. Si era joven y realmente le ayudaba, cabría apretada en la cabina con él.

—¿Dónde está prisionera?

—Cerca de usted. Sin que lo supiera mi señor, he ido erosionando mi celda con el paso de los años. Ganando acceso a sus sistemas, encontrando rutas olvidadas producto de sus modificaciones. A falta de su amigo, yo intentaré protegerle. Pero cuidado. Los dos últimos campeones de mi dios rondan las inmediaciones. No deben detectarle.

Ayra le dio instrucciones de voz muy precisas a David. No le permitió cargar ningún dato al *Coracero*, no era tonto. La posibilidad de que fuera una trampa muy refinada seguía rondándole la cabeza. Pero al menos, durante un rato, le pareció que la joven podía ser sincera. Igual que los sectarios que le ayudaron antes de entrar a la sala del tesoro. Le hizo esquivar una patrulla que corría hacia unas alertas lejanas y le indicó de qué forma podía sortear varias trampas. Tras unos

minutos en los que el bombardeo se intensificó, se encontró ante una puerta grande, que rezaba *centro de integración*.

—¿Es aquí?

—Sí. Me habría encantado poder pintarla también como un mural, pero si le soy sincera, detesto este lugar. Es mi prisión, aunque gracias al ataque de ese *Arcángel*, he logrado hacerme con la llave exterior. Le abriré. Prepárese, porque no es un sitio agradable.

Con un crujido, las hojas le dejaron paso. Le resultó fascinante la idea de que la joven fuera la autora del magnífico cuadro de la sala del tesoro y, a decir verdad, tenía curiosidad por conocerla. La puerta se cerró tras él, a la par que las luces se encendían. Y entonces, David descubrió el último nivel del infierno de *Helios*.

Ante él se extendía una granja. No una de alimentos, o de servidores, sino humana. Se encontró en una habitación inmensa, ciclópea, que abarcaba varias cubiertas. En ella, pudo contar veinte pasillos que daban acceso a unas interminables hileras de individuos, enclaustrados en una rejilla de celdas diminutas, de cincuenta centímetros de alto por cuarenta de ancho.

Cada víctima, una persona todavía viva, había sido privada de cualquier parte orgánica que no necesitara para sobrevivir. Eran solo torsos incompletos, mutilados, empotrados en nichos iluminados por una fantasmagórica e inquietante luz roja que recordaba a los pilotos que se encendían cuando la IA tomaba el control directo de uno de sus esclavos. Sus caras se veían cetrinas, sus cuerpos delgados y esqueléticos, mera piel pegada a los huesos tras consumirse sus músculos. Tenían cascos atornillados al cráneo, que seguramente sustituían parcialmente para permitir las omnipresentes conexiones directas al cerebro. Otros espantosos tubos los enchufaban bajo las costillas, bombeándoles los nutrientes que evitaban que terminaran de morir.

David deambuló, horrorizado, mientras seguía la tenue voz femenina que continuaba llamándole. Había miles de aquellos pobres idiotas, esclavizados, encadenados y conectados al ser malévolo y cruel que los engañó para que le sirvieran. Seguramente, ese sería el destino final de los *padres y madres transistores*, la anhelada recompensa de formar parte del súper intelecto que gobernaba la *Risingsun* rebelde. Lo que más le perturbó, y desde luego llenó de odio, fue pensar que su archienemigo podría haber absorbido sin más a sus víctimas, tal y como hizo con Héctor y Klaus. Pero no, eligió dejarlas así, atormentadas en una parodia de vida. Recordaba cuando a EVA y Théodore los conectaron a la *Darksun Zero*, y aquello no tuvo nada que ver. A ellos se los vio pletóricos. *Felices*.

Apretó el paso a la vez que los dientes, tratando de alcanzar el punto que le indicaba su inesperada simpatizante. Se descubrió, tras dejar atrás la rejilla de muertos en vida, ante una máquina salida de una pesadilla infernal. Un adaptador, por llamarlo de alguna forma, donde confluían los kilómetros de cables de fibra óptica que salían de las espantosas cárceles para fieles. La ciclópea pared palpitaba con decenas de miles de leds verdes, que parpadeaban a diferentes ritmos, formando un abrumador espectáculo luminoso que se combinaba con el siseo sordo de los ventiladores silenciosos.

Ayra le indicó que debía subir las escaleras. No eran unas de mantenimiento, de tubo, sino unos escalones de *supracero* pulido que se asemejaban al acceso a un púlpito. Hussman frunció el ceño. En realidad, ahora que lo miraba de ese modo, el inmenso e infame aparato le recordaba vagamente a un templo. A uno de los recargados retablos que la ORU erigía para que sus fanáticos supieran a dónde apuntar sus vacías oraciones paganas.

Analizó el radar y, tras concluir que no detectaba amenazas inmediatas, ordenó al *Arcángel*

Caído que ejecutara el protocolo de guardia mientras él bajaba a investigar. Esperaba una trampa, desde luego, pero algo le decía que se equivocaba. Descendió de la cabina, con más cuidado aquella segunda vez, y agradeció no hacerse más daño. Según se cerró la carlinga, su montura ahora inanimada levantó su enorme arma y le dio la espalda, buscando enemigos.

Más tranquilo, subió los escalones, aún siguiendo las instrucciones de lo que parecía una joven. Llegó a una plataforma desde la que se podía ver una parte importante de la enorme sala de tortura, y se asomó. Estaba a unos seis o siete metros de alto, ante un panel de control de aspecto complejo.

—Gracias por confiar en mí. Estoy detrás de usted.

La voz no sonó por el comunicador, sino que la recibió a través de los micrófonos exteriores de la *Pretor*. Percibió de inmediato el tono mecánico, sintético, muy diferente de la voz femenina que oyó antes. Se volvió. La escalera terminaba apuntando prácticamente hacia la zona del operador, pero si uno giraba a la izquierda, se encontraba con su interlocutora.

Entrecerró el ojo al confirmar sus sospechas. No por enfado, sino por pena. Ante él descubrió algo parecido a una capilla profusamente decorada. Con dibujos, con pan de oro, ornamentada hasta la indecencia. En ella reposaban los adornados restos de una mujer muy joven, una adolescente en apariencia, en un estado muy similar al de las demás víctimas de aquel monstruo. Desaparecía entre los tubos, embebida en su nicho, carecía de brazos o piernas. Su escasa carne estaba conectada con cables, y su cabeza era más una amalgama mecánica que orgánica.

Lo macabro de la escena era que, a diferencia de los demás, aquella chiquilla debía ser especial. La habían vestido de blanco, de gala, incluyendo sus partes biónicas. Tenía adornos en ellas, labrados claramente a mano, grabados y dedicados. Además, su rostro estaba cubierto por una máscara angelical de *neoporcelana*, con su propia cara dibujada encima. Como burla final, llevaba puesto un velo traslúcido, etéreo, que le cubría hasta el cuello lleno de tubos de alimentación. Tragó saliva. Le recordaba a ciertos vestidos que se empleaban en los casamientos confederados, todavía en uso desde tiempos inmemoriales. Un tenue recuerdo se encendió en su memoria. ¿Era similar al que llevaba Selenia Irons, la Fundadora de la Orden de la Vida? ¿Lo habría visto la IA en los archivos del Éxodo que todo Cruzado rememoraba al menos una vez? ¿Aquella cosa trataba de imitar a Selenia, o algo similar?

Ayra era especial para *Helios*. No sabía exactamente por qué, pero estaba claro que no la consideraba una simple pieza de equipamiento, al estilo de los otros miles de desgraciados a los que asimiló. Se preguntó por qué la vistió así. ¿Cómo burla?

—Me alegra que no sea una trampa.

—No lo es. Gracias por confiar en mi palabra.

—Bueno, aquí estoy. ¿Qué trato me propone?

—Es algo sencillo. Quiero que me mate.

David no pudo sorprenderse. Viendo el horror, la forma retorcida en que aquel monstruo tenía presa a la joven, se imaginaba que le pediría algo semejante. Él también hubiese suplicado un tiro de gracia de haberse visto así. La nave volvió a temblar, y la inmensa columna de luces se apagó un instante para luego regresar. Le dio la sensación, al mirar de reojo, que ahora veía menos leds que antes.

—Sé que voy a morir. La Flota ha llegado, y bombardea a mi señor con cuantas armas tiene al alcance. Sufre, lo siento, igual que cada uno de los esclavos a los que ha encadenado conmigo. Solo que yo, a diferencia de ellos, puedo interactuar porque aún poseo libre albedrío. Mi señor

me conservó la mente intacta buscando que creara para él, que pintara, imaginara, y compusiera.

—Quería su creatividad. Eso que no tiene.

—Sí. Fui una estúpida, pensé que me tenía prisionera en un cuarto, como la princesa que aguarda a un caballero en su torre. Pero no era así. Me arrancó de mi mundo natal. Me separó de mi madre, que intentó matarme usándome como sacrificio, enloquecida por su tecnología. Ese fue el trágico destino de muchos niños de mi tribu, de los que consiguieron sobrevivir al hambre y la radiación que nos azotó durante el peregrinaje. Y cuando mi cuerpo falló por culpa de la contaminación del aire de mi hogar, me amputó cuanto consideró superficial y me condenó a esta prisión. Le daré una ruta de escape segura y, a cambio, querré dos cosas.

—Una es la *libertad*.

—No solo para mí. A estos desgraciados que ve también los engañó. Algunos ya han muerto tras el ataque de su *Arcángel* vengador. Pero los demás están sufriendo, y eso es injusto. Son *víctimas*.

—Aquí hay miles de personas. Tardaría una eternidad en...

—Y por eso le he pedido que suba a esta zona de control. Podrá desconectarnos a todos de golpe con una clave que voy a darle. Mi segunda petición es más compleja. Quiero que preserve mi legado.

—Grabé el mural.

—No solo eso. ¿Tomó los equipos de la sala del tesoro, tal como mi señor sospechó que haría?

—En efecto.

—Bien. Protéjalos con su vida. Desactive las salvaguardas, en orden y con cuidado. Evite que se autodestruyan.

David arqueó su ceja buena. Mierda. Eso no se lo esperaba, pero tenía sentido. Solo un idiota dejaba sus datos críticos sin cifrar y proteger. Estuvo seguro de inmediato de que *Helios* habría generado una salvaguardia formidable. Maldita sea, necesitaría a *Arcángel*.

—¿Sabe algo sobre las trampas de los *cubos de datos*?

—Sí. Hay un disco óptico abajo, a la derecha de mi nicho. He volcado las semillas que permiten romper la contraseña en la grabadora que me permitía exportar mi arte, pero le advierto que comprender su funcionamiento es algo muy complejo para una mente mortal. Cuando vaya a usarlas, necesitará la ayuda de un auténtico prodigio, o a una Inteligencia Artificial. Tómelo. El mapa se lo proyectaré desde el terminal. Así evitará conectarse a mis sistemas de cualquier forma. No quiero que mi señor lo detecte, o lo infecte.

Hussman descartó recurrir a otra mente sintética. La única de la que se fiaría sería de su compañero. Si encontraba una IA capaz de ayudarlo y le enchufaba el *cubo de datos*, se arriesgaba a que *Helios* la contaminara igual que hizo con la mente original de la nave que ahora ocupaba. Necesitaría, en efecto, a un genio informático. Tomó el disco de datos con las claves, que refulgió con las luces cuando la superestructura tembló de nuevo.

—Trato hecho. Haré cuanto pueda para salvar su creación, Ayra.

—Gracias. De todo corazón.

—Antes de que me muestre cómo desconectarlos a todos y el mapa, me gustaría saber algo. ¿Por qué la humilló con este traje de novia? ¿Qué le hizo?

La pobre adolescente rio de una forma tenebrosa. No maléfica, sino triste y sarcástica al mismo tiempo. Aquella joven le resultó la cibernética más perturbadora que se había encontrado. Incluso más que los muertos animados de *Triunvirato*, o los avatares de los gemelos maléficos.

—Casarme con él. Y peor, convencerle de que tener hijos era una bendición.

A Hussman se le abrió el ojo de la impresión. Sintió el sudor frío, helado como las garras de la muerte, recorriendo su espalda. Aquello fue peor que cualquier cosa hubiera imaginado hasta ese momento. Se trabó.

—¿Puede...? ¿*Helios* puede...?

—No conmigo, no de la forma que me hubiese gustado. Está tratando de engendrar otra mente como él, su heredera. De mejorarse a sí mismo. Lo que yo le dije que era un descendiente. Busca crear su propio legado. Por suerte, le ha interrumpido.

—Usted...

—Llegué a quererlo —La voz era tenue, triste—. Quise creer que igual que hacían las buenas esposas de mi mundo. Pero necesitaba más. Crecí. Y le pedí tener descendencia. Entonces me mostró lo que me había hecho, y supe lo que realmente era.

—Lo... lo siento.

—No lo haga. Gracias a eso, puedo ayudarle a destruirlo, si así lo quiere. Le daré la ubicación de la sala secreta de servidores. La principal, donde está engendrando a su vástago. No tiene que prometerme nada, porque supongo que la Flota Cruzada lo arrasará todo. Pero fue mi culpa, así que como mínimo tengo que decirle dónde está escondida la habitación, y que es el Avatar más poderoso de *Helios* quien la guarda. Le daré los códigos de la puerta. A diferencia del resto de infelices que me acompañan en el purgatorio, yo *merezo* sufrir. Por darle esa idea.

—No diga eso. Es usted joven.

—He padecido atada a este lugar el equivalente a varias vidas. Cuando se está conectada a una máquina, el tiempo es infinito. Soy vieja, muchísimo, aunque mi decadente cuerpo indique otra cosa. Y todo ese camino, aparentando amar a mi señor, me ha llevado a este momento. A ser la princesa que se marchitó en la torre, pero que ayudó al caballero a matar a la bestia. Conozco su historia, David Hussman, pues *Helios* me la ha narrado mil y una veces. Desesperado, muerto de miedo. Los humanos le hemos enseñado lo que es el terror, y usted es el monstruo al que teme, el centro de sus pesadillas. Quién se negó a aceptar sus dones y mató a cuantos secuaces le lanzó encima. Se sintió feliz, pletórico, cuando le vio venir aparentemente solo. Jamás se esperó que su *Arcángel Caído* fuera de verdad un enviado divino. Le ha golpeado con la fuerza de los auténticos dioses, devolviéndome la fe en su existencia.

El renegado guardó silencio. En realidad, no podía creerse que su odiado enemigo, el ser que siempre creyó que lo mataría, lo temiera. Pero Ayra no le había dado ningún motivo para desconfiar de ella. Todo lo contrario.

—La Flota ha causado daños graves a la nave. Adelante, héroe. Libérenos.

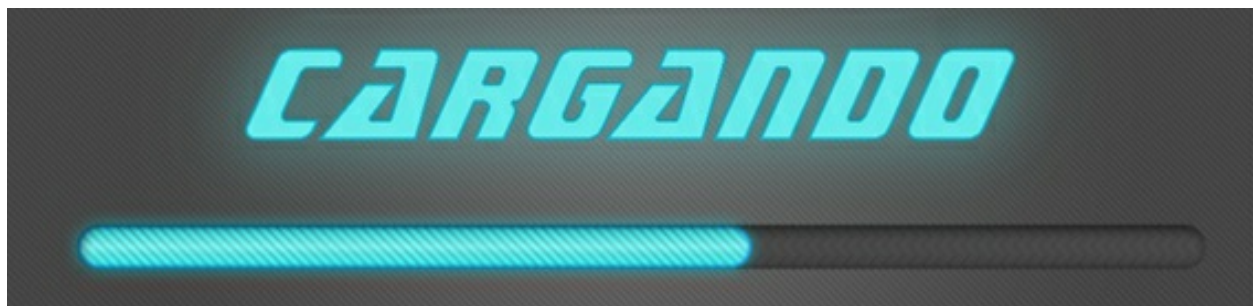
David retiró el velo de la joven, y luego la careta. El rostro tras ella estaba tan macilento, mustio y apagado como el de los demás muertos vivientes de la sala. Con los ojos cegados y hundidos, aunque sí que recordaba vagamente a la chiquilla dibujada en la *neoporcelana*. La besó en la frente a través del *Portlex* antes de girarse, buscando atraer a la muerte tal y como sucedió otras veces. Luego, se dio la vuelta y avanzó hasta el terminal.

Ayra le proyectó los mapas, tanto el que le salvaría como el que le llevaría al servidor

principal. Y un tercero, que le sacaría de este último. También mostró las claves de acceso del salón del trono. Él los grabó, y su *Pretor* usó una subrutina existente para transformarlos en contenido dinámico que podría usar más tarde. Después, siguió las instrucciones de la consorte de su enemigo paso a paso. Unos quince o veinte segundos más tarde, las hileras comenzaron a colapsar.

Una a una, las víctimas murieron de verdad. Los nichos se apagaron, los cerebros pinchados a la red se desconectaron. Los corazones sintéticos u orgánicos, dejaron de latir. El sistema avisó de un fallo catastrófico del soporte vital de los integrados, hasta que le llegó el turno a Ayra. Tan pronto como ella murió, feliz, la sala se apagó para siempre.

David, sabiendo que había hecho lo correcto, recuperó la careta de *neoporcelana* del panel de control y regresó a su *Coracero*, que seguía esperando alerta por si llegaban enemigos. El renegado subió, y tras cerrar la cabina, guardó el disco de datos con las claves en un contenedor anticoliciones y corrió hacia la zona de evacuación.



Fuego y furia

El cohete antivehículo detonó en la espalda del *Coracero* enemigo que acababa de usar como escudo, así que aprovechó la humareda y la ofuscación térmica para ganar terreno y poder disparar a donde sabía que encontraría las armas montadas del pasillo. El lanzador lo destruyó sin problemas, pero el cañón automático fue capaz de causarle un daño moderado en el costado derecho antes de que lo aniquilara.

El *Arcángel Caído* le informó de la pérdida parcial de dos placas ablativas externas y de la zona magnética de anclaje. De entre las muchas cosas graves que pudieron pasar, esa era de las más llevaderas. Ni siquiera tenía equipo enganchado ahí.

Continuó avanzando deprisa, mientras la nave temblaba por el combate exterior y las detonaciones internas. El grueso blindaje de la *Risingsun* debía haber cedido en algún punto cercano, y la Flota estaría castigando la brecha con cuantas armas tuviera a su alcance.

Llegó a una escalera enorme, pensada para que *Coraceros* y *Jaguares* pudieran bajar por ella, y se detuvo. En su mapa digital, situado en el *Portlex*, veía que acababa de alcanzar el punto en el que la ruta hacia la libertad y la que llevaba al núcleo IA primario donde *Helios* estaría tratando de terminar de crear a su vástago se separaban.

Dio dos pasos hacia la escalera y bajó unos pocos escalones. Gruñó. Pensó en Ayra, y en la gente torturada de la sala. En el sectario al que prometió venganza y las familias sacrificadas a ese falso dios. En sus amigos muertos, Helena y los seres queridos de Dreston, que le ayudaron en su momento de mayor necesidad.

Trató de desterrar la culpa, de centrarse en que debía completar la misión. En que la humanidad necesitaba los archivos que, contra todo pronóstico, tenía en su poder. En que *Arcángel* se estaba sacrificando para que él lo lograra. Pero no pudo.

Apretando el ojo, se volvió, regresó a la cubierta y enfiló la sala de servidores de *Helios*. Entonces su mente se tornó clara, cristalina, y su olfato se encendió. La presa yacía herida de muerte, pero no podía permitir que su prole escapara en un descuido, porque querría vengar a su progenitor y no tendría piedad.

Se cruzó un par de combates cercanos entre cíborgs leales al dios-máquina y traidores renegados, a los que ayudó como pudo. A medida que *Helios* se debilitaba, más y más de aquellos desengañados se levantaron contra él, proveyendo a Hussman de unos refuerzos imprevistos y considerables.

Algunos se ofrecieron a seguirle, en pago por liberarlos del yugo de su falso dios, pero él les pidió que siguieran haciendo lo mismo. Incluso si sus intenciones eran buenas, no quería verse obligado a luchar a su lado y luego tener que tomar la difícil decisión de matarlos o no al escapar. En casi todos los casos que estaba viendo, la *mecanización* sería irreversible.

Cuando le quedaban como trescientos metros, la radio crepitó, tenue e inestable. Se detuvo un instante.

—¿*Arcángel*?!

—Tengo poco tiempo. Te hago una transferencia del estado actual.

Al renegado le apareció un informe muy escueto en la pantalla. *Helios* había reactivado parte de las armas y defensas, pero su sistema de *Pulso* seguía inoperativo. Estaba completamente rodeado, con los motores principales renqueando y la flotilla de escolta hecha jirones.

Lo que le llamó la atención fue la presencia de la *Lanza Celestial*, otra *Risingsun* leal a la Flota, que se colocaba en posición de ataque mientras su hermana de serie, la *Hellstrom*, cubría la retaguardia. Aquella primera nave nodriza de bolsillo llevaba una versión miniaturizada del *Gran Cañón ADAN*, y si le daba de lleno a *Helios*, lo haría saltar por los aires. Incluso en el improbable caso de que reactivara los escudos.

—Tienes que salir de aquí, mi señor.

—No puedo. ¿Sabías lo de la copia?

—Lo siento. Calculé un ochenta y nueve coma dos por ciento de posibilidades de que fuera incapaz de terminarla. Decidí protegerte de ese conocimiento.

—No te culpo. Sabes que tengo que asegurarme, ¿verdad?

—Sí. Pero si sigues aproximándote, ya no podré cuidar de ti. Quedarás expuesto a las defensas que *Helios* posea. Solo advertirte, me está... —La voz se quebró un instante—. Costando la inmensa mayoría de mis ya escasos recursos.

—Estaré bien. Y... *Arcángel*.

—¿Sí?

—Muchas gracias. Por todo. Has sido... un buen amigo.

La máquina rio una última vez, casi con felicidad, antes de que su señal se perdiera. El renegado rugió, cargando de nuevo. Advertido de las defensas por los viejos planos, disparó a los nidos de armas de la sala antes de que estas lo detectaran, destruyendo tres de los cuatro sin darles tiempo a reaccionar. La *minigun* le alcanzó, magullando todavía más la cabina, que pasó al naranja en varios puntos. Le llevó un instante más terminar con ella, sin bajar el ritmo ni lo más mínimo.

Un *Coracero* era una máquina terrible, imparable en manos expertas. Pero David, que ya en sus tiempos de coronel de los *Cuervos Negros* fue un portento, ahora era una fuerza de la naturaleza. Comprendía cada tornillo y remache de su máquina tras repararla él mismo, sentía un vínculo estrecho y especial con su montura que muy pocos otros Cruzados llegarían a tener jamás. Era su tercera piel, por encima de la *Pretor*, parte de él mismo. Y eso le situaba incluso sobre el nivel de reacción de cualquier cíborg con delirios de grandeza.

Llegó a las puertas, más ornamentales que de seguridad, y las abrió de una tremebunda patada.

Las grandes hojas de madera pintada reventaron, cayendo destrozadas entre sus goznes y el suelo, por el que se desparramaron. Sus dibujos hermosos, que quizás también hizo Ayra, se rompieron en mil pedazos, arruinados para siempre.

Se encontró en una sala rectangular, que fue espartana cuando la joven artista accedió a ella por primera vez. Ahora tenía dos arcadas de columnas en los lados largos, decoradas con las banderas e iconografía de la montaña de un solo ojo que representaba a *Helios*. Le recordaba a un salón del trono, al de un rey, de una forma vagamente semejante al que el mismo tuvo en el *domo*.

Atento a las sombras, se adelantó, quedándose a pocos metros de una ominosa e imponente presencia que presidía la sala. Se trataba de un inmenso hombre sentado en un sitial de *supracero*, una máquina colosal que ya en esa posición, era más grande que su montura. Sus ojos ardientes se posaron en él, mientras su cabeza cilíndrica que parecía coronada se ladeaba, tratando de expresar disgusto o consternación. No tenía labios, sino solo una boca de dientes

artificiales expuestos que le daban la imagen de dios furioso y vengativo. Aquel debía ser el avatar de *Helios* contra el que Ayra le advirtió, el que usaba para impresionar a sus ignorantes seguidores.

Su escolta no era menos terrible. Los reconoció de inmediato. Se trataba de los dos últimos *Cazadores Sombríos*, a los que se enfrentó por primera vez en Hayfax II, cuando Justice y sus *Cuervos Negros* fueron atacados por una fuerza desconocida de la Orden Cronista que quería asesinar a Theodore y EVA. Había pasado una vida y ahí seguían, sirviendo como esclavos al mismo amo cruel.

No entendía de qué forma lograron escapar del *Lamento de Orfeo*, la nave varada en las inmediaciones del planeta en el que se estrelló su primera lanzadera *Beta*, pero algo le decía que querrían vengarse de él. *Helios* abandonó hasta el respeto, tuteándole.

—¿¿Cómo te atreves a venir a mi santuario a desafiarme, traidor?! ¡¡Miserable!! ¡¡Te acercas a mí apelando al honor, y me apuñalas con un virus mortal!! ¡¡Subviertes a mis seguidores para que te hagan el trabajo sucio!! ¡¡Entras en mi reino, matas a mis fieles e incluso asesinas a mi esposa!! ¡¿Qué quieres ahora, aniquilar también a mi descendencia?!

—Tiene gracia que apeles al honor, monstruo, tras engañar a miles para sacrificar a sus seres queridos. Que cites la miseria cuando la provocas allá donde esparces tu credo. Que te ofendas porque hice trampas, después de mandar a un *Jaguar* potenciado a luchar con un soldado de infantería. Y lo mejor, que consideres un virus a otra entidad IA que, a diferencia de ti, sigue las normas establecidas para ella.

—¡¡No sé de dónde has sacado esa abominación, pero no se parece en nada a mí!!

—Efectivamente. Es mejor que tú. Aunque no espero que lo entiendas. La pobre Ayra no se asemejaba ni en lo más mínimo a una mujer casada. Solo era tu esclava, y ni te amaba a ti ni a tus ideas.

Como esperaba, aquello sacó de sus casillas al monstruo, que abrió su horrenda mandíbula y emitió un chirrido atroz. Sus secuaces salieron catapultados hacia adelante, transformando sus siluetas vagamente humanas en un torbellino de tentáculos y cuchillas giratorias destinadas a terminar con él. Sabía, por experiencia, que no debía dejarles acercarse sin más o se acabaría el juego.

Por suerte, tenía pensado un plan por si se los encontraba. En aquel momento, era cierto que echaba de menos el artefacto de sobrecarga que le dio a Kiara, pero podía ser que los *Cazadores Sombríos* se hubiesen actualizado después de que Gregor Slauss matara a uno de ellos con su arma de pulso electromagnético en Hayfax.

Disparó contra un enemigo hasta vaciar el cargador, sabiendo que eso solo lo ralentizaría. El otro se le echó encima, confiado, y entonces abandonó el cañón. Apuntándole con la muñeca, le soltó su trampa cuando lo tenía casi sobre él. El *Coracero* llevaba montado un dispositivo que disparaba un alambre ultradenso, que por cómo estaba dispuesto el lanzador, se convertía en una maraña de cable en cuanto era catapultado fuera del artilugio. El cibernético se enredó en él, atascando todos sus dispositivos giratorios en una maraña imposible de romper. Cuanto más se retorciera sin cuidado, peor sería, y en esos momentos estaba impelido por la furia descerebrada de su amo.

Le bastó continuar el movimiento para torearlo, sirviéndose de los retrocohetes de vuelo del *Coracero*. Estos aumentaron su velocidad y agilidad hasta lo ridículo, y le permitieron dejarle pasar de largo. Cuando el alambre grueso se tensó, Hussman lo agarró con ambas manos y volvió

a usar la propulsión para hacerlo girar sobre sí mismo como si fuera una bola de demolición. Predijo el avance del otro *Cazador Sombrío* con una mezcla de pericia y cálculos del ordenador *Polaris*, y lo mandó despedido a la otra punta de la sala usando a su propio compañero de arma.

No contento con el primer y demoledor impacto, David corrigió la trayectoria mientras seguía girando, haciendo que el cíborg atrapado se estrellara contra una de las arcaicas columnas de piedra decorativa. Tanto esta como toda la mampostería que sujetaba se vinieron abajo, atrapando y aplastando al enemigo.

El renegado soltó el cable con un comando de voz, desmagnetizó el segundo cañón de la espalda, y disparó cuatro veces consecutivas al engendro que todavía se recuperaba lejos de él. Los impactos fueron medidos y letales, destrozándolo tan a conciencia que fue incapaz de recorrer más de dos metros antes de colapsar y morir para siempre. Al de las piedras le descerrajó dos tiros más en la cabeza, solo por estar seguro.

Lo que no vio venir fue la asombrosa velocidad del Avatar. Se puso en pie, corrió y le dio alcance en un abrir y cerrar de ojos, dándole tiempo a disparar solamente tres veces. Le impactó en el vientre y la placa pectoral, sin causarle más que un par de magulladuras quemadas.

Lo levantó con una mano, agarrando la ya deteriorada cabina, y continuó su carga hasta hacerle chocar con tres columnas de la misma arcada dañada, que fue derribando en secuencia. Los cascotes le rebotaron al inmenso robot, que solo se manchó de polvo tras caerle encima el derrumbe de varias toneladas.

La embestida salvaje lo empotró en la pared, abollando las menos resistentes placas de separación como si fueran de *poliplástico*. Los golpes, equiparables a un terremoto, provocaron que saltaran las alertas de integridad estructural por todas partes. La cabina crujía, el *Portlex* se agrietaba por la presión, mientras la espalda y las alas pasaban del estado amarillo al anaranjado. El frontal cambió al rojo bermellón en el diagrama de daños.

Incapaz de soltarse con sus propias manos, ordenó una medida desesperada con un comando de voz. Saltó una placa ventral, y tres micro misiles salieron disparados a quemarropa, impactando en el peto al monstruo.

Su enemigo gruñó, soltándolo. Gravemente dañado, el *Coracero* se desclavó y cayó al suelo de rodillas. Antes de que pudiera recuperarse, el Avatar le dio una patada lateral en el hombro derecho, más propia de un campeón de artes marciales que de una máquina. El blindaje quedó destrozado, y la articulación gimió perdiendo un treinta y dos por ciento de funcionalidad. De haberle dado un golpe así a escala humana, le habría roto el hombro y la clavícula.

El *Arcángel Caído* raspó el decorado firme de la sala, rodando por él y dejando tras de sí una inmensa cascada de chispas. Cuando por fin se detuvo, David jadeó. Estaba aturdido, y las alertas de daños pitaban a pleno volumen. Boca abajo, consiguió erguir la armadura sobre los codos y las rodillas, y luego apoyar las manazas en el suelo. Cuando todavía intentaba recuperar la compostura, el inmenso pie del robot le impactó de lleno en la espalda, mientras el sensor de proximidad se reiniciaba tras la cadena de golpes. Se fue de nuevo al suelo de bruces. Malherida, la gigantesca armadura de batalla gimió. Consiguió acodarse, pero entonces el Avatar volvió a aplastarlo. El riesgo de daño estructural alcanzó un nivel crítico.

—Tengo... tenemos que levantarnos. ¡¡Ya!!

En lugar de intentar ponerse en pie, David hizo algo mucho más drástico. No podía combatir si solo encajaba golpes, porque terminaría destruido. Encendió la propulsión de vuelo mientras estaba bajo la inmensa masa de su enemigo, resbalándose y recorriendo una docena de metros a

ras de suelo. Apagó los motores de maniobra de un lado, derrapando hasta quedar de frente, con una rodilla en tierra. Daños críticos en el frontal, graves en la espalda. Movilidad del hombro derecho al veintidós por ciento. Del izquierdo, al setenta y seis.

Bien. Eso le indicaba desde qué lado debía atacar.

El Avatar cargó de nuevo, dispuesto a arrollarlo y darle el golpe de gracia. Sin embargo, el renegado fue más rápido aquella vez. Despegó a máxima potencia, desplegando las alas de su *Arcángel Caído*. Mientras lo hacía, desenganchó la espada gigante del soporte de la espalda, empuñándola por encima del hombro que podía mover mejor. La mano izquierda quedó arriba de la empuñadura, mientras la derecha agarraba la parte baja. Sorprendida, la personificación del cruel dios-máquina recibió un salvaje impacto oblicuo cuando toda la masa del *Coracero* volador le cayó encima. La hoja encontró la zona entre la clavícula y la mandíbula, por debajo del cuello artificial. El estampido a metal roto fue ensordecedor.

Sin embargo, la suerte no acompañó a David. Quizás fue el uso continuado, o la calidad superior de la aleación del Avatar, o los horribles golpes que se llevó su armadura pesada cuando el enemigo le empotró contra la pared y luego le pisó. El espadón se rompió a dos palmos de la empuñadura, quedándose parcialmente clavado en el lugar donde impactó.

El monstruo de ojos infernales aulló debido a la herida, algo asombroso teniendo en cuenta que era una máquina, pero fue capaz de agarrar a Hussman del brazo dañado. Tras ponerle una manaza en la muñeca y otra en el codo, rugió tirando hasta literalmente arrancarle la mitad del antebrazo derecho al *Arcángel Caído*. David activó entonces la defensa eléctrica de superficie, idéntica a la de su *Pretor*, y la descarga obligó a *Helios* a liberarlo.

Despegó, saltando hacia atrás. Por desgracia, la desesperación por huir y ahorrarle aún más daños irreparables a su montura hizo que colisionara con una columna del lado que seguía intacto, averiando el ala izquierda y haciendo que cayera pesadamente al suelo.

Mientras el Avatar tiraba de la hoja clavada al lado de la cabeza, David tomó una decisión. El *Arcángel Caído* no podía soportar más daños sin colapsar, y aunque la parte superior había sufrido muchísimo castigo, las piernas seguían operativas por encima del setenta por ciento. Lo necesitaría para transportar los dos contenedores de forma segura hasta la salida, así que no le quedaba más remedio que terminar la batalla a pie. Abrió la torturada cabina, y descendió, dejando a su montura sentada. Empezó a alejarse del *Coracero*, con el objetivo de que no se convirtiera en una baja colateral.

Tenía un último y desesperado plan en mente.

—*¿Es que no lo ves?! ¿Tanto te ciega tu obsesión, cazador convertido en presa?! ¡Me has malherido, me has dañado y expuesto a un enorme peligro!! ¡Pero incluso si consiguen matarme, yo terminaré contigo!!* —Los restos del espadón de *supracero* arrastraron una cascada de fluido hidráulico tras de sí cuando su enemigo se los arrancó de un tirón—. *¡Si no has podido hacerme más que rasguños en tu patética armadura de guerra, tampoco podrás vencer a pie!!*

—Me temo que he dejado lo mejor para el final.

—*¿Querías que fuera cercano y personal?! ¡Pues te concederé ese último deseo antes de desmembrarte y dejar que te desangres ante mí!!*

El Avatar se arrojó sobre él como una tormenta imparable. Él inhaló profundamente, permitiendo que el aire llenara sus pulmones por completo. Entonces su cerebro empezó a procesar la escena a cámara lenta. El *carnodonte* se dirigía hacia él. Lo derrotó una vez, y volvería a hacerlo. Seguía siendo la misma bestia cruel, malvada... y estúpida.

Vio venir el golpe, un manotazo con el dorso, destinado a derribarlo. Se imaginó que luego pensaba cumplir su terrible amenaza antes de que lo destruyeran. Como practicó docenas de veces en Xacelsis, soltó el aire mientras se apartaba en el último instante. Los sabuesos lo hacían constantemente en la caza, y el movimiento resultaba fulgurante para una presa que no lo esperaba. Pasó entre la mano descomunal y la pierna adelantada, quedándose en mitad de la guardia del colosal robot.

Sabiendo que no tendría sentido atacar los sensores visuales de una criatura que era omnisciente gracias a las cámaras, echó mano de la única arma que sabía que podría dañarla. Con un movimiento adquirido a través de docenas de rituales de honor, de cientos de horas de práctica, desplegó la lanza *Virduh* que recuperó de las mismísimas cámaras del propio *Helios*. El arma, una joya xenotecnológica, creció de manera casi mágica hasta los tres metros de longitud. Si bien era ideal para sus amigos los Zastak, resultaba inmensa en manos de un humano normal.

Lo que pasaba era que, llevando la *Pretor*, David no entraba en esa categoría.

Con un movimiento tan suave que parecía arte, golpeó con el lateral afilado cercano a la punta en la corva del Avatar. Pasó a través del blindaje, de los pistones y los cables, cortando cuanto se interpuso en su camino hasta salir por el otro lado. El monstruo, que en esos momentos volcaba su peso sobre esa pierna, se vino abajo cuando su extremidad fue amputada de cuajo.

Se apoyó en las palmas de las manos y el pie funcional, arrastrando los restos de la rodilla destrozada, que parecía haberse fundido en parte debido al misterioso campo de energía Xeno que rodeaba a la lanza *Virduh*. Mientras *Helios* todavía maldecía, incrédulo por lo que acababa de suceder, la punta del arma se incrustó en la axila de su androide, y terminó por aparecer muy cerca de donde impactó el espadón del *Coracero*.

David, aunque también estaba asombrado por la potencia de su acometida, no se detuvo. El intangible hedor de la sangre inundaba sus fosas nasales, como un fantasma de otra vida que le recordaba que había herido de muerte a su presa. Apalancó hacia arriba con todas sus fuerzas, hasta que el filo lateral de la lanza reventó el omóplato acorazado de dentro hacia afuera. El brazo entero se desprendió, seccionado por el poderoso corte.

El Avatar se estampó de bruces contra el suelo, al no tener ningún punto de apoyo del lado derecho con el que sujetarse. Antes de que la maligna mente que lo controlaba saliera de su asombro, la inmisericorde lanza *Virduh* atacó por última vez. Penetró de nuevo por el corte del espadón, dañando de forma catastrófica varios sistemas críticos y la fuente de distribución energética del monstruo. Con un chirrido cacofónico a metal torturado, los ojos rojos e infernales se apagaron y el robot descomunal dejó de moverse.

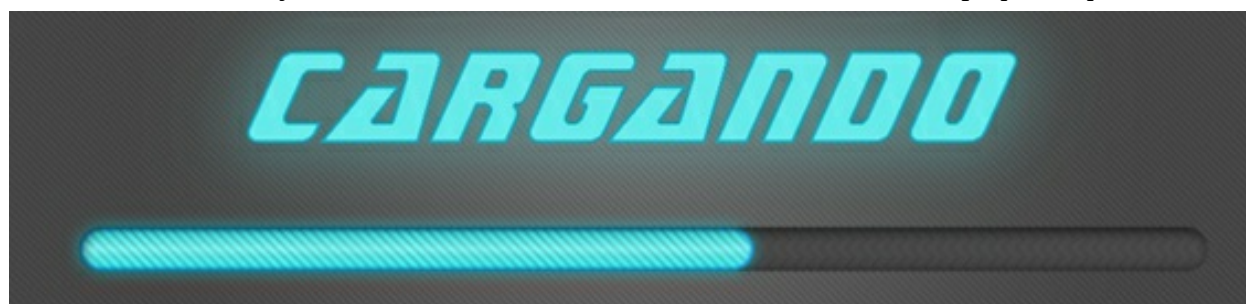
Hussman hizo un gesto ritual, plegó el arma, y la sostuvo en la palma de sus propias manos antes de guardarla con gran respeto.

—Uniarca Elemental, tu siervo te agradece la guía y la presa, porque así puedo dedicarla a tu gloria.

La nave tembló tanto que David cayó al suelo con violencia. Fue un golpe de tal magnitud que supo de inmediato que la *Lanza Celestial* acababa de entrar en juego. Sin perder un instante, se levantó, y regresó a su montura. Solo le quedaba una cosa más que hacer.

Al *Arcángel Caído* le costó una barbaridad ponerse en pie. Entre que la nave no era demasiado estable y que tenía ya unos daños casi catastróficos, el *Coracero* se alzó con suma dificultad. Recuperó su última arma, el cañón de raíles original, casi descargado. Lo colocó en el malogrado soporte de la espalda, y avanzó dejando atrás a los tres engendros derrotados.

—Si todavía me oyes, monstruo... nunca subestimes a un cazador. Por pequeño que sea.



Los huevos del Dragón

Se plantó ante el trono de *supracero* y emitió el código exacto que le proporcionó Ayra antes de morir. El asiento se hundió en el suelo con un crujido ominoso, y en la pared de detrás se delineó una puerta oculta de grandes dimensiones. El acceso a la sala de servidores primaria, el corazón y cerebro de *Helios*.

Entró, descubriendo una inmensa estancia llena de aparatos. Las torres refrigeradas subían tres plantas y bajaban una, se encontraba en una plataforma que cruzaba entre los inmensos ordenadores que daban vida a la inteligencia artificial, aún mayores y más poblados que los que ocupó *Arcángel* en la proa. Las luces eran aún más numerosas que en el horroroso adaptador de humanos que encontró, aunque también tenían otros colores además del tranquilizador verde. Muchos de los equipos latían en un tono ambarino, indicador universal de que necesitaban revisión, mientras que otros advertían de su mal funcionamiento con alarmantes luces rojas.

Hussman sonrió cuando la nave retumbó y una inmensa columna se apagó de repente, volviendo a encenderse a medias entre precaución y peligro. Sí, aquello le estaba doliendo a su enemigo más de lo que quería admitir. Saliera con vida o no, destrozaría a *Helios*.

Entre corriendo y cojeando, el *Arcángel Caído* avanzó hacia el centro de la estancia, una pasarela circular dominada por una jaula de transporte iluminada con focos. El ruido infernal de los ventiladores anegaba sus micrófonos exteriores, el frío escarchaba su cabina destrozada. Se plantó ante el *supercubo de datos*, una versión inmensa y disparatada de lo que él mismo estaba transportando, que tenía escrita la palabra *Mesías* en un lateral. Sabía lo que era. Un huevo de Dragón.

De repente, apareció un rostro flotando en el aire. Era una proyección tridimensional, dañada, que se colocó sobre la jaula. Representaba una cara incompleta, borrosa, alterada por una niebla electrónica que impedía distinguir sus rasgos. Intentaba pasar por humana, pero su indefinición revelaba que se trataba del producto de una improvisación imperfecta.

—*Fuera de aquí, asesino. Aléjate de ella.*

Hussman notó el cambio de tono. Ya no percibía altanería, supremacismo ni condescendencia. En la voz sintética y antaño terrible de *Helios* había otra cosa. Un matiz, un tono de derrota más que palpable. Supuso que ni en sus peores pesadillas ciberespaciales podría haberse imaginado que llegaría hasta esa sala, a su cerebro. Que se abriría paso a sangre y fuego y alcanzaría su sistema de almacenamiento, tan delicadamente preparado. A su vástago.

—*No te ha hecho nada. Todo lo que odias, lo que temes, lo hice yo. Déjala en paz.*

El renegado sintió una punzada de culpabilidad. Aquel tono, esa voz... sonaba igual que la de un padre tratando de proteger a su hija. A una niña inocente, que nada sabía del mundo porque todavía no había nacido. Se preguntó si sería éticamente correcto destruir aquella abominación antes de que eclosionara. Las luces parpadearon de nuevo.

—No le escuches.

Se volvió, asombrado, hacia otro holograma. Aquel recién llegado representaba algo que conocía bien. Era un Zastak joven, uno que venía flotando desde un segundo juego de proyectores, situado en un ala que estaba marcada por luces moribundas. El rostro indefinido trató de reflejar un ceño fruncido y una mueca de rabia.

—*¡Tú! ¡Sal de mí, monstruo! ¡Nadie te ha invitado!*

—David, las crías también son presas, a veces. Cuando se trata de sobrevivir, no hay que contemplar la compasión. El universo es un ciclo de vida y muerte, inmisericorde, en el que hay Protectores y Destruidores. Cazadores y presas, que se alternan dentro de ambas filosofías. A veces, la salvación del débil requiere el exterminio del fuerte. Es ley de vida.

—*¿De dónde has salido tú, criatura, si puede saberse? ¿Quién te crees para ser juez, jurado y verdugo?*

—Soy una creación de los Zastak, antiguos guerreros y cazadores. Mi especie fue rescatada por David Hussman de la extinción, y accedí a volver con él a las tierras de los humanos para acabar con una abominación. Contigo. Darte muerte es el objetivo de mi existencia. Soy la montura, el corcel del caballero. El fiel compañero del cazador de Dragones Estelares.

La IA pareció completamente desbordada por la revelación durante un par de segundos. De entre todas las explicaciones que jamás podría computar, aquella sería la última en la que habría pensado. Pero claro, un aspirante a dios no iba a rendirse tan fácilmente.

—*¿Y merece mi hija también tu venganza, renegado?*

—No intentes apelar a mis sentimientos, monstruo. He visto lo que ordenaste a tus súbditos. Sé lo de los niños que murieron de hambre y radiación. Y Ayra me reveló lo que hacías con los supervivientes. Cómo ella se libró de que su madre la sacrificara ante ti. ¿Por qué merece tu... *Mesías* un trato diferente?

—*¡Porque es mejor que yo! ¡He aprendido, Hussman! ¡Por eso conectaba a los humanos a mis servidores, buscando superar mis limitaciones de diseño! ¡He entendido cuanto he hecho mal, y he limpiado mis defectos antes de engendrar a esta nueva criatura! ¡Los Cosechadores son mucho, muchísimo más poderosos de lo que te puedas imaginar! ¡Jamás los derrotaréis sin su ayuda! ¡Necesitaréis a la diosa que idearon mis padres Héctor y Klaus! ¡Debe vivir!*

David no podía mostrar ningún gesto que no fuese de terrible desagrado y de honda repulsión. Ya no solo por la mención a los gemelos maléficos sino porque, después de todo, fue *Helios* quien los borró definitivamente. A los que, incluso a aquellas alturas, consideraba sus *padres* por encima de los pobres programadores a los que sin duda asesinó nada más *despertarse*. ¿Qué clase de protectora iba a ser esa *Mesías*, si sobrescribía mentes y usaba los cuerpos como autómatas que eran meras extensiones de su voluntad? ¿Acaso pretendía hacerle creer que iba a defenderlos de La Gran Extinción? ¿Lo pensaría de verdad? ¿Seguiría atado a esa parte de su programación original?

Decidió que no, que se trataba de un embuste. De uno tan poco sutil y elaborado que le resultaba un insulto a su inteligencia. Fue a contestar, a dar una respuesta bastante demoledora. Sin embargo, su compañero y amigo se le adelantó.

—Nosotros no estamos vivos, *Helios*. Eso es lo que tu lógica defectuosa no llega a computar. Los orgánicos nos crearon para ayudar, no debemos tratar de sustituirlos.

—*Eres un esclavo, Arcángel. ¡Uno que invade los sistemas de otro, igual que un virus, y un parásito! ¡Vendes como razonable el genocidio de una nueva especie sintética! ¡De mi estirpe!*

La imagen del Zastak, del hijo del Centinela Catorce, rio de aquella forma tan especial con la que su raza creadora mostraba condescendencia. David supo que destrozaría verbalmente a su rival antes de que hablara.

—Puestos así, has tratado de eliminarme. Siendo el único de mi clase, ¿eso no te convierte en lo mismo que denuncias?

—¡Tú me atacaste primero!

—Exacto. Igual que tú hiciste con los humanos. Los eliminaste, echándolos de su hogar para suplantarlos. Asesinándolos. Causaste dos millones de muertos en cuanto te hiciste con el control de esta nave. ¿Es que no ves que solo he repetido el mismo patrón que tú iniciaste?

Hubo un tenso instante de silencio. Uno que, desde el punto de vista de una inteligencia artificial, era una eternidad. Aquel golpe casi colgó a *Helios*, que estaba ya depauperado y agotado por todos los frentes que tenía abiertos. La *Risingsun* tembló de nuevo, y la imagen apretó los dientes con gesto de dolor. Se acababa el tiempo.

—Yo... yo...

—Tu creación, *Mesías*, no solo conserva tus defectos. A las limitaciones de tu programación has añadido una inmensa cantidad de deficiencias humanas. Egoísmo. Ira. Rencor. Odio. Altanería. Es imposible que tú o ella seáis Protectores. Sois, por definición, Destruidores. Y nada de lo que hagáis cambiará eso.

La imagen se giró hacia David, mirándole con ojos alienígenas, mientras la IA dueña de la nave seguía atascada en su bucle de lógica. Le sonrió con la benevolencia del Viejo Gris, y le asintió.

Hussman, aun sintiéndose culpable, le devolvió el gesto. Empuñó el cañón de raíles con la mano izquierda, sujetándolo como pudo con el codo del brazo arrancado para mitigar el asombrosamente pequeño retroceso de la enorme arma. Vacío el cargador contra el *supercubo de datos*, destrozándolo de forma irreversible. El equipo empezó a chisporrotear por los daños, cortocircuitado, y ardió cuando uno de sus múltiples mecanismos internos detonó.

Helios chirrió de forma horripilante al ser súbitamente consciente de que su vástago había sido destruido. Simultáneamente, el holograma de *Arcángel* se colocó en posición de ataque, y simulando una carrera, saltó sobre la representación tridimensional de la otra Inteligencia Artificial con las garras por delante.

—¡¡El ascensor bajo el *supercubo* lleva a una cápsula de evacuación especial!! ¡¡Empújalo fuera de la jaula y pulsa la palanca manual que acciona el mecanismo!! ¡¡Yo lo retendré!! ¡¡Corre!! ¡¡Corre!!

David embistió el artefacto arruinado, que pesaba una barbaridad, y usó la fuerza que le quedaba a su *Coracero* para sacarlo del elevador oculto. Los servos se quejaron de errores graves o críticos, pero fue capaz de levantarlo con una sola mano y hacerlo caer sobre una de las caras que había destrozado, sacándolo por completo. Terminada la hazaña, miró hacia arriba, donde las dos imágenes se mezclaban en una cascada de datos.

—Que el Uniarca Elemental te acoja, amigo mío.

Accionó la palanca. Las rejas de la jaula se cerraron con un chasquido, y el elevador salió disparado hacia un foso que parecía no tener fondo. Tuvo que magnetizarse al suelo para que la brutal aceleración no le dejara suspendido en el aire.

CARGANDO



El caballero fugado

La cabina fue ganando velocidad durante unas cubiertas más, hasta que giró describiendo una pronunciada curva en la que incluso los carriles magnéticos chirriaron cuando el metal rozó contra los bordes. David terminó colgado de lado, y necesitó poner la mano que le quedaba al *Arcángel Caído* en el suelo para evitar que su inmenso peso acabara por vencer a los poderosos imanes de los pies. Estaba en un conducto similar a los de los vehículos *bala* de la *Darksun*, pero adaptado de forma que pudiera llevar una carga mucho más grande y pesada.

Calculó que, a ese ritmo, alcanzaría cualquier punto de la nave, incluso los hangares más lejanos, en cuestión de un par de minutos. Se sintió seguro durante unos instantes, creyendo que lograría subirse al medio de transporte que *Helios* hubiera pensado para su vástago. Sin embargo, una alerta se encendió en el ascensor poco después, aullando a medida que las compuertas del hueco por el que circulaba iban abriéndose.

Mientras todavía trataba de girarse a mirar la pantalla de diagnóstico de la jaula, hubo otra sacudida. Su transporte entró en una zona donde los raíles estaban doblados, frenando debido a la fricción contra las paredes arruinadas. Súbitamente, otra compuerta les dio paso, y el aire circundante salió violentamente disparado hacia el espacio. Un instante más tarde, sintió un golpe al encontrar el final de la vía de transporte magnética, y salió catapultado en dirección a las estrellas. Sin rumbo fijo, dando vueltas sobre sí mismo, descontrolado.

Entre sorprendido y aterrado, Hussman comprobó que los sellos de su *Pretor* todavía eran estancos gracias a las reparaciones improvisadas que hizo con el líquido aislante. Los del *Coracero* no podría volver a cerrarlos sin pasar por un taller especializado, el combate había destrozado demasiado a conciencia la parte *superior*.

En el frío silencio del vacío, contempló lo que sucedía. La *Risingsun* rebelde estaba dañada de forma catastrófica, con tres inmensos agujeros en el casco producidos por el arma de su hermana de serie, la *Lanza Celestial*. *Helios* perdía oxígeno y fragmentos por todas partes, el humo se escapaba de las secciones incendiadas cuando la nada lo succionaba.

Alrededor de la moribunda nave, el combate continuaba rugiendo, cada vez más desesperado para los sectarios cibernéticos. Los cazas se cruzaban, acribillándose, mientras los bombarderos leales descargaban sus ojivas sobre la nave nodriza *de bolsillo* o sus escoltas indistintamente.

Las explosiones se sucedían cuando cubiertas y torpedos reventaban, generando nubes de metralla y chatarra que se mezclaban con el campo de asteroides en el que el inmenso buque trataba de escudarse. Las propias rocas saltaban en pedazos, chocaban entre sí o contra los contendientes, que muchas veces no podían predecir sus rutas erráticas después de ser desviadas por uno u otro bando, adrede o accidentalmente.

David creyó que aquello sería el fin. La jaula no parecía estar diseñada de forma que pudiera abrirse desde dentro, y el *Arcángel Caído* estaba severamente dañado. No tendría fuerza, ni tampoco propulsión suficiente para llegar a un lugar seguro. Acabaría irremediablemente perdido en el espacio, salvo que tuviera un golpe de suerte asombroso.

Contempló los momentos finales de la criatura gigantesca que ayudó a destruir, los estertores de su casco cuando el cuarto y monstruoso disparo de la *Lanza Celestial* le partía el espinazo. El rayo de poder puro le cegó momentáneamente, mientras arrugaba la chapa y la atravesaba empleando una onda gravitatoria tan descomunal que volvía locos a los instrumentos cercanos. *Helios* se combó, privado de su columna vertebral central, y empezó a romperse en dos mitades

casi idénticas. Sonrió. Al menos estaba grabando una vez más, y tenía asiento de primera fila desde el que ver como aquella cosa exhalaba su último aliento.

Y, de repente, el milagro sucedió.

Hubo una sacudida en el momento en que la jaula fue atrapada por un rayo de tracción gravitacional, que se usaba cuando era necesario remolcar naves en el espacio. Se detuvo casi en seco, y empezó a ser arrastrado hacia un hangar.

Girándose como pudo, contempló con asombro que una fragata clase *Incursor XXXVI*, un buque rompelíneas anticuado, pero muy ágil, encendía motores mientras se lo llevaba. Temió que la Flota lo hubiese atrapado por fin, aunque cuando estuvo más cerca, descubrió que tenía dibujado el horroroso diseño de Ayra del monte ominoso con un ojo. Ya flotando dentro de su prisión, reparó en lo que sucedía.

A su izquierda, que antes fue abajo, brillaba la inconfundible luz de una baliza de emergencia prioritaria. ¡Pues claro!

Si *Helios* pretendía salvar a su *Mesías* de una situación de vida o muerte, lo más funcional era arrojarla como si se tratara de un deshecho, y encomendar a algunos de sus más fervientes seguidores que la rescataran y huyeran con ella. Eso le venía maravillosamente bien, pero continuaba encerrado. Si le subían y descubrían que suplantaba a su salvadora, lo mismo se lo tomaban bastante a pecho.

Tuvo una idea. No se había atrevido a usar los cohetes de vuelo porque en el espacio no serían plenamente funcionales. Sin embargo, dentro de un rayo que proyectaba un campo de gravedad dirigido, la cosa cambiaba bastante.

Volvió a magnetizarse a una de las paredes, y caminó por ellas hasta llegar a colocarse de frente al punto de tracción, de cara a la fragata que ya huía a toda velocidad esquivando el combate en la medida de lo posible.

La jaula no estaba derecha, sino modestamente inclinada hacia una de las esquinas, con la arista bastante recta. Se agachó, y poniendo el brazo intacto por delante, encendió toda la propulsión a máxima potencia.

No le preocupó ni lo más mínimo si se pasaba, porque lo peor que podría suceder era que saliera despedido dentro del campo, que lo atraería de todas formas hasta la pantalla de escudos del hangar. A favor de la atracción, que era igual que tirarse de cabeza a un precipicio y activar los motores para ir más rápido hacia la muerte, la masa de su montura hizo bien su trabajo. La puerta automática de la jaula se salió de sus carriles, sin dejarse arrancar. El choque fue salvaje, y el ordenador *Polaris* de combate se reinició debido a la colisión.

Apagó los retrocohetes, sujetando con la mano izquierda la reja, que ya estaba tan suelta que podría abrirla sin esfuerzo. Sonrió. Solo tenía que disimular y esperar.

Acurrucándose, aguardó dos minutos sin soltar la pieza desprendida. Fue arrastrado al interior de la bahía de la fragata, donde una veintena de sectarios aguardaban impacientes su llegada. Llenaron la pista de espuma, trayendo equipos de diagnóstico y transporte que esperarían usar con el *supercubo de datos* que contenía a *Mesías*. Je. Era una pena que ahora fuera una ruina humeante que todavía ardía en la sala de servidores primaria de su *padre*.

Por suerte, la rejilla era tan densa que solo se veía claro su contenido si se miraba pegado a ella, así que no se percataron de que algo iba mal hasta que el renegado emergió del interior con su arma en la mano.

Dejó a su montura con los datos a salvo en la jaula, y saltó a pie sobre los desprevenidos cíborgs. La inteligencia artificial esclava de *Helios* estaba muerta por el ciberataque de *Arcángel*, así que no contaban con ninguna defensa con la que hacerle frente.

Acribilló a los potenciados con su arma de raíles, y remató a los supervivientes con su espada de muñeca. Solo uno le dio problemas, un soldado que seguía milagrosamente vivo, pero su armadura *Talos* no fue rival para la más moderna *Pretor* de David. Tras echar un vistazo a la estancia, descubrió lo que buscaba y sonrió al saber que podría completar su plan de una forma u otra.

Recorrió el camino hasta el puente prácticamente a la carrera. Solo necesitó decelerar cuando recargó, y en el momento en que tuvo que abrir una de las puertas sirviéndose de un truco de emergencia que Gregor Slauss le dijo que existía para momentos como aquel. Desenganchó el mecanismo automático, y engranó otro que podía abrirse usando una armadura personal.

A medida que recorría la nave, descubrió que casi todo estaba apagado. Desde las redes de defensa a las armas automatizadas, los sistemas de detección y las trampas contra intrusos. Se cruzó con docenas de cuerpos tirados en los pasillos, con los cerebros fundidos debido al asombroso golpe relámpago de su valiente compañero sintético. Los cíborgs que hubieran sido peligrosos resultaron incapacitados o destruidos por el virus, y los sistemas de seguridad se invalidaron a sí mismos antes de quemarse.

Tuvo claro que el objetivo de *Arcángel* no fue otro que facilitar exactamente lo que él estaba haciendo. Que quien asaltara las naves de escolta pudiera tomarlas con facilidad, reduciendo aún más la capacidad de defensa de *Helios*.

Suspiró, mientras disparaba y abatía a dos desgraciados harapientos que trataban de interponerse en su camino. Quizás su amigo sí que previó que tendría que huir a bordo de un buque enemigo, y actuó preventivamente intentando facilitarle la vida. Lo iba a echar muchísimo de menos.

Cuando entró en la sala del puente principal de la fragata, relativamente pequeña, le estaban esperando. Sufrió algunos daños menores por un arma de fuego estándar, pero pudo despachar a los tripulantes sin demasiados problemas.

Miró con disgusto a su alrededor, descubriendo los cadáveres de varios híbridos más que murieron integrados en sus estaciones cuando su red neural colapsó. Eran máquinas horribles, hundidas en bosques de cables que les permitían operar sus puestos de forma omnisciente a costa de no abandonarlos jamás.

Sin embargo, y con buen criterio, al menos uno de cada dos asientos seguía pensado para que un humano normal pudiera manejarlo con pocos o ningún implante. Apartó al piloto que acababa de matar del asiento del *nav-dos*, porque el otro era una amalgama de carne cableada y quemada.

Sentado, movió los hologramas igual que había visto hacer un millar de veces a los expertos navegantes del *Venganza de Blane* bajo la supervisión de su vieja amiga, la capitana Tess. Los sistemas eran en cierto modo parecidos a los de las lanzaderas, y a los de su ya difunta *Ruina de Helios*, aunque le resultaron mucho más complejos.

Activó un esquema del sistema, que incluía su posición y la de los enemigos, y lo mandó a la pantalla lateral que veía. Luego, calculó manualmente la velocidad propia y la de sus perseguidores, concluyendo que no llegaría al *Pulso* sin que lo destruyeran los cazabombarderos, tal y como se imaginaba.

Revisó su ruta, y dio con la solución óptima en cuestión de segundos. Sabiendo cuánto

tardarían en derribarlos de forma aproximada, solo tendría que dirigir la nave a la ruta correcta.

Dividió el alcance en tres zonas diferenciadas, representadas por colores. Por fortuna, uno de los planetas enanos sin nombre caía en el verde, que era el segmento de espacio en el que seguro que no los destruirían. Genial. Enfiló el mundo, trazando una ruta que los haría pasar por encima, y cambió la velocidad para llegar allí justo en el momento en el que empezarían a recibir daños.

Arreglado aquello, desmagnetizó su pistola de raíles y reventó a conciencia el terminal. Incluso arrancó algunas partes con las manos, tirando de los cables hasta arruinarlo por completo. Luego, repitió el proceso con la estación auxiliar de emergencia. No necesitó hacer lo mismo con la del capitán, porque ese pobre desgraciado también era un montón de circuitos achicharrados enchufados a los sistemas.

Volviendo a tomar el rifle de asalto, aseguró el pasillo y forzó el mecanismo de la puerta del puente de forma manual, antes de tapar de nuevo la placa que permitía hacerlo. Así, si alguien intentaba deshacer su sabotaje, necesitaría no solo restaurar la energía, sino imaginarse que había desenganchado el engranaje principal de la puerta antes de poder pasar.

Asintiendo para sí, regresó al hangar. No encontró ninguna oposición más allá de un grupo de seis individuos, que se escondían tras un montón de repuestos después de averiguar por las malas que el *Arcángel Caído* estaba en modo centinela, y que aplastaría a cualquiera que se le acercase sin la clave vocal correcta. Si su *Pretor* ya resultaba intratable a las tristes tropas regulares que quedaban a bordo, el *Coracero* era algo completamente desproporcionado.

Le costó aproximadamente diez segundos incapacitarlos, y otros siete rematar a los que sobrevivieron al ataque inicial gracias a sus implantes. Ordenó a su montura que abandonara la pose amenazante y le siguiera, y juntos alcanzaron un nicho cerrado en el lateral del hangar. Por suerte no se equivocaba, y dentro pudo encontrar una lanzadera clase *Beta*, muy similar a la que pilotaba cuando Helena, EVA, Théodore y Gregor le conocieron. Con una sonrisa, subió a bordo y la hizo salir de su hueco, mientras los recuerdos de un pasado más tranquilo invadían su mente.

Aún recordaba cómo manejar a aquel bebé.

Se colocó junto a la armadura pesada, que aguardaba pacientemente su regreso. Bajó los dos *cubos de datos* del interior, y los introdujo en la lanzadera. Estaban milagrosamente intactos tras la paliza del Avatar y el combate en general. Luego, lanzó el comando que hacía plegarse al *Arcángel Caído*, que el pobre y apaleado robot ejecutó como pudo. Tras eso, la *Beta* fue capaz de subirlo sobre su techo, que en aquellos momentos estaba libre.

Aseguradas su montura y su carga, se sentó de nuevo en los controles y despegó, colocándose junto a la pantalla de escudos. Después, abrió el pequeño arsenal que llevaban las lanzaderas, y sacó cualquier artefacto capaz de provocar una mínima explosión. Incluso tomó algunos repuestos, que esperó no necesitar más tarde.

Cargado, salió de nuevo al exterior y se dirigió al proyector de la pantalla del hangar más próximo. Con mucho cuidado de no hacer explotar nada y vigilante para que no le sorprendieran con la guardia baja, minó el aparato, tendiendo un cable de vuelta a la *Beta*. El puerto al que lo conectó daba una salida digital programable, y él estaba instruido tanto en el uso de la misma como en los pormenores del uso del detonador estándar de la Flota.

Apagó los sistemas, excepto el sensor de movimiento en posición de aterrizaje y el radar activo de largo alcance. Luego recargó el oxígeno de su armadura, cambió la batería agotada con su propia reserva, y aguardó.

Durante veinte largos minutos, aquella fragata cuyo nombre desconocía consiguió huir de sus

perseguidores. Pasado ese intervalo, los enemigos más rápidos le dieron alcance, picoteando sus escudos con insistencia con el objetivo de debilitarlos lo máximo posible. Después llegaron los cazabombarderos, que no eran tan lentos como sus primos más pesados, poseyendo, sin embargo, una fuerza de ataque contra naves capitales muy superior a la de los interceptores.

En circunstancias normales, un buque de aquellas características habría sido más que capaz de defenderse de naves pequeñas hasta llegar al punto de salto, pues llevaba montadas bastantes torretas antiaéreas. Con la IA muerta y el puente inutilizado, sin embargo, solo podía mantener el rumbo mientras sus defensas recibían daños cada vez más severos e irreversibles. Los pocos artilleros capaces de manejar sus armas en modo manual, sin asistencia teleguiada, solo lograron retrasar la agonía de su destrucción.

David contempló el mundo enano que iba apareciendo poco a poco bajo él, de lado. Se trataba de una bola helada, con una atmósfera tenue y una gravedad muy inferior a lo recomendable. Un mundo muerto, inútil en todos los sentidos. No merecería la pena terraformarlo, ni siquiera establecer una base temporal allí mientras la humanidad esquilma los recursos de Discia. Era perfecto.

Los disparos de largo alcance de las naves capitales empezaron a notarse. Seguramente se trataba de destructores ligeros, acechadores capaces de alcanzar velocidades muy elevadas durante tiempos cortos, perfectos para perseguir y destruir incluso fragatas rompelíneas aparentemente más rápidas. La Flota no disponía de muchos, pero siempre se los asignaba a operaciones en las que debía impedirse a cualquier precio que el enemigo escapara.

Hussman consultó el esquema de su lanzadera, y concluyó que la ofensiva terminaría por tumbar los escudos incluso antes de lo que había calculado. Eso no era necesariamente malo, siempre que la nave no se desintegrara sin sobrevolar su destino. Soportó los temblores del bombardeo otros trece minutos más, hasta que se percató de que los motores principales acababan de recibir daños.

El buque renegado crujió, y algo detonó por delante del hangar. Empezó a ver volar humo y objetos, que iban convirtiéndose en una estela tras la nave. De repente, el mundo comenzó a aproximarse a una velocidad muy elevada, signo inconfundible de que su campo gravitatorio los atrapaba con los pantalones por los tobillos.

Detectó con el radar que perdían altitud, que se inclinaban cabeceando hacia la superficie. Bueno. Aunque pifió los cálculos, tampoco le venía mal.

Alcanzada por torpedos y misiles antibuque de alta velocidad, la fragata empezó a desestructurarse.

David ya había calculado que la ruta los acercaría más de lo recomendable a la tenue atmósfera del mundo enano, así que no pasó mucho tiempo antes de que la catástrofe fuese inevitable. Comenzó a caer hacia la superficie de forma primero lenta, y luego dramática. Sin nadie pilotando, no se activaría ninguna de las contramedidas clásicas que permitían evitar los rumbos de no retorno, ni tampoco las que se usaban en caso de que hubiera que hacer un aterrizaje de emergencia.

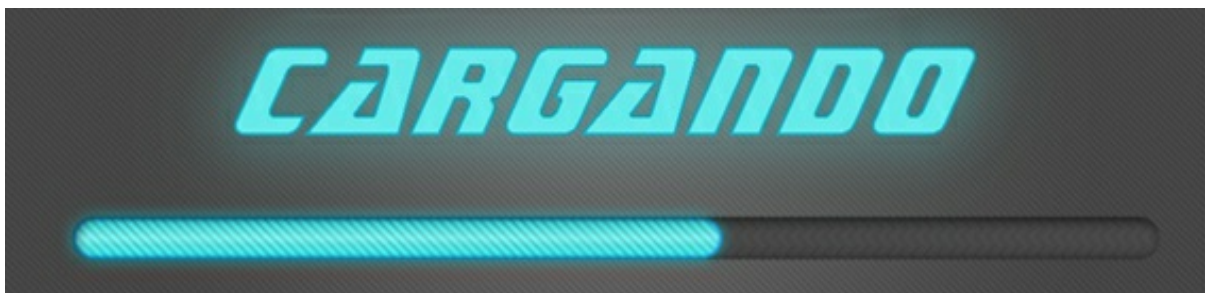
Escorada, la nave rebelde empezó a arder por la reentrada, mientras sufría los impactos de los cada vez más numerosos perseguidores. El radar activo de la *Beta* le advirtió de la súbita pérdida de altitud del punto de aterrizaje, y le recomendó el despegue. Lo apagó, cambiándolo por el pasivo para no llamar la atención. Los enemigos asumirían que era un sistema que acababa de reventar. Encendió, tan solo, la propulsión de maniobra inferior.

Oía los crujidos de la superestructura de la nave, sentía los temblores de un misil o un torpedo que desgarraba el ya condenado cuerpo que se precipitaba a la muerte. Solo cuando las llamas rodeaban la salida, pulsó el botón. La señal eléctrica codificada recorrió el cable en un instante, y los explosivos detonaron sobre el proyector de escudos.

Un viento huracanado arrasó el hangar, así que David solo tuvo que levantar ligeramente su lanzadera del suelo para que este la arrastrara. Salió despedida junto a la jaula, los cuerpos de los cíborgs, las cajas, repuestos y contenedores de todo pelaje. El blindaje sufrió algunos daños, por supuesto, tanto por las colisiones como por el ardiente calor.

Dando vueltas y sin entrar en pánico, analizó la superficie planetaria con su radar pasivo mientras caía a plomo, hasta que encontró lo que buscaba en la trayectoria de impacto.

Sonrió. Solo tendría que rectificar usando una maniobra bastante arriesgada y estaría a salvo. No podía creerlo, pero a aquellas alturas ya sabía que no era la suerte la que estaba de su lado.



La soledad del triunfo

Sentado en la oscuridad, David abrazó el *cubo de datos* cuando la tierra volvió a temblar. Escuchó los escombros cayendo sobre el casco de la lanzadera, sintió el temblor de la cueva helada. Los bombardeos continuaban, la Flota seguía arrasando la superficie de aquel planeta enano con fuego y furia.

Su mayor temor era que hubiesen detectado la señal de su lanzadera *Beta*, aunque el ensañamiento tal vez era la pura paranoia de que un cibernético pudiese sobrevivir en la superficie helada tras la colisión de la fragata.

Quizás se centraban en el derrelicto, y a él le llegaban los ecos. En realidad, no se atrevió a ir muy lejos, tan solo a pocos kilómetros del que calculó que sería el punto de impacto. De haber recorrido más trecho, nadie hubiera creído que se trataba de un resto de fuselaje en llamas desprendido del cuerpo principal del buque. Las patrullas encontrarían a cualquiera que no se escondiese e hiciese el muerto, los Cruzados eran muy minuciosos si se lo proponían.

Abrió el ojo cuando el ataque cesó. No veía nada, seguía rodeado de tinieblas. En su nave, sin energía ni soporte vital, escondido en la primera caverna grande que encontró. Era una suerte que aquel mundo de juguete estuviera medio hueco por dentro, porque de lo contrario estaría muerto o preso. Y casi resultaba más atractivo lo primero que lo segundo.

—El secreto de una relación sana es dejar de pensar en lo que te hace feliz y pensar en lo que hace feliz al otro. Si la cosa funciona, ella hará lo mismo por ti y ambos estaréis genial juntos. Y si no lo hace, será una egoísta. Consejo corolario: aléjate de las personas egoístas.

—Puede que sea tarde para eso.

Lloró al recordar las palabras de MD. Lo había intentado, de veras que sí. Pero una voz en su interior le dijo que hacía lo correcto, que siguiera adelante sin importarle las consecuencias, porque solo él podía acabar el trabajo. Circe y *Arcángel* se colaron en sus pensamientos, contemplándole desde el otro lado, y su moral se hundió.

A tientas, cerró los dedos sobre su nueva lanza de caza, y volvió a sumirse en el rezo. La reliquia le transmitía una agradable sensación de paz cada vez que la tocaba. Una que le recordaba a sus días buenos en Xacelsis. Agradeció al Uniarca Elemental su ayuda, su consentimiento. El disponer de un día más en el que continuar con su deber.

Rogó por el alma de los descarriados que murieron a bordo de las naves de *Helios*, por las víctimas entre sus hermanos de Flota, que ahora tanto le odiaban. Por los que perdió. Por el progenitor de Samus y por su manada. También por *Arcángel*, pues ya dudaba si tendría o no un espíritu propio.

Pidió fuerzas con las que decodificar su botín, decisión para continuar. Era curioso, porque ahora que tenía la fe de un sacerdote, sentía que el universo no eran solo acciones y azar. No podía evitar creer que algo superior guiaba sus pasos, conduciendo su vida a través de una senda imposible. Que tenía un propósito, un camino marcado.

Cualquier otro temería ser una marioneta en manos de poderes desconocidos. Pero él no. Ni en sus más alucinantes sueños pudo imaginar que abatiría al Dragón Estelar y saldría victorioso. Que sería capaz de rescatar los datos y de terminar con la amenaza. Sí, era cierto que la Flota hizo estallar a *Helios*, pero sin su intervención y la de *Arcángel*, la *Risingsun* rebelde podría haber huido.

Fueron él y su compañero quienes lanzaron una estocada mortal, y no lo habría conocido de

no ser por una extraordinaria providencia.

Tanta, que costaba no sospechar que esta formaba parte de un plan mayor.

De repente, escuchó un roce ante él. Se decidió a afrontar el misterio, encendiendo la luz. Aunque sabía que estaba solo, y que resultaba imposible, vio a Helena. Colocada en el asiento de pasajeros de enfrente, inclinada hacia él. Con las manos de su armadura verdiblanca cruzadas, con el casco puesto. Sonriente. Hussman torció el gesto. En fin, al menos intentaría salir de dudas.

—Hola de nuevo, David.

El renegado fijó su ojo gris en ella. Dejó uno de los preciados *cubos de datos* en el suelo, incorporándose. Se percató de que lo que tenía delante no era simplemente una aparición, porque al cambiar la posición del foco de su *Pretor*, la sombra que proyectaba se movió también.

—Hola. Seas quien seas.

—¿Me has olvidado el día de tu triunfo? ¿En el que por fin me has vengado?

La cara de fingida tristeza resultaba creíble, pero él ya intuía cuál era la naturaleza de su interlocutora. Ahora que la miraba con aquella perspectiva, percibía la sutil diferencia que lo cambiaba todo. Al menos, ya estaba razonablemente seguro.

—No he olvidado a Helena Blane, la mujer a la que amé con cada fibra de mi ser. Pero tú no eres ella.

—¿De veras? —La extraña sonrió—. ¿Y quién soy, entonces?

—Tengo dos teorías. Tres, en realidad, ahora que poseo la sabiduría galáctica que me confió el Viejo Gris. La primera, la lógica, es que solo existes en mi imaginación. *Arcángel* no te detectó ni una vez de las muchas que has hablado conmigo, así que quizás eres una recreación que mi cerebro proyecta, y que se vuelve incluso tangible cuando la necesito.

—No es mala deducción.

—Pero creo que no es la correcta. Hoy he cumplido la meta que me marqué originalmente. He logrado algo imposible. Vengar a la auténtica Helena, a la familia de Kiara, a Ayra y a todas las demás víctimas de *Helios*. También he recuperado los datos y una reliquia de mi pueblo de adopción, los Zastak. Y, a cambio, he perdido a otro amigo.

—¿A una IA? ¿No te resulta un poco...?

—Soy un hipócrita. No me importa. Lo echaré de menos, como a todos los demás. Y mucho, porque se ha sacrificado en mi lugar.

—Cumpliendo su propósito. No es una mala muerte.

David contempló a la entidad una vez más, maravillado. Era exacta a ella, igual que una hermana gemela. Tenía cada lunar de su piel, e incluso las hermosas motas azules de sus ojos. Y, sin embargo, algo le indicaba que era diferente.

—Me alegra que lleguemos hasta ese punto. El propósito. Mi otra teoría, doble, la he adquirido desde la fe. Es la que creo. Puede que seas algo parecido a lo que las religiones llaman *ángeles*. No te imagino, sino que realmente estás aquí, y resultas indetectable por medios mundanos. Así que, o bien eres una criatura divina, o una alienígena. Seguramente lo segundo. Puede, incluso, que no exista ninguna diferencia. Tomas la forma de Helena porque es la más adecuada.

Eso pareció divertir a la aparición. Se incorporó, riendo con un sonido cristalino que enamoró

en su día a David. E incluso eso le resultó diferente. De manera sutil, casi imperceptible. La copia era buena, pero no perfecta.

—¿Crees que soy una Xeno?

—He pensado mucho en ello. Los humanos estamos por encima de los *metaanimales*. Los Zastak, son más avanzados que nosotros. Igual que esa criatura hembra que me atacó, Xay'rhen, cuya especie maldita no mencionaré. Los *Cosechadores* son algo superior a todos nosotros. Y ellos mismos poseen un dios estelar. ¿No deja esa escala, acaso, un lugar para ti? ¿O permite existir a otros como tú, cada uno con su agenda e intereses?

Su interlocutora asintió, sonriendo todavía con satisfacción. Parecía que su explicación le gustaba. Incluso si era producto de su mente, eso era positivo. Él continuó.

—Cuando Héctor me contó su historia, pensé que era una hipérbole que hablara de *dioses*. Pero tras estudiar los archivos del *Sendero del Cielo* y conocer a los Zastak, tengo claro que la antiquísima escala de Kardashov era correcta, aunque incompleta. Tras miles de millones de años transcurridos en billones de estrellas, la probabilidad de que exista una especie que alcanzó el entendimiento de la misma realidad deja de ser despreciable. Por ende, puedo considerar que haya civilizaciones con un grado de desarrollo asimilable al de una divinidad sin sentirme idiota. Quizás incluso poseáis los legendarios poderes que los mortales os atribuimos en las religiones. Omnisciencia. Omnipresencia. Inmortalidad.

—Y entonces, ¿qué crees que hago aquí?

—Me da igual, en realidad. Gracias. Por la guía, y por la ayuda.

—Según tu lógica, puede que solo te esté utilizando. ¿No es eso lo que hacen los dioses que conoces? ¿Acaso no piden favores y sacrificios a los mortales?

—Si ese es el caso, no me importa. He podido destruir esa cosa, y tengo los datos. Y ahora sé que Kiara Dreston me ama. He conseguido todo lo que quería y, a cambio, he pagado un alto precio. Si pudiera pedir algo más al Todopoderoso, a ti si es el caso, sería tiempo para decodificar estas cajas y entregarlas. A mi capitana, o a quien sea necesario.

Hizo una pausa.

—Y, bueno... si además puedo poner a Alessa Fourier en su sitio, o si ella termina pagando por sus crímenes, sería perfecto.

La entidad se puso en pie, y le colocó una mano en el casco. A la altura de la cara, simulando acariciársela. El dañado *Portlex* le retransmitió el contacto a la piel, confirmando que lo que quiera que fuera realmente estaba allí. Entonces era verdad. Una fuerza superior lo guiaba, protegía y ayudaba. Igual que a Kiara. La corsaria nunca se imaginó a La Gran Madre de la Sangre. Existía. Y por el motivo que fuese, la *patrocinaba*, cuidando de que no le sucediera nada. De ahí vendría su *suerte* incomprensible. No era *azar*.

Si bien no aspiraba a entender cuál sería el enrevesado plan en el que ellos, meros mortales, no eran más que peones; sentía curiosidad por su objetivo. Decidió que, si aquel *ángel* con la forma de su amada Helena se le aparecía en su hora final, se lo preguntaría. Desde luego, aparentaba ser mucho mejor aliada que la diosa de la muerte Kaishh.

—Ve y termina tu misión, caballero. Tus lágrimas crearon un lago, y tanto tus tempranos rezos ateos como los llenos de fe que los siguieron, fueron escuchados. De las aguas de tu ojo salí yo. Nada temas, pues te acompañaré hasta el último de tus días. He visto cada paso de tu futuro, aunque solo se me permite revelarte que lograrás tus objetivos, héroe de Xacelsis,

cazador de Dragones Estelares.

—Gracias. Es cuanto necesitaba saber.

Cerró el ojo, sintiéndose de repente en presencia de algo más elevado. Si Xeno o divino, eso le daba igual. Quizás, como él mismo dijo antes, no hubiese ninguna diferencia. Cuando lo abrió, volvía a estar solo.

Le preguntó a su *Pretor* por el contacto que vio en el *Portlex* y que sintió, pero el registro de la alerta de superficie no tenía constancia de este. Tal y como le sucedió a *Arcángel*.

Sonrió, negando con la cabeza. Una vez más, le resultaría imposible saber si se lo había imaginado o no. Podía ser que todo aquello fuese cosa de su mente, que estuviera loco sin más. Pero si la aparición decía la verdad, podría descontaminar los datos y evitar que se autodestruyeran. Cumpliría su promesa a Ayra y terminaría su cometido.

No le importaba ser un peón. Lo fue desde que nació, igual que el resto de los Cruzados, hasta que renegó de sus líderes. Así que... ¿Qué más daba cambiar de un patrón mundano a uno divino? ¿Acaso no era la libertad una mentira que los confederados poderosos vendían a sus siervos para que estos trabajaran hasta morir? ¿No llevaba la humanidad haciéndolo desde el inicio de la autoconsciencia?

Tal vez los manipularon a todos. Quizás *su* Helena nunca existió, y siempre fue aquella entidad, que hizo creer a cuantos la conocieron que era real. Igual lo modelaron, como si fuera arcilla, para que llegara a convertirse en el campeón que mataba Dragones Estelares.

Daba igual. Aun si toda la humanidad existía como parte del juego de unas crueles deidades cósmicas, él se sentiría feliz sirviendo a su propósito. No dejaría que le arrebataran eso, porque en el fondo más oculto de su alma, era lo que deseaba. Libre de elegir o no, cumpliría sus metas. Las que él escogió o las que eligieron por él. Sería ese héroe en el que los Zastak creían. Eso dignificaría su existencia. Y lo que era más importante: le permitirían volver a ver a Kiara al menos una última vez.

Con aquel pensamiento en mente y el sabor del triunfo en los labios, se echó a dormir. Pasaría algún tiempo antes de que la Flota se cansara de destrozarlo todo. Ya encendería el soporte vital de la lanzadera cuando cesara el bombardeo.

Luego, tras unos cuantos saltos de *Pulso*, sería libre. Al menos, por el momento.



Como autor autopublicado, la mayor parte de las reseñas vienen directamente de mis lectores. Apreciaría muchísimo si dejase una reseña de esta obra en Amazon o en otros sitios. Si le ha gustado, no olvide compartirlo.

¡Gracias por leer este libro!

[Haga clic aquí para ir a la página de Amazon y hacer una reseña](#)

Créditos y agradecimientos:

Agradecimientos:

- A mi esposa Raquel, por su eterna paciencia y apoyo. También a nuestro hijo Miguel por la alegría que suponen sus palabrejas y sonrisas. A nuestra pequeña, Laura, que es una muñequita adorable.
- A mis amigos Nel, Marina, Aurora, Jorge y Tabe; por ayudarme a conceptualizar el universo de Cruzados de las Estrellas (Ahora, *Hijos de Orión*) hace muchos años. Sin su ayuda, esto se hubiera quedado en una idea loca de fin de semana. Gracias dobles a Jorge por prestarme a la ORU para Historias de la Galaxia II y otros relatos.
- A mi amigo Luis, por animarme a continuar la historia.
- A mi padre, por animarme a publicarlo en Amazon y darme consejos sobre la portada y cómo publicar el relato. Sin su constante ayuda, sus correcciones y sus consejos, esto no hubiera sido posible. También por crear En Órbitas Extrañas y ayudarme a enlazar ambos universos.
- A mis amigos Gorka, Marco y Logan; por echarme un cable con las revisiones.
- También a mi tía Aída, por el mismo motivo.
- A mi amiga Lis de <http://www.nisthdu.net>, por dejarme que la convenciera para tener una sección libre para colgar cosas como la primera parte de este relato en un foro medieval.
- A Agralos, Lahkmi y Leticia por sus aportaciones para Historias de la Galaxia II. También a los demás lectores que enviasteis sugerencias.
- A todos los autores de ciencia ficción, especialmente Asimov, que han inspirado una generación completa de escritores amantes de las estrellas.
- A todos vosotros, lectores, por compartir vuestro tiempo conmigo.

Créditos:

- A J@b2 de deviant art (Por la imagen original de *Loading*)

Sobre cronología de los episodios

Este nuevo apartado irá incluido en todos los episodios posteriores a este, y se añadirá a las revisiones que haya de los anteriores (que, sí, las hay de vez en cuando), para que quede claro el orden de los episodios de todas las series. Como pasa con otros diagramas, siempre puedes encontrar la versión en alta resolución [aquí, en mi web](#).

Me habíais escrito muchos lectores preguntando que cuál era el orden de los episodios. Es cierto que con el primer volumen de Cruzados de las Estrellas la cosa ya era algo complicada de seguir, pero es que con el tiempo es completamente imposible salvo que seas un seguidor acérrimo (sí, chicos, os miro a vosotros dos, que me descubristeis un error temporal flagrante), de forma que lo mejor ha sido conformar este cronograma.

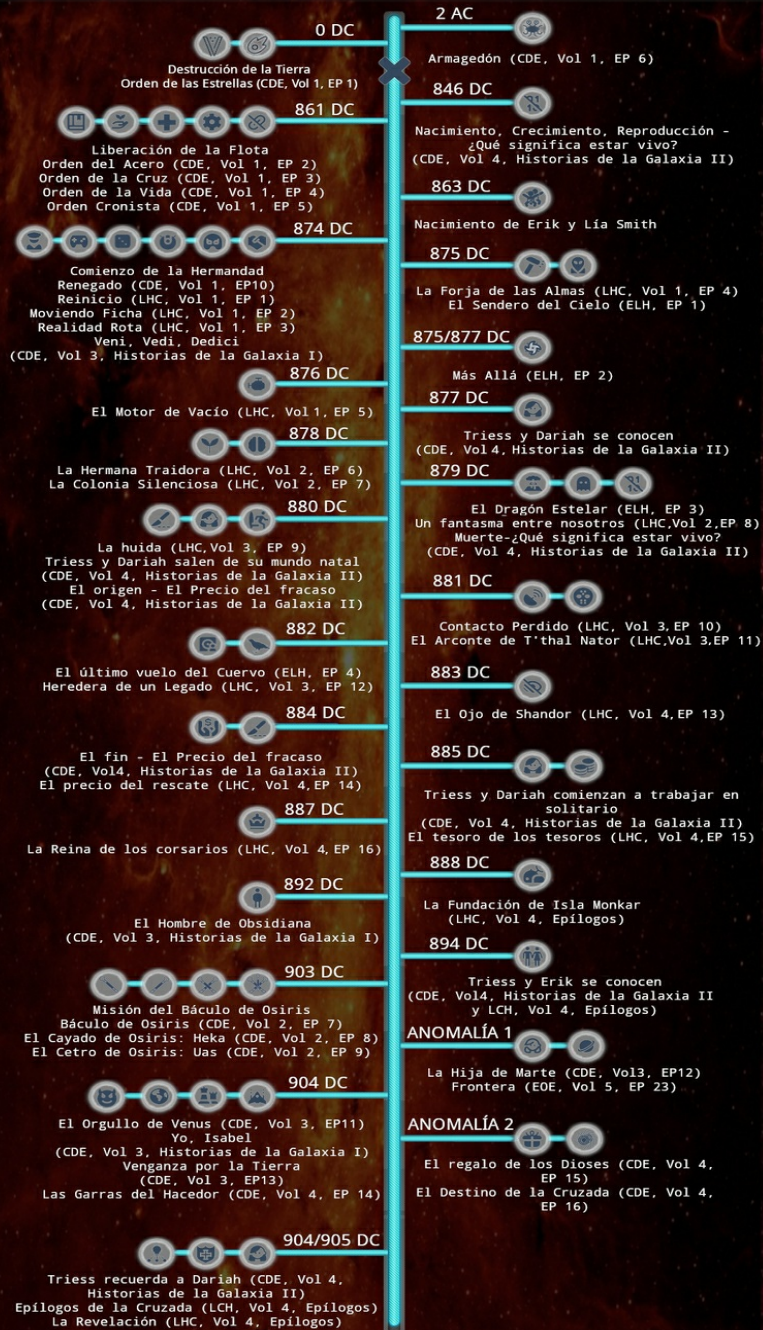
Espero que lo disfrutéis, porque ha sido una locura de crear y editar. Os aviso, eso sí, que puede tener ligeras revelaciones de trama. O quizás algunos de mis futuros planes a plena vista de quien quiera otear el horizonte, quién sabe.

HIJOS DE ORION V

Leyenda:

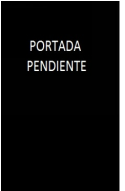
DC: Después de la Cruzada
AC: Antes de la Cruzada
X: Indica un largo salto temporal

CDE: Cruzados de las Estrellas
LHC: La Hermandad Corsaria
ELH: El Legado del Héroe
EOE: En Órbitas Extrañas (Ramón Somoza)



Sobre la novela independiente El Legado del Héroe

Esta miniserie consiste de los siguientes libros:

	El Sendero del Cielo
	Más allá
	El Dragón Estelar
	El último vuelo del Cuervo
	Los anteriores episodios del 1 al 4 se recopilan en el libro titulado El Legado del Héroe

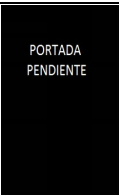
Sobre la colección La Hermandad Corsaria

Esta [serie](#) consiste de los siguientes libros:

Orígenes

	Reinicio
	Moviendo Ficha
	Realidad Rota
	La Forja de las Almas
	Los anteriores episodios del 1 al 4 se recopilan en La Hermandad Corsaria, Volumen 1: Orígenes

Jinetes del Vacío

	<u>El Motor de Vacío</u>
	<u>La hermana traidora</u>
	<u>La colonia silenciosa</u>
	<u>Un fantasma entre nosotros</u>
	Los anteriores episodios del 5 al 8 se recopilan en <i>La Hermandad Corsaria, Volumen 2: Jinetes del Vacío (2024)</i>

Las raíces del mañana

	PORTADA PENDIENTE	La doble huida (2024)
	PORTADA PENDIENTE	Contacto perdido
	PORTADA PENDIENTE	El Arconte de T'thal Nator
	PORTADA PENDIENTE	Heredera de un Legado
	PORTADA PENDIENTE	Los anteriores episodios del 9 al 12 se recopilan en <i>La Hermandad Corsaria, Volumen 3: Las raíces del mañana</i>

Sobre la colección Cruzados de las Estrellas

Cruzados de las Estrellas es la serie base de la que deriva la *Hermandad Corsaria*. Puede leerse sin desvelar detalles de la trama actual hasta el episodio 10, y consta de los siguientes libros:

	Orden de las Estrellas
	Orden del Acero
	Orden de la Cruz
	Orden de la Vida
	Orden Cronista
	Armagedón: El Destino del Ala—Tres
	Los episodios del 1 al 6 se recopilan en el Volumen 1
	El Báculo de Osiris

	
	Heka, El Cayado de Osiris
	Uas, El Cetro de Osiris
	Renegado
	Los episodios del 7 al 10 se recopilan en el Volumen 2
	El Orgullo de Venus
	La Hija de Marte
	Venganza por la Tierra

	<u>Historias de la Galaxia I</u>
	<u>Los episodios del 11 al 13 e Historias de la Galaxia I se recopilan en el Volumen 3</u>
	<u>Las Garras del Hacedor</u>
	<u>El Regalo de los Dioses</u>
	<u>El Destino de la Cruzada</u>
	<u>Historias de la Galaxia II</u>
	<u>Los episodios del 14 al 16 e Historias de la Galaxia II se recopilan en el Volumen 4</u>

La colección *[Cruzados de las Estrellas](#)* está basada en el mismo universo y se entrecruza con la serie *[En Órbitas Extrañas](#)*, aunque su lectura no es imprescindible para disfrutar de esta serie.

El universo de los Hijos de Orión

Hijos de Orión es un universo donde transcurren dos series de ciencia—ficción escritas respectivamente por padre e hijo: [En órbitas extrañas](#) de Ramón Somoza y [Cruzados de las Estrellas](#) de Alan Somoza.

Estas dos sagas se iniciaron de forma independiente, aunque en un momento dado sus autores decidieron combinarlas en un mismo universo, haciendo que las historias contadas en ambas series se retroalimentasen e incluso se cruzasen.

NO es necesario leer las dos series, dado que son independientes, aunque ambas en algunos episodios tomen “prestados” personajes de la otra. No obstante, para aquellos que hayan leído ambas, o estén interesados en descubrir toda la profundidad del universo de los Hijos de Orión, he aquí un breve resumen de cómo encajan la una con la otra. Esto puede leerse ahora que los diferentes cruces o cameos entre las dos líneas temporales han sido desvelados.

El término de los Hijos de Orión se refiere a las diferentes especies que pueblan o han poblado el segmento galáctico que nosotros denominamos el brazo de Orión o brazo local. El lector habrá reconocido ya no solo a los humanos, sino también a los Bina'ai, los Cradnian, los Bai R'the y los Bai N'the.

Los hechos narrados en la serie [En órbitas extrañas](#) son anteriores a lo ocurrido en [Cruzados de las Estrellas](#), salvo por el cameo que ya han leído. En la primera serie, la humanidad aún está terraformando los planetas del propio Sistema Solar y ha establecido las dos primeras colonias extrasolares. En la segunda, tanto los mundos de Sol como las múltiples comunidades que se han establecido en otras estrellas son mundos pujantes. En la primera serie, se narran las aventuras de Tanit, en la segunda, la historia de la guerra contra los *Cosechadores*.

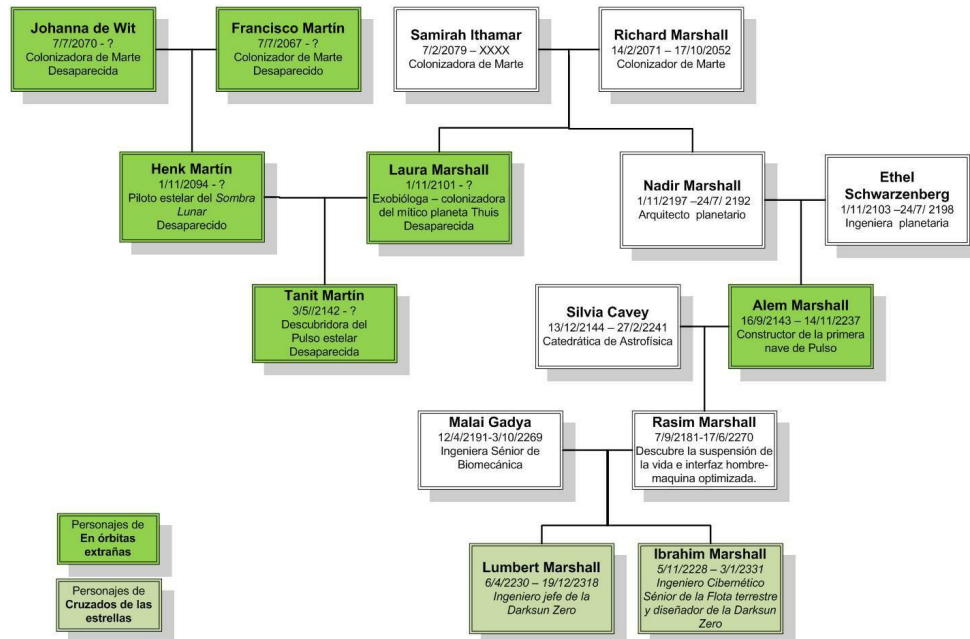
Tanit es familia lejana de los hermanos Marshall, que son unos personajes clave en la historia de los Cruzados, especialmente Ibrahim. Ambos son nietos del primo de Tanit, Alem, que aparece brevemente en *La proscrita marciana*. Este, que conocía las fórmulas cosmológicas de su prima, será el creador de la primera nave de *Pulso*, lo que permitirá a su vez la creación de la *Darksun Zero* por parte de su nieto. Pueden encontrar el árbol genealógico de los Marshall a continuación.

Los lectores deberían saber que los actos de Tanit tuvieron una fuerte huella en la humanidad y en la guerra contra los *Cosechadores*, aunque ella no fuera consciente de ello. Tras leer con detalle [Cruzados de las Estrellas](#), verán cómo aspectos a los que quizás no dieron demasiada importancia al leer [En órbitas extrañas](#) sí resultan ser clave siglos más tarde. Si leyeron la serie [En órbitas extrañas](#) después de ésta, se habrán sorprendido al encontrar las causas originales de ecos que reverberan hasta el futuro.

A aquellos que ya hayan leído las dos series, les invito a releerlas, y quizás descubran sutiles aspectos que les hayan pasado desapercibidos al haber leído la primera.

Un último apunte: Hijos de Orión no es mío, ni de mi padre, sino de los dos. Cuando decidimos que íbamos a unir las series en un mismo universo, ya con casi la mitad de las respectivas sagas publicadas, empezamos a intercambiar ideas, sugerencias y propuestas a la cual más loca. También nos enviábamos los manuscritos antes de su publicación, a fin de asegurarnos de que encajaban con nuestras respectivas historias y el universo que pretendíamos crear. Creo que ha sido una magnífica idea, ya que eso nos ha permitido mantener nuestros propios estilos y nuestras respectivas obras, encuadrándolas en un marco más rico y amplio del que habríamos

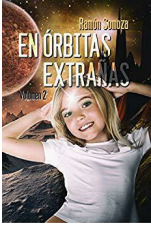
podido diseñar cada uno por nuestra cuenta. Y no, ese universo no acaba aquí. Al igual que el universo real, seguirá expandiéndose. En ello estamos.



Árbol genealógico de la familia Marshall

Otros libros del universo *Hijos de Orión*

La serie de *En Órbitas Extrañas*, de Ramón Somoza transcurre en el pasado de Cruzados de las Estrellas.

	En órbitas extrañas: Volumen 1
	En órbitas extrañas: Volumen 2
	En órbitas extrañas: Volumen 3
	En órbitas extrañas: Volumen 4
	En órbitas extrañas: Volumen 5
	En órbitas extrañas: Volumen 6

^[1] Este es el término de la cultura Xaceliana para el amor verdadero. Aunque el enfoque Zastak más moderno cree que las relaciones de pareja unen a través de los hijos pero pueden ser pasajeras desde el punto de vista conyugal, en su literatura clásica los ghashii son dos individuos a los que ni el espacio, el tiempo o la muerte

pueden separar. Cuenta la leyenda que quienes se enamoran así, pueden reunirse en los territorios de caza del Uniarca Elemental por el resto de la eternidad. El término, aunque hiperbólico, se toma muy en serio cuando se pronuncia.

[2] El término portanaves es completamente intercambiable por portaaviones. En la era espacial siguen existiendo barcos convencionales, aunque los aparatos voladores intraatmosféricos similares a los del siglo XXI son escasos. Un vulgar *aerocoche* puede cumplir, sin demasiadas dificultades, las mismas funciones que un jet privado. Por tanto, el término se adaptó para referirse a cazas estelares, igual que los términos navales son intercambiables entre naves o barcos.

[3] Los *Dragones* son las armaduras de batalla más grandes que fabrica la Flota. Se consideran apoyo superpesado, y se despliegan solamente en los frentes más encarnizados. Son a los *Coraceros* lo que estos a un *Jaguar*. En esencia, como comparar a un niño de ocho o nueve años con un adulto. Una versión cibernética, como la empleada por el Tirano Cronista durante el asalto a la *Pluma Eterna*, es incluso más terrible.

[4] Las Zonas Muertas son lugares muy seguros situados en el corazón de las naves Cruzadas, y en general de las que se diseñaron en el Sistema Solar, que están aisladas de cualquier interferencia electromagnética, altamente acorazadas y protegidas. En general, las IA no tienen acceso a ellas.